

COLECCIÓN



CUATRO AMIGOS Y MEDIO

¡Hay un gran revuelo en la sala de profesores!
Precioso ha robado a un profesor
su bocadillo de queso y se lo ha zampado
en un santiamén. Además, los profesores
están con los nervios a flor de piel, porque
durante la noche alguien ha dibujado
un grafiti en la fachada del colegio con frases
maliciosas en contra de los profesores.
Precioso es el único que ha visto al autor,
así que, con su excelente órgano olfativo,
seguirá la pista... Un nuevo caso para la
agencia de detectives Charly & Company.



9 788423 657940

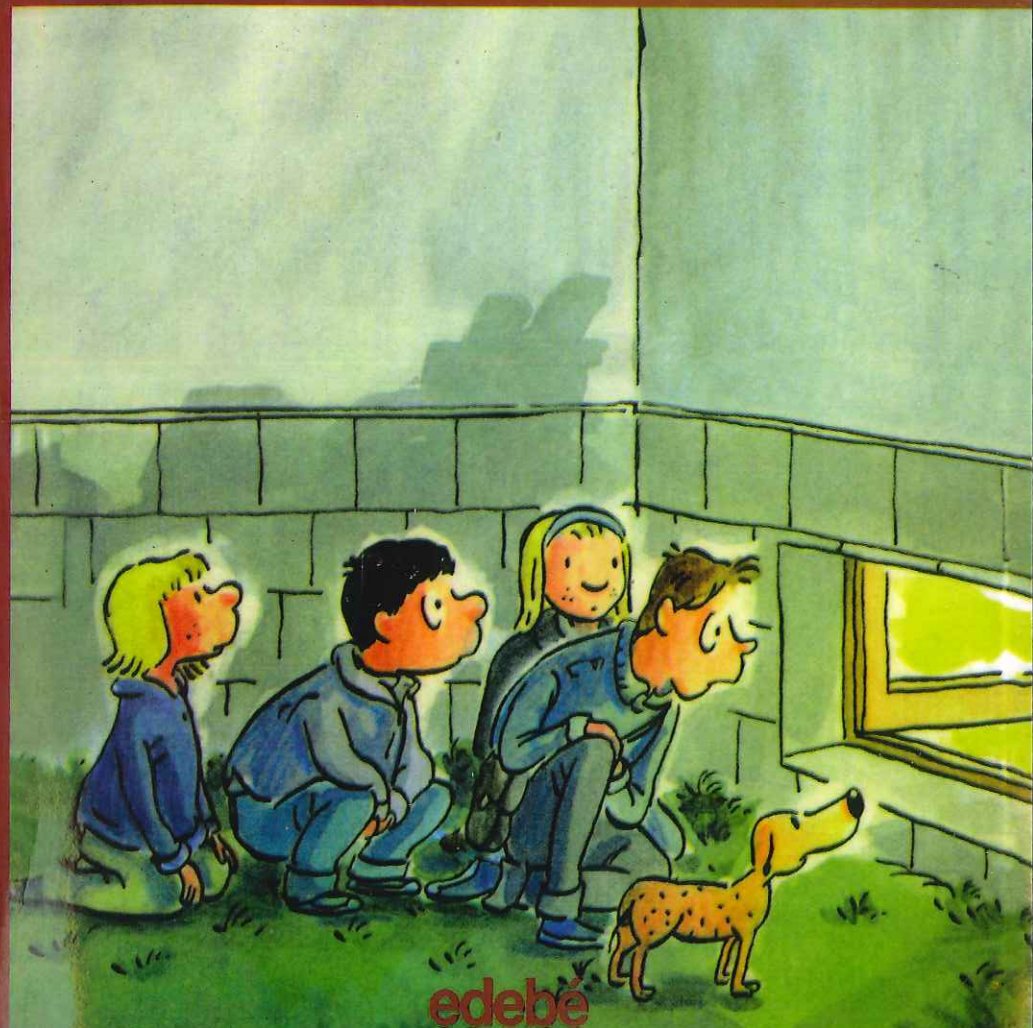
edebé

www.cuatroamigosymedio.com

CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso del grafiti en la fachada del colegio

JOACHIM FRIEDRICH



Joachim Friedrich

**El caso del grafiti
en la fachada del colegio**

edebé

Título original: *4 1/2 Freunde und das Bellende Klassenzimmer*
© 2008 by Thienemann Verlag (Thienemann Verlag GmbH),
Stuttgart / Wien.

© Ed. Cast.: edebé 2009
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.cuatroamigosymedio.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Ilustraciones: Mikel Valverde
Traducción: Soraya Hernán-Gómez

3.^a edición

ISBN 978-84-236-5794-0
Depósito Legal: B. 25509-2010
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

COLECCIÓN



CUATRO AMIGOS Y MEDIO

El caso del grafiti en la fachada del colegio

edebé

Índice

1. Colegas desdentados de andanzas
callejeras y un crimen nocturno 7
2. ¡Chachil!, y todo bien coloreado 23
3. Una sala llena de profesores
y el programa perfecto para dormir 41
4. Muchos sospechosos y una especie
de cárcel 57
5. «Cara de pelo» y una cosa para colgar 77
6. Un negrero en el colegio 95
7. En la cosa para colgar, acecha el peligro .. 115
8. A las buenas personas, les gusta comer ... 131
9. La casa en la que viven los policías 151
10. Un perro se vale por sí mismo 169
11. La pasta está más rica que el dinero 185
12. El golpe y el agujero con tapa 205

1

Colegas desdentados de andanzas callejeras y un crimen nocturno

Tal vez fue un presentimiento, o tal vez fue la luna llena, pero aquella noche no pude conciliar el sueño. En realidad eso no era muy grave, porque, al fin y al cabo, podía echar una o dos cabezaditas durante el día. Lo que sí en cambio me obligó a salir de mi acogedora caseta fue, simple y llanamente, el hambre. Ése es mi sino: o duermo o tengo hambre.

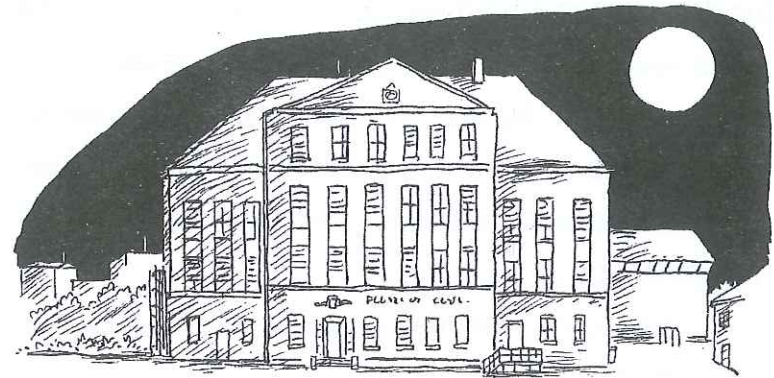
Si interpretaba bien la posición de la luna, mis cuidadores aún tardarían mucho en aparecer con mi desayuno. Así que me puse en marcha enseguida para agenciarme algo comestible, como solía hacer cuando era un verdadero perro callejero.

Al principio recorrí sin rumbo los caminos de la asociación de huertos, que es como llaman los humanos a mi hogar. Desgraciadamente, no era la época

del año en la que crecían las verduras comestibles en los huertos, que además hubieran estado al alcance de alguien que anda a cuatro patas y no es precisamente muy alto. El frío viento me helaba el hocico y mi mejor posesión percibía que iba a llover. Era una noche desapacible. Antes no me hubiera importado. Más bien todo lo contrario. En noches así, ponía a prueba mi condición física: ¿Podía ser que en el tiempo que llevaba con mis nuevos cuidadores me hubiera convertido en un blandengue recogepalitos, que es como llamamos nosotros, los perros callejeros, a los animales domésticos? ¡No! ¡Eso no podía ser!

Abandoné el seguro recinto de los huertos. ¿Por qué no vivir de nuevo una pequeña aventura ahí fuera, en la calle, como en el pasado?

Intenté recordar dónde conseguía mi comida en aquella época... ¡Claro! ¡Estaba esa calle en la que los humanos se sentaban a la mesa y comían todos juntos! La mayoría de las veces arrojaban las sobras en unos contenedores y eso era suficiente para nosotros, los perros. Justamente hacia allí me dirigía. Comenzaba a alegrarme del insomnio que tenía esa



noche. Me paré un instante para orientarme, alcé mi mejor posesión y puse mis patitas en marcha.

Mi instinto me condujo hasta una casa grande que mis cuidadores llaman colegio. Tenían que ir allí casi todos los días después de aprovisionarme con mi desayuno. No les gustaba mucho ir, pero de todas maneras iban. ¡Típico de los humanos!

Al parecer, a esa hora, no había nadie en el colegio, porque tanto el edificio como el enorme patio que hay delante estaban a oscuras. Por eso me detuve sorprendido al oír unos pasos humanos muy ligeros. Ésa fue mi suerte, porque en ese instante pasó un humano tan cerca de mí que tuve que apartarme de un salto para evitar que me atropellara. Incluso an-

tes de que consiguiera recuperarme del susto que me había llevado, el humano había vuelto a desaparecer en la oscuridad. Aunque me dio tiempo a ver que llevaba consigo una estructura que los humanos utilizan para subirse a los árboles y recoger las deliciosas manzanas, peras y cerezas.

Sólo unos instantes después volvió a pasar un segundo humano por mi lado.

Y éste gritaba:

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Policía!

¡Policía! Nosotros, los perros callejeros, nos mantenemos bien lejos de la policía, sobre todo si andamos solos de noche por ahí. Pero mis cuidadores lo ven de forma muy diferente. A ellos les gusta estar cerca de la policía. Porque quieren ser detectives, sobre todo Charly, el más pesado de mis cuidadores.

Durante un instante pensé en detenerme para averiguar por qué el segundo humano había reclamado a la policía. Pero luego decidí que no. Primero, porque mis cuidadores no estaban allí; y segundo, porque seguía teniendo hambre. Esperé hasta que los dos

humanos desaparecieron por completo de mi vista. Luego, volví a ponerme en camino hacia los grandes contenedores en los que había tantas y tan deliciosas cosas en su interior.

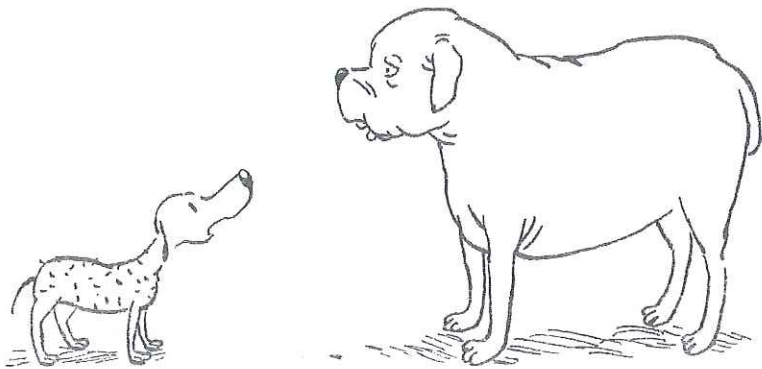
Cuanto más me acercaba a la meta, más tenía que controlarme para no empezar a babear. Pero lo que no pude evitar fue el suave silbido que salió del hueco de mi dentadura.

Posiblemente fue ese ruido, contra el que no puedo luchar cuando estoy nervioso, el que alertó de mi presencia a alguien, al que hacía mucho tiempo que no veía.

Aun así reconocí su voz de inmediato. Sí, nosotros, los perros, podemos hablar. Sólo que los humanos no nos entienden. Es, simple y llanamente, porque tienen unas pésimas orejas. Nosotros lo llamamos «el mejor secreto de los perros».

—¿Orejita? ¿De verdad eres tú? ¡No me lo puedo creer!

¡Orejita! Ése era mi nombre de perro callejero, desde que había perdido media oreja durante una pelea con otro perro callejero.



— Me giré rápidamente y un nuevo silbido se escapó por mi diente mellado.

—¡Rocky! Pero ¿qué haces tú por aquí?

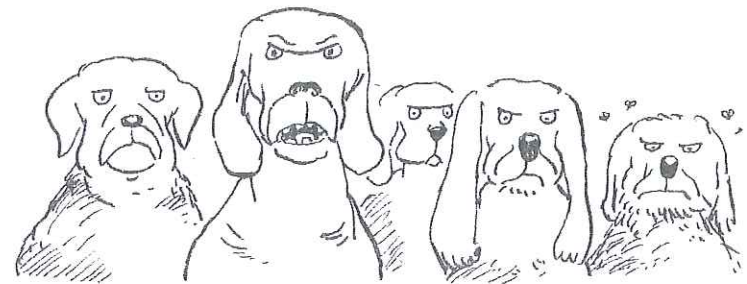
—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees?

—me contestó mi viejo colega de andanzas callejeras.

Él siempre había afirmado ser un *boxer* de raza pura. Claro que debía de ser el único que realmente lo creyera. Seguro que sus antepasados provenían del país de los señores perros mezclados, igual que los míos.

—No sé qué quieres decir con eso —le respondí, aunque sospechaba por dónde iban los tiros.

Rocky me mostró su dentadura. Comprobé que la suya tampoco estaba ya al completo.



ga. Hemos vivido muchas aventuras juntos, ¿verdad, Orejita?

—Cierto —dije sin más.

—¿Quiere volver a unirse a la banda? —preguntó otro.

A juzgar por el tono de su voz, no le entusiasmaba mucho la idea.

—Este territorio es nuestro —dijo entonces un tercero—. Además, casi no tenemos ni para nosotros. Los humanos dejan cada vez menos sobras.

—No os preocupéis —dije queriendo tranquilizarlos—. Yo sólo quería dar un par de bocados y luego...

—Olvídalo —me interrumpió nuevamente Rocky—. O estás con nosotros, o aparta tus sucias pezuñas de aquí. A no ser...

—¿A no ser? —pregunté, al ver que no continuaba hablando.

—A no ser que pelees por ello.

Eso era muy típico de Rocky. Como los perros jóvenes entran al trapo enseguida... Pero no le hice ese favor, a pesar de que seguramente ya no era tan fuerte como antes. Contra él a lo mejor habría tenido alguna oportunidad, pero no contra todos sus nuevos compañeros. Además, alguna vez hay que pasar de estas niñerías.

—Olvídalo —dije—. Se me han quitado las ganas.

Rocky volvió a enseñarme su deteriorada dentadura.

—Como quieras. Entonces, que te vaya bien, Orejita... Y si finalmente cambias de opinión, avísame. A fin de cuentas, los viejos amigos tienen que estar unidos.

—¿Y qué hay de ellos? —le pregunté mirando a sus nuevos amigos.

—Ellos no son un problema. Son bastante legales... Cuando los conoces mejor, claro.

No digo que no fuera así, pero no tenía ningunas ganas de comprobarlo.

—Gracias, pero prefiero seguir como estoy. Me va bastante bien —dije.

Durante el camino de regreso a casa, los recuerdos de mi vida como perro callejero me tuvieron tan distraído que incluso se me olvidó el hambre que tenía..., y eso ya es decir.

También me olvidé por completo de lo sucedido ante el colegio de mis cuidadores, hasta que volví a pasar por delante. Esta vez había dos de esas máquinas que utilizan los humanos para moverse de un lado a otro, porque son demasiado vagos para andar por sí mismos. Sobre el techo de esos coches, como los llaman los humanos, brillaban unas luces azules. Conocía esa clase de coches. ¡Eran de la policía! Los focos de los coches de la policía enfocaban hacia una de las paredes del colegio.

No tenía ni idea de lo que significaba todo aquello, pero despertó mi curiosidad. Aunque no quiera admitirlo, mis cuidadores me han contagiado su deseo de

resolver casos criminales, como si fuera un verdadero detective. Y aunque aún no sabía muy bien de qué iba todo, ¡parecía divertido!

Por eso me detuve en una esquina oscura y espí. La gran ventaja de ser perro, sobre todo cuando no mides más que la oreja de un dogo, es ¡que nadie se fija en ti!

—¡Menuda marranada! —oí decir a un humano—. ¿Por qué alguien habrá hecho algo así? ¡Esto es un crimen!

—A lo mejor ha sido un alumno a quien no le gusta mucho el colegio —dijo otro humano.

—¡No lo creo! Ha sido un adulto. A pesar de que estaba oscuro, eso sí pude distinguirlo. Y llevaba consigo una escalera.

Ajá. Ésa era la voz del humano que había llamado a la policía. Y el otro humano que huía de él, había debido de hacer algo prohibido. Pero ¿qué? ¿Un crimen? Los humanos son capaces de muchos crímenes. A estas alturas eso ya lo sabía yo. Pero, en este caso, ¿de qué se trataba? Seguí espionando.

—Así que usted descubrió al autor del delito

mientras hacía su ronda nocturna, ¿no? —preguntó el humano que obviamente era un policía.

—Sí. Soy el conserje del colegio. Así que estoy de servicio de día y de noche... Al menos cuando uno se lo toma tan en serio como yo.

¡El conserje del colegio! A ése ya lo había conocido yo durante uno de los casos de mis cuidadores. Lo llamamos señor bedel y, si entendí bien a mis cuidadores, es una persona muy querida en el colegio.

—Sí, sí —dijo el policía impaciente—. ¿Pero puede usted describir al hombre al que persiguió?

—No. Si eso ya se lo he dicho. Estaba oscuro y él era muy rápido. Por eso lo perdí de vista enseguida.



—Pero reconoció claramente que era un hombre, ¿no?

—Sí. Pero también puede tratarse de uno de los alumnos mayores. Como ya le he dicho estaba...

—Oscuro. Ya lo sé —dijo el policía alterado—. ¿Entonces puede usted acompañarnos a la comisaría, por favor? Nos gustaría tomarle declaración.

—Si no hay más remedio —suspiró el conserje.

No tenía ni idea de lo que era una declaración, pero la comisaría la conocía de sobras. Mis cuidadores me habían llevado muchas veces allí. Pero solo no iría de ningún modo. Así que esperé, hasta que desaparecieron los dos coches de policía con los dos policías y el conserje del colegio, y puse tierra de por medio.

Cuando por fin me estiré sobre mi manta en el huerto, me dolía la cabeza, justo en medio de mi oreja y media. El insomnio, el hambre y las ganas de una pequeña aventura me habían obligado a salir de mi acogedor hogar. Y, aunque seguía sin comer nada, había vivido más cosas de las que me había imaginado.

Me había vuelto a encontrar con Rocky, un viejo colega de andanzas callejeras, y ¡estaba sobre la pista de un delito que precisamente estaba relacionado con el colegio de mis cuidadores!

Tal vez, en contra de mis habituales costumbres, a la mañana siguiente debía acompañar a mis cuidadores hasta su colegio. Pero sólo después de un abundante desayuno, por supuesto. Por muy grande que sea mi curiosidad, más grande es mi apetito.

Con maravillosos pensamientos sobre las deliciosas cosas que mis cuidadores me traerían a la mañana siguiente, por fin, me dormí.

2 ¡Chachi!, y todo bien coloreado

¿Hay algo mejor que estar tumbado ante tu caseta, echando una cabezadita en un día soleado, mientras los humanos se dedican a sus quehaceres diarios y se ocupan de tu comida?

Hoy iba a ser uno de esos días. Lo sentí así en cuanto los primeros rayos de sol cayeron sobre mi mejor posesión y sus cosquillas me despertaron. Pero al mismo tiempo dio señales de vida mi segunda parte corporal más importante: mi estómago. Y volví a acordarme de mi paseo nocturno. Eso y lo que había vivido durante mi excursión eran los culpables de que mi hambre matutina fuera aún mayor de lo que ya solía ser de por sí.

Me tranquilizó el hecho de que mis cuidadores no tardarían mucho en llegar. En ese sentido eran muy fiables. Sobre todo Fede, al que me une una pro-

funda amistad... En la medida en que eso es posible entre un perro callejero y un humano.

Poco después, mis orejas captaron las voces de mis cuidadores. Pronto mi mejor posesión captaría su olor y sobre todo el olor del desayuno.

Pero ¿qué era eso? Había escuchado una voz que no pertenecía a ninguno de mis cuidadores.

—¿Te gusta esto, mi pequeño Coco?

Mis recuerdos relacionados con esa voz eran de lo más desagradables. Ella también tenía algo que ver con el colegio de mis cuidadores. Pero no era ningún niño, sino un adulto. Concretamente era la señora Rotkehl.

La señora Rotkehl es profesora de Música. ¡Música! El único sonido bonito que los humanos son capaces... excepto si la que canta es la señora Rotkehl. Para nosotros los perros las voces de los humanos son insoportablemente altas de por sí, pero la voz de la señora Rotkehl lo supera todo. Levanté mi oreja y media. Podía oír otra voz, una muy bajita. ¡Tenía que ser la de un perro!

—¡Oh, qué bonito es esto! ¡Cuántas cosas bo-

nititas con las que poder jugar! ¡Y cómo huele! ¡Por fin he conseguido salir de ese estúpido piso! ¡Me quiero quedar aquí!

¿Quién era ése? Alcé mi mejor posesión al viento. ¡Efectivamente! ¡Se trataba de un perro! Un perro desconocido..., un perro joven. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué lo habían traído mis cuidadores?

Me invadió entonces un sentimiento muy incómodo. ¿Se habrá impuesto finalmente mi cuidador Charly? Llevaba ya mucho tiempo buscando a un recogepalitos para formar parte de su agencia de detectives Charly & Company como rastreador. Porque en lo que a mí respecta podía esperar sentado. Aunque le había ayudado varias veces en alguno de sus casos, siempre lo había hecho sin que él se diera cuenta. Por otra parte, como ya he dicho, a estas alturas, lo de jugar a los detectives me gustaba y por nada del mundo quería compartirlo con otro recogepalitos. Pero, sobre todo, lo que no quería era compartir con él mi comida. Ésa sólo llegaba para mí.

Cuando el perro forastero apareció ante la puerta del huerto, me tranquilicé bastante. ¡Era un enano!

Y además muy joven. Ése no sería competencia para mí. Pues seguro que se conformaría con porciones de comida muy pequeñas.

—¡Eh, tío, eh! ¡Mirad! —exclamó Fede—. ¡A Precioso le ha caído bien Cocol! ¡Está moviendo el rabo!

—Creo que más bien de lo que se alegra es de su desayuno —opinó Estefi.

Ese comentario volvió a demostrarme que Estefi es la más lista de mis cuidadores. Ella casi siempre tiene las cosas claras.

Charly hizo una mueca.

—Yo también lo creo. Precioso sólo piensa en zampar.

—¡Eh, tío, eh! ¡Eso no es verdad! Precioso es el perro más inteligente y...

—¿Ya estamos otra vez? —protestó Rabanito—. Me gustaría vivir el día en que vosotros dos no discutáis cuando se trate de algo relacionado con Precioso.

A Óscar, el hermano mellizo de Estefi, los humanos le han puesto el extraño apodo de Rabanito,

porque es un poco más pequeño que su hermana. Creo que, a él, eso no le hace mucha gracia. Puedo entenderlo, porque yo tampoco doy saltos de alegría con que mis cuidadores me hayan bautizado como Precioso.

—Pues que deje de meterse con Precioso —refunfuñó Fede, se arrodilló ante mí y me llenó el cuenco con la comida.

¡Por fin!

—¡Qué bien huele eso! —exclamó Cocol—. ¿Qué es?

Le miré y le mostré mi dentadura.

—Desayuno. Mi desayuno..., ¿entiendes lo que quiero decir?

—¡Chachi! ¡De todos modos no tengo hambre! Yo suelo comer muy poco. Demasiado poco, dice mi mamá.

De modo que comía poco. Por primera vez sentí por aquel enano algo parecido a simpatía.

—¿Tu «mamá»? —le pregunté—. ¿Aún vives con tu madre?

—¡Claro! —exclamó el pequeñajo saltando al-

rededor de las delgadas piernas de la humana señora Rotkehl—. ¡Ella es mi mamá!

Creí no haber oído bien.

—Perdona, pero tu cuidadora es una humana y no una perra. De modo que no puede ser tu madre.

Coco dejó caer las orejas.

—Pero ella siempre dice que es mi mamá.

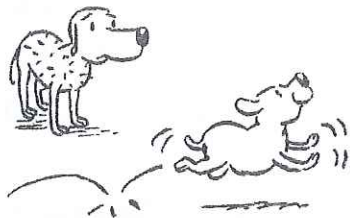
Eso no me extrañó en absoluto. Qué podía esperarse de un humano que llama a su perro Coco.

—Enano, aún tienes mucho que aprender.

—¡Chachi! ¿Me lo vas a enseñar tú?

—¡Olvídalo!

—¡Creo que a mi Coquito le gusta mucho estar aquí! —llegó



la insoportable voz de la señora Rotkehl a mis orejas.

Intenté hacer oídos sordos y me abalancé sobre mi desayuno. No habría sido capaz de aguantar a la señora Rotkehl y a su «Coquito» mucho más tiempo con el estómago vacío.

—Pues sí que parece que su perro se siente a gusto con Precioso —dijo Estefi mirando a Coco, que seguía moviendo el rabo y saltando alrededor de su «mamá».

—¿Es eso cierto, Coquito? —chilló la señora Rotkehl.

—¡Genial! ¡Chachi! —respondió Coco, aunque naturalmente los humanos no pudieron oírlo.

Interrumpí un momento mi desayuno.

—¿A qué viene siempre ese estúpido «¡chachi!»?

Coco dejó de saltar y se me quedó mirando con los ojos de perro muy abiertos.

—Se lo he oído decir a los humanos. A mí me gusta.

—No copies demasiadas cosas de los humanos. No es saludable, enano.

—Entonces, ¿quedamos así, Fede? —preguntó la señora Rotkehl.

—¡Eh, tía, eh! ¿De verdad cree que es una buena idea?

—¡Claro que sí! Sé que te ocupas de tu pequeño..., ejem, bonito perro con mucha entrega. Por eso también tratarás bien a Coco. Además, sólo va a ser por un par de días, hasta que yo vuelva de la excursión con mi clase. Hasta entonces podrás ocuparte tú de Coco, ¿verdad?

El último bocado de mi desayuno se me quedó atascado y me entró tos. Fede me cogió en brazos y me zarandeó hasta que volví a respirar.

—Gracias, colega —dije gimiendo, a pesar de que Fede no podía oírme.

—Seguro que ha sido por comer con demasiada ansia, como siempre —dijo Charly.

—¡Eh, tío, eh!

—¿Lo ves, Fede? A eso me refería —interrumpió la señora Rotkehl a esos dos gallos de pelea—. Eres el padre adoptivo perfecto para Coco.

—Papá Fede —se rió Estefi a escondidas.



—¿Qué está pasando aquí? —pregunté al pequeño, a pesar de que había entendido perfectamente de qué iba.

Pero es que no podía creerlo.

Coco dio un paso hacia atrás. Posiblemente se había dado cuenta de que mi humor había cambiado.

—Yo... Yo no lo sé muy bien. Mamá... Quiero decir, la humana, la mujer... ha dicho que voy a vivir durante un par de días en otro sitio, sin ella. ¿Es aquí?

—Eso parece —contesté suspirando.

—¡Chachi! Quiero decir, eso está bien, ¿no?

—Sólo hay un pequeño problema —dijo la señora Rotkehl, antes de que pudiera contestarle a Coco.

Aunque fue mejor así, porque mi respuesta no le habría gustado nada.

—¿Problema? —preguntó Charly—. ¿Tiene pulgas o algo así?

—¡No, no! Es sólo que hay que darle una medicina. A las diez de la mañana, a las dos del mediodía y a las seis de la tarde. Ha dicho el veterinario que hay que cumplir los horarios estrictamente.

—Ya nos encargamos nosotros —dijo Rabanito enseguida.

Estefi movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, pero no va a ser posible, hermanito. A las diez de la mañana estamos en el colegio.

—A eso me refería precisamente —dijo la señora Rotkehl—. Y como no podéis faltar al colegio, Coco tendrá que ir con vosotros.

—¡Chachi! —exclamó Coco—. ¡Colegio! ¡Genial! ¡Allí quiero ir!... ¿Y eso qué es?

—Una casa a la que van los humanos cuando son niños..., o profesores. Aquello es muy bonito

—contesté con la esperanza de que al menos no tuviera que tenerle todo el día pegado a mí.

—¿Y los demás profesores están de acuerdo? —preguntó Rabanito.

—Bueno..., por desgracia, aún no lo he podido discutir con ellos —contestó la señora Rotkehl titubeante—. Por eso quiero llevármelo hoy mismo al colegio. Si mis compañeros ven un perrito tan mono y dulce como mi Coco, seguro que estarán de acuerdo.

—Si usted lo dice —dijo Estefi, sin más.

La señora Rotkehl se agachó y alargó los brazos hacia Coco. Posiblemente quería llevarlo en volandas, como lo hace a menudo Fede conmigo. ¡Eso es muy agradable!

—¡No! ¡Yo solo no voy a ninguna parte! —exclamó Coco escondiéndose detrás de mí.

—¿Qué le pasa? —preguntó la señora Rotkehl—. ¿Es que ya no me quiere?

—Más bien parece que prefiere quedarse aquí —contestó Estefi.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Precioso y él ya se han hecho amigos!

Por mucho que Fede sea el mejor de mis cuidadores, no es, ni mucho menos, tan listo como Estefi.

La señora Rotkehl se puso muy contenta.

—Sí, eso es lo que yo creo también. Ahora estoy segurísima de que Coco se sentirá bien aquí.

—Entonces ya sólo queda el problema del colegio —dijo Estefi.

—¡Eh, tíos, eh! ¿Qué tal si nos llevamos también a Precioso al colegio?

—¿Precioso en el colegio? —exclamó Rabanito—. Eso puede ser...

—Caótico —añadió Charly.

—¡Eh, tío, eh! ¡Qué más da



que nos llevemos a uno o a los dos! La diferencia tampoco es para tanto.

—En eso tiene razón Fede —dijo la señora Rotkehl—. Si mis compañeros están de acuerdo en que Coco se quede, tampoco tendrán nada que objetar de Precioso.

—Además, «Gran Sigg»..., eh, quiero decir, el señor Schlüter, ya conoce a Precioso.

—Ya lo creo —dijo Estefi con una amplia sonrisa.

¡«Gran Sigg»! Sí, en efecto, a ése lo conocía. Era un profesor de mis cuidadores. Para un perro, sobre todo para uno como yo, los humanos de por sí dan miedo por su tamaño. Pero este «Gran Sigg» era gigantesco.

La señora Rotkehl cogió a Coco en brazos.

—Entonces, vámonos, niños. Que si no llegaremos tarde a clase.

—Chachi, ¿no? —exclamó Coco mirándome, porque también mi cuidador preferido, es decir Fede, había decidido cogermé en brazos.

—Algún día se le olvidará a Precioso cómo andar —gruñó Charly tras de mí.

No sabía muy bien qué pensar de todo aquello. Por una parte, no estaba precisamente entusiasmado con la idea de tener todo el día al pequeño y avisado Coco colgado del cuello. Pero, por otro lado, sentía curiosidad por el colegio de mis cuidadores. Aunque ya había estado varias veces allí, seguía sin saber exactamente qué era lo que hacían allí. Pero, sobre todo, esperaba enterarme de lo que había ocurrido la pasada noche.

Y la respuesta no se hizo esperar.

—¡Eh, tío, eh! —gritó Fede, cuando tuvimos el colegio a la vista.

Al mismo tiempo la señora Rotkehl soltó un grito y Charly sacó su cuaderno de notas y empezó a escribir en él, lo que era una señal inequívoca de que volvía a estar sobre la pista de un nuevo caso.

—¡Monstruoso! ¡Un verdadero crimen! —exclamó la señora Rotkehl.

«¡Crimen!» Esa palabra también la había dicho el conserje.

Ahora que ya era de día pude ver el motivo por el que los humanos estaban tan alterados.

Pero no entendí a qué venía tanto alboroto. Me acordaba de que el colegio no era un lugar especialmente bonito, pues la fachada era de un aburrido color gris. En este momento seguía sin ser bonita, aunque uno de los laterales de la casa estaba pintado de muchos colores diferentes, incluso las ventanas. Y al parecer también había algo escrito.

Sólo que yo no sé leer la escritura de los humanos. Ni falta que me hace. Con que pueda oler su comida, ya es suficiente.

—Mira lo que pone ahí —le susurró Estefi a



Fede—. «Los profesores tienen razón por la mañana, y por la tarde libre».

—¡Eh, tía, eh! Y mira ahí: «Prefiero una semana en el desierto que un día en el colegio».

—¿Habéis visto aquello? —se unió entonces también Rabanito—. «El que no sabe nada se hace profesor».

Y entonces Charly añadió:

—Éste es el que más me gusta: «Mil euros al mes de indemnización para cada alumno».

—Para ser sincera, ojalá fuera así —dijo Estefi en un tono de voz ligeramente más alto.

—¡Estefanía, voy a hacer como que no he oído nada! —le recriminó la señora Rotkehl, poniéndose nuevamente en marcha con Coco en brazos.

Pero su pequeño tesoro no pareció estar nada de acuerdo y saltó de sus brazos escondiéndose tras Fede.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó la señora Rotkehl.

Posiblemente estaba nerviosa, como muchos de los humanos, y por ello iba alzando cada vez más

la voz. Yo esperaba que se esfumara lo antes posible. Con o sin Coco.

—Creo que no se quiere separar de Precioso —dijo Fede.

—Está bien —suspiró—. Pues me llevo a los dos conmigo.

Y con ésas cogió a Coco y se lo puso bajo un brazo y, antes de que yo pudiera defenderme, a mí, bajo el otro.

—¿Quiere usted que la ayude? —dijo Charly entreteniéndola otra vez.

—¿Ayudarme? ¿A qué te refieres?

—Como usted ya seguramente sabrá, nosotros somos detectives. Yo dirijo una agencia de detectives. Concretamente la agencia de detectives Charly & Company. Estefi, Fede y Rabanito..., quiero decir, Óscar... también forman parte de ella. Nos gustaría ayudarla en la búsqueda del autor del delito de la pared para resolver este caso...

—¡De eso ni hablar! ¡Vosotros os vais ahora mismo a clase y os mantenéis en silencio hasta que llegue vuestro profesor!

3

Una sala llena de profesores y el programa perfecto para dormir

—**Chachi**, ¿no? —preguntó Coco, mientras yo parecía una coctelera bajo el brazo de la señora Rotkehl.

—¡De chachi nada, signifique lo que signifique!

—le bufé—. ¿No te podrías haber ido con tu cuidadora?

—¡Pero si permanecemos juntos es mucho más bonito!

A eso preferí no contestar.

Pero ese pequeño crispernervios no se dio por vencido.

—¿Qué significa «autor del delito»?

—Se trata de un humano que ha hecho algo indebido —le expliqué a ese novato.

—¿Y «un caso»?

—Eso es lo indebido que ha cometido el autor del delito.

—¿Y qué es un detective?

—Es un humano que persigue al autor del delito.

—¿Y eso es lo que hacen tu mamá y tus papás?

Del susto casi me caigo del brazo de la señora Rotkehl.

—¿Mamá? ¿Papás? ¿A ti te faltan pulgas en el lomo o qué? ¿Te refieres a mis cuidadores? ¡Y la señora flaca con voz de rompetímpanos que nos lleva a cuestras tampoco es tu madre, sino tu cuidadora! ¿Lo has entendido, enano? ¡Puedes permitir que los humanos te alimenten, pero jamás dejes que te manden! ¡Recuérdalo para el futuro!

—¡Chachil!... ¿Tampoco he de recoger palitos para ellos?

Cerré unos instantes los ojos para no perder los nervios.

—No, eso tampoco —contesté después, lo más tranquilo que pude.

La señora Rotkehl nos llevó a una sala, que

debía de ser la sala de profesores de la que había hablado. La cuestión es que allí había muchos humanos adultos sentados alrededor de una mesa, hablando todos a la vez.

Por suerte, la señora Rotkehl nos liberó de sus brazos y nos dejó en el suelo.

—Siento llegar tarde, pero...

No continuó hablando porque se dio cuenta de que nadie la escuchaba. Los demás humanos seguían hablando todos a la vez.

—¡He visto lo que ha ocurrido! ¡Nuestro colegio! Pero, compañeros, ahora quería pedirles un favor. Resulta que tengo un pequeño... —lo intentó de nuevo, pero sin éxito.

—Ya, ya, señora Rotkehl. ¡Muchas gracias! Ya hablaremos de eso más tarde. ¿Ha visto usted lo que ha ocurrido? ¡Nuestro bonito colegio! —exclamó un profesor al que yo ya conocía.

Se llama Kurzweiler. Al parecer es un profesor especial, porque los demás le llaman siempre «director». Me cae bien, pues cuando habla, te quedas dormido al instante.

La señora Rotkehl inspiró como si quisiera volver a decir algo, pero todos empezaron a hablar de nuevo a la vez.

—¿Éstos también son detectives? —preguntó Coco.

—No, son profesores.

—¿También persiguen a autores de delitos?

—No, sólo a alumnos.

—Entonces prefiero ser detective. ¡Seguro que es mucho más divertido que ser profesor!

¡Lo que me faltaba!

—¡No, no! —exclamé enseguida—. Ser profesor es mucho más divertido.

Como parecía que la señora Rotkehl iba a tardar un buen rato en conseguir preguntar a los demás profesores si Coco y yo podíamos quedarnos en el colegio, eché un ojeada a mi alrededor. Para ser exactos puse en funcionamiento mi mejor posesión. Como siempre, ésta no me decepcionó. Enseguida percibí claramente el olor de algo comestible.

Descubrí muy pronto que el delicioso olor emanaba de las carteras que los profesores tenían a su

lado en el suelo. ¡Muy bien! Las perspectivas para conseguir un segundo desayuno aumentaban.

Claro que a continuación me llevé una decepción, porque la mayoría de los profesores guardaba su comida en estuches, tápers o envuelta en unas cosas plateadas muy extrañas, con lo que posiblemente me habría tirado varios días para conseguir abrirlos.

Pero entonces, por fin, en una de las carteras descubrí un bocadillo con un olor maravilloso a queso que parecía decir cómeme.

Me serví. ¡Estaba riquísimo!

Pero debí de comer con demasiada ansia e hice mucho ruido al masticar y eso fue lo que me delató.

—¿Qué es ese ruido?... ¡No me lo puedo creer! ¡Se está comiendo mi almuerzo! —tronó de repente una imponente voz que yo desgraciadamente conocía muy bien: ¡era «Gran Sigg»!

De inmediato los ruidos de mi boca se convirtieron en silbidos. Quise huir, pero fue demasiado tarde. «Gran Sigg» ya me había agarrado y me levantaba con una sola mano en el aire.



—¿Cómo ha llegado éste hasta aquí? ¡Pero si es el perro de Fede! Cuando lo pille, se va...

—¡No, señor Schlüter! ¡He sido yo! —exclamó la señora Rotkehl—. ¡Es lo que llevo intentando decirles hace rato!

A un lado, tenía la tronante voz de «Gran Sigggi», y al otro lado, la voz chillona y penetrante de la señora Rotkehl. Ese día mis pobres orejas tuvieron que aguantar mucho, sin duda.

—¿Usted? —preguntó «Gran Sigggi» atónito—. ¿Qué tiene usted que ver con el perro de Fe-

de? ¿Se lo ha quitado usted a Fede para traerlo al colegio?

—No, más bien ha sido al revés —contestó la señora Rotkehl en un tono muy bajo.

A pesar de ello, como los demás profesores habían dejado de hablar la entendieron perfectamente, excepto el señor Kurzweiler.

—No lo entiendo —dijo con su maravillosa y monótona voz.

Empecé a sentir cómo se anidaba en mí una acogedora soñolencia. El almuerzo de «Gran Sigggi» y la voz del señor Kurzweiler eran el programa perfecto para dormir.

En un tono todavía soportable, la señora Rotkehl explicó su problema y los motivos por los que nos había traído a Coco y a mí a la sala de profesores. Después, los demás se miraron unos a otros y no dijeron nada.

El señor Kurzweiler fue el primero en tomar de nuevo la palabra.

—Una petición muy poco corriente, querida compañera. Pero, como usted ya sabrá, soy un aman-

te de los animales. Crío peces. Llevo desempeñando el cargo de presidente en la asociación de criadores de peces de acuarios desde hace años y yo diría que...

—¡Yo diría que de acuerdo! —tronó la voz de «Gran Sigg» en

el instante en el que yo ya estaba con dos patas en el país de los sueños—. ¡Al fin y al cabo sólo son un par de días y ahora tenemos otros problemas más importantes!

—Si me permiten hacer una sugerencia —dijo el conserje—. He localizado una empresa especializada en la limpieza de fachadas de edificios con pintadas.

—¿Pero eso existe? —preguntó «Gran Sigg».

—Desde hace poco —contestó el señor bedel—. Parecer es bastante rentable, como este tipo de pintadas cada vez están más a la orden del día. La empresa no es precisamente barata, pero, según dicen, suelen hacer un buen trabajo.



—¿No son baratos? Eso no es una buena noticia —dijo el señor Kurzweiler—. No contamos con un gran presupuesto, como usted bien sabe.

—¿No podría usted buscar otras empresas? —preguntó «Gran Sigg»—. Tal vez encontremos otra que lo haga por menos dinero.

—Desgraciadamente, no —contestó el conserje—. Es la única empresa en los alrededores. Seguramente por eso son tan caros.

—Está bien —suspiró el señor Kurzweiler—. En ese caso no nos queda otro remedio.

«Gran Sigg» consultó su reloj.

—¡Caramba! ¡Ya pasan diez minutos de la hora! ¡Y yo que apenas consigo dar toda la materia en una hora!



La señora Rotkehl carraspeó.

—Señor Schlüter, ¿no tiene usted que dar clase a los suyos?

—Sí. ¿Por qué?

—Los perros, ¿podría usted...?

«Gran Soggi» miró primero a Coco y luego a mí. Suspiró y, finalmente, nos recogió del suelo.

Así fue como aquel día fui transportado por segunda vez junto a Coco por un humano adulto. Y además comprobé que el brazo de «Gran Soggi» era bastante más cómodo que el de la señora Rotkehl.

«Gran Soggi» se detuvo ante una puerta de la que salía un jaleo increíble.

—¿Oís eso? En cuanto uno se retrasa un par de minutos los alumnos hacen más jaleo que una jauría de monos salvajes.

Empezaba a preguntarme si el profesor de mis cuidadores conocía el mejor secreto de los perros, pero por lo visto sólo hablaba consigo mismo.

Como no tenía ninguna mano libre, abrió la puerta con la rodilla. Ya me gustaría a mí hacer eso.

Por mucho jaleo que hubiera antes, cuando

«Gran Soggi» entró con nosotros bajo el brazo por la puerta, se hizo bruscamente un silencio absoluto. Aunque no estoy seguro de si el motivo del silencio era «Gran Soggi», Coco o yo. En la habitación en la que ahora nos encontrábamos había niños sentados, uno detrás de otro y uno al lado de otro, formando filas. A veces es complicado para un perro entender lo que los humanos hacen.

—Señor Schlüter, ¿tiene usted algo ahí! —exclamó uno de los niños.

—Esto no es algo, sino seres vivos. Para ser exactos, se trata de dos perros. Uno muy joven y otro... diferente.

—¿Va usted a darnos ahora también Biología? —preguntó otro niño.

—No, conmigo daréis Lenguaje, como siempre. Pero primero tengo que solucionar una cosa.

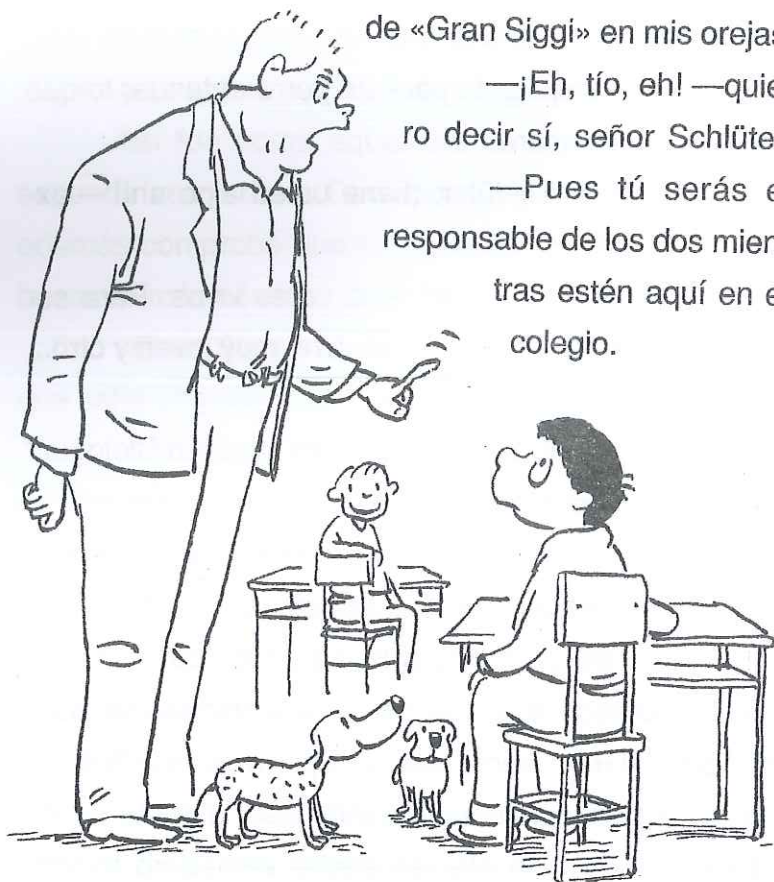
Con ésas se dirigió hacia Fede, que también estaba sentado tras una de esas extrañas mesas y miraba a «Gran Soggi» con los ojos muy abiertos. Lo entendía perfectamente. Cuando este gigante se dirige a alguien, ese alguien siente verdadero miedo.

Se acercó tanto a Fede que podría haber babeado la cabeza de mi cuidador, cosa que naturalmente no hice.

—¡Fede! ¡Como ves tengo a estos dos perros bajo mis brazos! —tronó la voz de «Gran Soggi» en mis orejas.

—¡Eh, tío, eh! —quiero decir sí, señor Schlüter.

—Pues tú serás el responsable de los dos mientras estén aquí en el colegio.



Fede se encogió.

—¿Yo? Eh, sí, señor Schlüter.

«Gran Soggi» nos puso a Coco y a mí junto a Fede en el suelo. Por desgracia, porque en su brazo se estaba la mar de cómodo.

Gimiendo volvió a levantarse.

—Eso significa que tú serás el responsable de lo que tus perros hagan.

—¡Eh, tío, eh! —dijo Fede en voz baja, mientras «Gran Soggi» se dirigía a su sitio.

—¿Por qué sólo yo? ¡Eso es injusto!

—¿Puedo también yo traer a mi perro mañana? —preguntó un niño.

—¿Y yo al mío? ¡Se llama Heinz-Willi! —dijo otro niño.

—¡Entonces yo también quiero traer al mío! ¡Se llama Tarzán! Es muy bueno y...

—¡Silencio! —gritó «Gran Soggi»—. ¡Estamos en clase de Lenguaje, no en el ensayo teatral de *El colegio de los perros*! Además, Fede tiene una misión en lo referente a esos perros.

—¿Y cuál es? —preguntó de nuevo otro niño.

—Papá —dijo Estefi en voz baja y riéndose, mientras «Gran Sigggi» gritó:

—¡No quiero oír nada más! ¡Vamos a empezar con la clase!

—¿Qué es «clase»? —preguntó Coco.

—Ni idea —le contesté—. Posiblemente es por lo que los humanos vienen aquí.

Y justamente eso era lo que me tenía intrigado. Debía de ser algo muy especial, porque mis cuidadores y los demás niños venían aquí casi todos los días.

Pero una vez más los humanos me decepcionaron. Pocas veces he vivido algo tan aburrido. Cuanto más duraba, más me preguntaba qué era lo que hacía que mis cuidadores soportasen cada día aquella clase de forma voluntaria.

No tenía ni idea de cómo iba yo a poder soportar los próximos días. Mi estado de ánimo iba empeorando visiblemente, claro que las incesantes preguntas de Coco también tenían parte de culpa.

—¿Qué es un predicado?

—Tal vez es un humano predicador, que habla

mucho más que los demás —contesté yo, sin tener ni la más mínima idea.

—¿También hay humanos que no son predicadores?

—Probablemente.

—¿Qué es una oración?

—¡Y qué sé yo! ¡Tal vez es la hora en la que los humanos se tiran de los pelos! ¡Y ahora cierra el hocico de una vez!

Después de eso Coco se enfadó, pero al menos cerró el pico y yo pude aprovechar la clase para dejarme transportar por la voz de «Gran Sigggi» y dar una cabezadita. Si estaba interpretando bien las caras de algunos niños, ellos también estaban a punto de hacer lo mismo.

Pero eso cambió radicalmente cuando un agudo timbre me despertó bruscamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Coco con voz temblorosa.

—A lo mejor quieren evitar así que los niños se duerman.

Pero al parecer aquel timbre significaba algo

más, porque todos los niños se levantaron de repente y salieron corriendo y riendo de la habitación en la que estábamos.

—¡Eh, tíos, eh! —exclamó Fede hacia nosotros—. ¿A qué estáis esperando? ¡Es la hora del recreo!

—¿Qué es «el recreo»? —preguntó Coco.

—Que podemos irnos —contesté, porque eso era evidente.

Cuando salimos fuera, en el pasillo había mucho jaleo. De todas las habitaciones salían riadas de niños. Eran de distintas edades, en la medida en que puedo juzgarlo, pero todos sin excepción parecían alegrarse de poder salir al patio.

4 Muchos sospechosos y una especie de cárcel

En el patio del colegio, los niños y los profesores caminaban de un lado a otro. Mientras yo me dirigía a la puerta por la que habíamos entrado al colegio, me preguntaba por qué no se iban a casa.

Pero Fede me detuvo.

—¡Eh, tío, eh! ¿Adónde vas, Precioso? Aún no podemos irnos. ¡Sólo estamos en el recreo!

—¿Que tenemos que quedarnos? ¿Pero esto qué es? ¿Una cárcel? —me enfadé.

La pregunta inevitable de Coco no tardó en llegar:

—¿Qué es «una cárcel»?

—Un lugar donde encierran a los humanos que han cometido algo indebido.

—¿A los autores de delitos?

—Exacto.

—¿Todos estos niños son autores de delitos?

—¡No me pongas nervioso! —le bufé.

Por suerte Charly atrajo la atención de Coco.

—He estado pensando en el autor del delito

—dijo, como si hubiera oído la pregunta de Coco.

Aunque hice como si no hubiera visto su mirada interrogante.

—¡Eh, tío, eh! ¿De qué autor hablas?

Charly suspiró audiblemente.

—¡Jo, Fede! ¡Eso sólo podías preguntarlo tú!
¡Me refiero al autor de las pintadas en la pared, naturalmente!

Fede se encogió de hombros.

—¡Si sólo es un grafiti!

—Bueno, más bien un grafiti de un principiante —opinó Estefi—. Las frases me han parecido divertidas, pero el resto es una marranada.

—Además es delito —dijo Rabanito.

—¡Daños materiales! ¡Lo que yo digo! —exclamó Charly—. De cualquier modo deberíamos echar un vistazo al lugar del crimen. ¡A lo mejor encontramos algún indicio!

Antes de que ninguno de mis otros cuidadores pudiera objetar nada, Charly ya se había puesto en camino.

Aunque tardamos un buen rato en llegar hasta la pared pintada del colegio, porque cada dos por tres algún niño se acercaba a acariciarnos a Coco o a mí. Por suerte Fede me los quitaba de encima.

—¡Eh, tíos, eh! ¡A Precioso no le acaricia nadie..., excepto yo, claro!

¡Qué razón tiene! ¡Al fin y al cabo no me gusta que me manosee cualquiera!

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Rabanito.

—Vosotros también podéis, claro —gruñó Fede.

—¡Sí, hombre! —exclamó Charly—. Las caricias son un premio y hay que ganárselas. ¡Yo no pienso acariciarle hasta que se haya convertido en un perro detective de verdad!

—Pues ya puedes esperar sentado —contestó Estefi sin más.

—¿Perro detective? ¿Pero eso existe? —preguntó Coco.

Solté un bufido de lo más despectivo.

—¡Recogepalitos! ¡Ellos hacen todo lo que los humanos esperan!

—¡Perro detective! ¡Chachi! ¡Yo también quiero ser un perro detective! ¡Y así atraparé autores de delitos que pintan las casas de colores, y los mandaré al colegio..., o a la cárcel!

Comprendí que el cachorro aún tenía mucho que aprender.

—Verás, enano, presta atención —dije yo lo más tranquilo que pude—. No debes permitir que los humanos se aprovechen de ti.

—¿Se aprovechen? ¿Qué quiere decir?

—Que «se aprovechen» quiere decir que haces lo que ellos quieren y a cambio te dan algo de comer.

—¿Y entonces qué he de hacer?

—Hacerte el tonto en el momento adecuado. Así te dejarán en paz y también te darán comida.

—¿Cómo?

—Mirándolos con una mirada de perrito fiel.

—¿En serio?

—En serio. A ver, mírame.

Coco hizo lo que le dije. Quedé satisfecho.

—¿Lo ves? Sabes hacerlo perfectamente. Todos los perros saben. Y así debe ser, porque nos proporciona nuestro alimento. Así que utilízalo, pequeño.

Por fin llegamos a la pared pintarrajeada de colores, y con nosotros, muchos más alumnos. Al contrario que los profesores, los alumnos parecían alegrarse de las pintadas.

Mientras Charly contemplaba la pared, ladeaba la cabeza, tal como lo hacemos nosotros los perros a veces. Pero no miraba con mirada fiel, sino que sacó su cuaderno de notas y empezó a escribir en él.

—¿Y ahora qué estás escribiendo? —preguntó Estefi.

—Está claro —contestó Charly sin levantar la mirada de su cuaderno de notas.

—¿Estás escribiendo «está claro» en tu cuaderno de notas? —preguntó Rabanito.

Charly puso los ojos en blanco.

—Quiero decir que el caso para mí está claro. Naturalmente estoy anotando otra cosa.

—Ajá. ¿Y qué es?

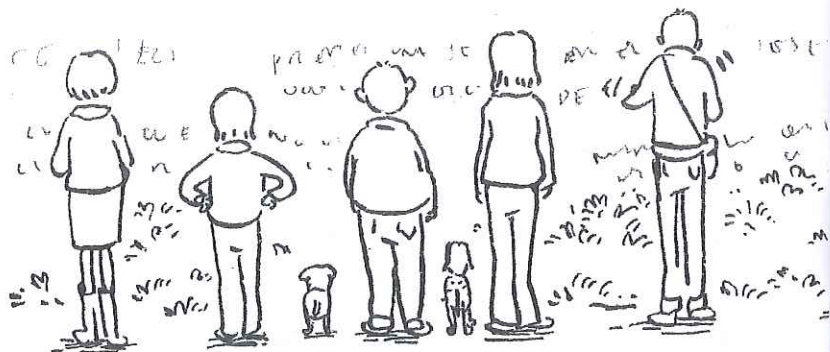
—Que fueron los alumnos... Probablemente varios alumnos de los cursos superiores, y mínimo dos.

—¡Eh, tío, eh! ¿Cómo lo sabes?

—Pues muy fácil. Frases así sólo se les ocurren a los alumnos.

—¿Y por qué varios alumnos de los cursos superiores? —preguntó Rabanito.

—¿Cómo iba a hacerlo uno solo? Además, ocurrió de noche. A esas horas los alumnos mayores lo tienen más fácil para salir de casa que los pe-



queños. Aparte de que los autores del delito tuvieron que llevar consigo una escalera muy larga para llegar hasta el tejado, y una escalera de ésas pesa lo suyo.

Coco estuvo escuchando a Charly todo el tiempo jadeando y con la lengua fuera.

—Tu papá..., eh, quiero decir, tu cuidador Charly... es bastante listo, ¿no?

—Sí, sí —contesté sin más, porque me preocupaban otros pensamientos muy distintos.



«¡Escalera! Claro, así es como llaman los humanos al aparato con el que recogen la deliciosa fruta de los árboles. Y una de esas escaleras es lo que la otra noche aquel hombre que casi me atropella llevaba consigo. Pero estaba solo. Al menos yo no vi a nadie más. ¿Y seguro que se trataba de un hombre? Estoy convencido de que no era un niño, de eso pude darme cuenta perfectamente. Aunque algunos de los alumnos que andan por el patio podrían confundirse con humanos adultos..., sobre todo en la oscuridad.»

—¿Y ahora adónde vas? —dijo Estefi, sacándome de mis pensamientos.

—¡Voy a ver si doy con algún sospechoso! —contestó Charly.

Mis otros cuidadores lo siguieron. Aunque solían protestar cuando Charly iniciaba alguno de sus casos, al final siempre acababan siguiéndole la corriente... O al menos casi siempre.

La pregunta de Coco no se hizo esperar:

—¿Un sospechoso también es un autor de delito?

—No del todo.

—¡Chachi! ¡A uno de éstos estamos buscando!

Si no quería quedarme solo y correr el peligro de ser molestado por niños pesados y sus caricias, no tenía más remedio que seguir a mis cuidadores y a Coco, que ya caminaba al lado de Charly.

Me preocupaba un poco que Coco hubiera elegido precisamente a Charly como modelo para seguir. Porque, ya puestos, era mucho mejor que se fijara en Fede.

Después de caminar por casi todo el patio, Charly por fin se detuvo junto a una chica. Al principio no la reconocí, ya que casi parecía un adulto.

—¿Se trata de una sospechosa? —me susurró Coco, a pesar de que podría haber gritado a todo pulmón, porque ni aun así le habrían oído.

La mirada de la chica recayó en Coco.

—¡Ay, qué monaaada! —gritó encantada e inmediatamente empezó a acariciarlo, y aparentemente a Coco le estaba gustando.

—¡Acuérdate de lo que te acabo de explicar! —le dije, pero parecía no oírme.

En cambio, su pequeño rabito giraba sin parar.
La siguiente pregunta de la chica hizo que se me helara la sangre, como suelen decir los humanos.

—¿Ha tenido Precioso descendencia?

—¡Eh, tía, eh! ¡Que Precioso es un perro y no una perra!

—Además, no hemos venido para hablar de perros —se metió Charly por medio.

—¡Charly! —suspiró la chica—. ¿Qué quieres?... ¡No, espera! ¡No me lo digas! ¡Se trata del grafiti! ¡Ni se te ocurra calentarme los cascos con eso!

Entonces, por fin, la reconocí.



—Ésa no es ninguna sospechosa, sino una hermana. La hermana de Charly, para ser exactos —le expliqué a Coco.

—Sí y no —le dijo Charly a Nicole.

—¿Cómo?

—Sí, me ocupo del caso del grafiti, y no, no te calentaré los cascos si me respondes a un par de preguntas.

—¡Lo sabía! ¡Pues venga, suéltalo ya, porque si no de todos modos no me vas a dejar en paz!

Charly carraspeó.

—Al autor, o mejor dicho, a los autores del delito hay que buscarlos entre los alumnos mayores.

Nicole levantó los brazos.

—Hermanito, ¿no puedes por una sola vez hablar como una persona normal?

—Es lo que estoy haciendo. Tan sólo dame un par de nombres y desaparezco.

—¿Que te dé un par de nombres? —preguntó Nicole.

—Eso me ayudaría a avanzar.

Nicole se encogió de hombros.

—Vale. Goethe, Beethoven, John Lennon, Pablo Picasso...

—¡No me refería a eso! —exclamó Charly—. ¡Necesito nombres de sospechosos!

Nicole se agachó hacia su hermano.

—Estás empezando a crisparme los nervios. Yo no sé los nombres de ningún sospechoso. Y, además, me da exactamente igual quién haya sido. En mi opinión creo que el colegio está mucho mejor así. Por lo que probablemente hayan sido...

—¡El Gordo y el Flaco! —exclamó de repente otro alumno metiéndose por medio, que debía de tener más o menos la misma edad de Nicole.

—¡Muy gracioso! —exclamó Charly.

Nicole movió la cabeza negativamente.

—¿Esos dos? ¡Ésos no son capaces de algo así en la vida!

—¿A quién te refieres? —preguntó ahora Estefi.

—A Tim y a Tom —bufó Nicole—. Sólo los llamamos el Gordo y el Flaco, porque Tim es gordo y Tom es...

—Flaco —completó Estefi la frase, con una sonrisa socarrona.

—Más bien tonto —añadió Nicole.

—¿No fue Tom el que vino a nuestra última excursión contigo?

—¡Exacto! —exclamó Charly—. Y entonces Tom no te parecía tan tonto.

La sonrisa de Estefi se hizo más ancha.

—En absoluto.

—Más bien todo lo contrario —añadió rápidamente Rabanito.

—¡Eh, tía, eh!

—¡Anda, callaos ya! —exclamó Nicole—. Eso fue hace tiempo. ¡No quiero tener nada más que ver con ése!

Ahora fue Charly el que se inclinó hacia su hermana.

—Entonces dinos al menos por qué ese tipo acaba de decir que Tim y Tom tienen algo que ver con el grafiti.

—Está bien —suspiró Nicole—. A esos dos los pillaron una vez haciendo una pintada en la columna

de un puente. Uno fue demasiado lento y el otro demasiado tonto para salir corriendo a tiempo. Tuvieron un montón de problemas. Pero de eso ya hace algún tiempo y no creo que esos dos tengan nada que ver con este otro asunto.

—En cambio yo me lo imagino muy bien. ¡Gracias por la ayuda! —contestó Charly mientras garabateaba algo en su cuaderno de notas.

Su hermana únicamente replicó con un suspiro y moviendo la cabeza negativamente y, luego, añadió:

—¡En vez de perder el tiempo con estas chorradas, no estaría de más que ayudaras a papá! ¡Se lo prometiste! —dijo cuando su hermano ya se había alejado un buen trecho.

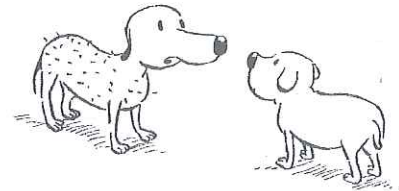
—¿En qué tienes que ayudarle a tu padre? —preguntó Estefi a Charly.

—En la mudanza —bufó éste.

—¡Eh, tío, eh! ¿Os mudáis? —preguntó Fede.

—No, sólo mi padre..., quiero decir, por motivos de trabajo. Tiene que sacar todas sus cosas de su vieja oficina y llevarlas a la nueva. ¡Pero mejor no me lo recuerdes!

Coco me miró. Fue suficiente. No necesitó ni formular su pregunta.



—Yo tampoco sé muy bien lo que es una oficina —le dije—. Pero allí van los adultos.

—¿Como un colegio para adultos? —preguntó el pequeño crispernervios.

—Sí, algo así.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó Rabanito—. En una oficina no puede haber muchas cosas.

—Entonces es que no conoces bien a mi padre. Además, ése no es el problema. Mi padre tiene que mudarse porque su banco ha abierto una nueva sucursal muy cerca de aquí. Y conociendo a mi padre, seguro que entonces vendrá de vez en cuando a visitarme. Y eso no me hace ninguna gracia.

Coco volvió a mirarme.

—¿Qué es un...?

—En un banco hay dinero.

—¿Y qué es el dinero?

—Nada especial. Los humanos se vuelven lo-

cos por él pero no tengo ni idea de por qué. No se puede comer.

—¡Vaya marrón! —exclamó entonces Rabanito. Charly miró a su alrededor.

—Dejemos ese tema. De momento los que nos importan son Tim y Tom. Me gustaría saber dónde se han metido esos dos. Vamos a ver si los encontramos. Tal vez averigüemos algo.

En ese instante sonó otra vez el timbre.

Fede se agachó y me cogió en brazos.

—Ven aquí, pequeñín. El recreo se ha acabado. Ahora tenemos Educación Física.

¿Educación Física? ¿Y eso qué era?

—Te va a gustar, Precioso —dijo entonces Estefi.

—¡Eh, tía, eh! ¿A quién le gusta la Educación Física?

Estefi le dio a Fede un codazo.

—Creía que a ti te gustaba la clase de Educación Física... ¡Al menos la que da la señora Sulte-Stratmann!

—¡Eh, tía, eh! ¡Estoy deseando que vuelva!

—¿Es la señora Sulte-Stratmann su madre?

—me preguntó Coco.

—No, pero ella también ha tenido descendencia..., sólo que no es Fede.

—¿Otros humanos? —preguntó Coco.

—¿Qué si no? ¡No van a ser perros!

—¿Y cuántos ha tenido?

—Uno.

—¿Nada más?

—Enano, dime una sola cosa que los humanos sepan hacer mejor que los perros.

Coco se quedó pensando un momento.

—Abrir una puerta con la rodilla —dijo entonces.

Desgraciadamente en eso tenía razón. Varias ocasiones había envidiado a los humanos por su capacidad de poder abrir puertas, sobre todo cuando detrás de ellas hay algo comestible.

Pronto descubrí que la clase de Educación Física iba a desarrollarse de forma muy distinta a la clase de «Gran Sigg». Nos dirigimos a otra casa y los niños

se pusieron unas ropas muy raras. En la habitación en la que se cambiaron, olía de forma muy interesante. Luego nos llevaron a otra habitación enorme, donde ya nos estaba esperando un profesor que me caía muy bien: ¡El señor Kurzweiler!

—Hasta que la señora Sulte-Stratmann vuelva, seré yo el que dé esta clase —nos saludó con su agradable y soñolienta voz.

Estaba impaciente por que me arrullara con su voz y poder así echar una pequeña cabezadita.

—¡Eh, tíos, eh! Ojala dé la Educación Física al mismo ritmo que habla.

El señor Kurzweiler se metió un chisme muy raro en la boca y soltó un pitido.

A esa señal los niños empezaron a correr, a saltar, a agarrarse de unas barras y a hacer unas cosas muy extrañas.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté, aunque más para mí que otra cosa.

—¡Chachi! —exclamó Coco—. ¡Eso también lo sé hacer yo! —y echó a correr.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el señor Kurzwei-

ler—. Nuestro pequeño amigo también quiere participar. ¡Qué bien! ¿Y qué hay de tu perro, Fede?

—¡Eh, tío, eh!... Quiero decir, no creo que a Precioso le guste hacer deporte.

—¡Tiene mucha razón! —exclamé yo—. ¡Así que olvídale!

En aquel momento lamenté que los humanos no pudieran oírme.

—¡Qué dices! ¡Un poco de ejercicio no le hace daño a nadie!

—Sobre todo a Precioso —murmuró Charly—. Que se va a olvidar de cómo se anda, porque siempre va en brazos.

—¡Eh, tío, eh!

No sirvió de nada. Poco después corría y saltaba sin ningún sentido por aquella habitación igual que los niños y que Coco, al que le debía de gustar aquella tortura.

5

«Cara de pelo» y una cosa para colgar

De modo que, en vez de salir reforzado si hubiera echado una cabezadita, cuando volvimos al patio del colegio, me sentía completamente agotado.

—¿Tenemos otra vez recreo? —preguntó Co-co, en el que la clase de Educación Física no había dejado huella.

Con su edad probablemente me habría ocurrido lo mismo.

—Eso parece —contesté cansado—. Espero que no sea así durante todo el día.

Charly sacó su cuaderno de notas.

—Creo que ya sé dónde podemos encontrar a Tim y Tom.

—¡Eh, tío, eh! ¿Por qué no descansamos y ya está? ¡Que para eso son al fin y al cabo los recreos!

Lo dicho, mi cuidador Fede y yo somos almas gemelas.

—¡Descansar! —bufó Charly—. Los detectives de verdad no descansan nunca.

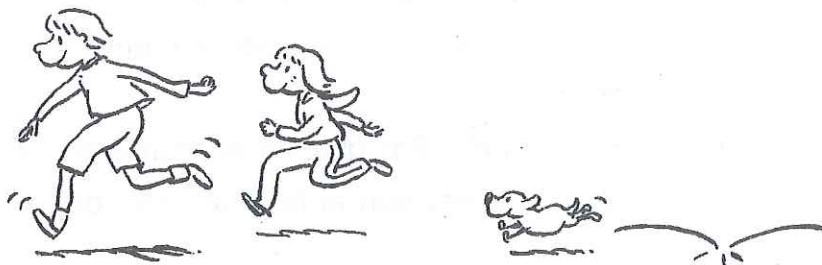
—¿Y eso qué significa? —pregunto Estefi.

—Eso significa que vamos a ir a la cafetería a buscar a Tim y a Tom. Porque seguro que están allí. Al igual que Nicole.

—Pero si la cafetería es sólo para los alumnos mayores —replicó Rabanito—. Ahí no nos está permitida la entrada.

—A veces, para resolver un caso, hay que hacer oídos sordos a las prohibiciones —dijo Charly y empezó a andar.

—¡Chachi! ¡Buscar sospechosos! ¡Yo también voy! —exclamó Coco y corrió tras Charly.



Entonces Fede me cogió en brazos. Se lo agradecí mucho.

—¡Eh, tíos, eh! Éste ni descansa, ni nos deja descansar.

—Hombre, podríamos quedarnos aquí —dijo Rabanito.

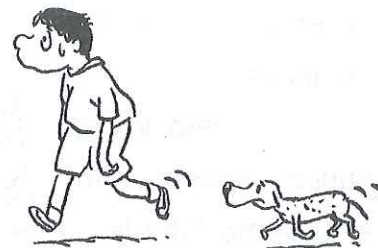
Estefi movió la cabeza negativamente.

—De eso nada, quiero ver si lo consigo.

Volvimos a entrar en el colegio, pero esta vez por una puerta distinta a la que habíamos utilizado antes. Charly se dirigió directamente hacia un alumno con pelo en la cara.

—¡Eh, tíos, eh! Me encantaría tener una barba igual cuando sea mayor.

—¿Quieres parecer un ovillo de lana parlante? —le respondió Estefi.



—¡Hola, Winni! ¿Qué tal le va al Redactor Jefe de la revista escolar?

—Hasta que tú has aparecido, bien. ¿Qué quieres, Charly? Si tú ya no perteneces a la revista escolar.

—Es que no he venido en calidad de reportero, sino como detective. Tal vez recuerdes que yo...

—No te enrolles y escupe de una vez lo que quieres —le interrumpió «cara de pelo» a Charly.

—Quiero hablar con Tim y Tom.

—¿Con el Gordo y el Flaco? Ésos están en la cafetería.

—¡Ya me lo imaginaba! —dijo Charly y quiso pasar por delante de «cara de pelo».

Pero éste le sujetó del brazo.

—¡Alto! Vosotros no podéis entrar ahí. Aún tienen que pasar un par de añitos.

—¡Pero yo no puedo esperar tanto!
—exclamó Charly—.



¡Hay que seguir las pistas mientras estén calientes!

—Por mí como si las recalientas.

—¿No podrías al menos decirles a Tim y a Tom que salgan unos minutos?

—No.

—¿Y si te escribo un artículo para la revista escolar sobre ello...? Me refiero sobre el grafiti en la fachada del colegio.

—¡Lo que me faltaba! —bufó «cara de pelo»—. Y aunque tu gran caso sea la fachada del colegio, ¡olvídalo! Porque a la mayoría le parece guay tal y como está.

—¡Chachi! ¡Como yo digo! —dijo el enano.

Charly intentó entrar a la cafetería un par de veces más pero «cara de pelo» no le dejó pasar.

—Tu cuidador Charly no se da nunca por vencido, ¿verdad? —me preguntó Coco mientras volvíamos al patio del colegio.

—Es cierto, ni siquiera cuando ya hace tiempo que ha perdido.

—¡Yo tampoco me doy por vencido! —dijo Co-

—¡Eh, tíos, eh!

—¡Chachi! ¡He encontrado algo! —exclamó Coco.

—¿Un sospechoso? —le pregunté sin mucho interés en realidad.

—¡No! ¡Una cosa para colgar!

—¿Una qué?

—Un chisme en el que los humanos meten cosas y luego se lo cuelgan en el hombro. ¡Mi mamá..., eh, mi cuidadora, también tiene un chisme de esos!

—Ajá —dije, aunque seguía sin entender nada de lo que me estaba diciendo.

Pero el pequeño «quiero ser perro detective» no paraba de dar la lata.

—Lo he encontrado en un arbusto. ¡Di con él mientras hacía pis!

—Los humanos hacen pis —le aleccioné—. Pero los perros riegan. ¡No lo olvides!

Coco parecía no estar escuchando lo que le estaba diciendo.

—¡Hay muchas cosas dentro! ¿Se lo enseñamos a Charly?

—¡Olvídalo! —contesté—. Me alegro de que haya terminado ya el recreo. ¡Porque espero poder dormir durante la próxima clase!

Y probablemente habría podido hacerlo, porque la siguiente clase fue parecida a la de «Gran Siggí». Sólo que con otro profesor. Éste hablaba casi tan maravillosamente suave como el señor Kurzweiler. Así que eran las mejores condiciones para mi tan ansiada cabezadita... si no hubiera sido por Coco.

No paraba de hablar de su «cosa para colgar».

—Dentro del chisme ese había una cosa dura y otra blanda. Y una cosa olía bien..., y la otra olía un poco raro. Y...

—¡Está bien! —dije finalmente—. Luego echaré un vistazo a tu cosa esa de colgar. ¡Pero ahora déjame en paz, que quiero dormir!

Después de eso se calló... Sólo que entonces yo ya no pude dormirme. Probablemente de puro cansancio.

Después del siguiente timbre, mis cuidadores y los demás niños recogieron sus cosas.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Rabanito—. ¡Por hoy ya vale!

Al parecer eso significaba que, por fin, nos íbamos a casa. A esas alturas yo ya estaba tan cansado que ni siquiera podía alegrarme de ello.

—¡Chachi! ¡Ahora podremos echarle un vistazo a la cosa para colgar! —exclamó Coco mientras salíamos.

A eso ni le contesté, estaba demasiado concentrado en no dormirme caminando.

—Me voy a adelantar, ¿vale? —dijo Coco y echó a correr.

—¡Espera! —grité tras él—. ¡No tengo ganas de volver a correr con mis cuidadores para dar contigo!

Pero no me escuchó. Así que corrí tras él, para no perderle de vista.

—¡Eh, tío eh! ¡No te vayas tú también corriendo! —escuché la voz de Fede tras de mí.

Miré hacia atrás. Mis cuidadores me seguían.

Coco se detuvo un momento ante un arbusto lleno de espinos y luego se metió debajo.

—¡Todo no es chachi! —chilló poco después.

—¿Y ahora qué pasa? —le pregunté.

La cabeza de Coco apareció entre las ramas.

—La cosa para colgar ha desaparecido.

—Bueno, al menos ahora te estarás quietecito un rato y así podremos volver al huerto.

—¡Mirad! —exclamó Estefi—. Coco se está escondiendo. ¡Qué mono que es!

Coco salió del arbusto.



—Seguro que se lo ha llevado el autor del delito —dijo Coco sollozando.

Durante el camino de vuelta al huerto, Coco caminó desganado y con las orejas caídas junto a Fede. A mí me había cogido en brazos, lo que le agradecí mucho.

—¿Qué le pasa a Coco? —preguntó Rabanito—. Parece tan triste.

—El autor del delito se ha llevado la cosa para colgar —sollozó Coco.

—¡Eh, tío, eh! A lo mejor está cansado. Al fin y al cabo un día de colegio como el de hoy resulta agotador.

—Y que lo digas —suspiró Rabanito.

—Entonces, ¿por qué no llevas en brazos al pequeño? —sugirió Charly—. Precioso también puede ir andando alguna vez.

¡Creía no haber oído bien! Pero lo que más me molestó fue que Fede hiciera caso a Charly, me dejara a mí en el suelo y cogiera a Coco en brazos. Éste se quedó dormido casi al instante.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Pobrecillo!

Mucho tenía yo que decir al respecto. Pero no lo hice. Debía guardar mis fuerzas para conseguir superar el camino de vuelta a mi acogedor hogar.

Cuando apareció en la lejanía, ya casi no podía andar del hambre y del cansancio que tenía. Entonces valoré una vez más el hecho de tener un hogar y un cuidador que te dé de comer.

A Fede no tuve que rogarle, pues, después de dejar a Coco roncando silenciosamente en la hierba al lado de mi caseta, me llenó mi comedero de comida.

—Que te aproveche, pequeño, pero deja un poco para Coco.

Eso me hizo recordar un viejo dicho de perro callejero: «el que se duerme a la hora de comer, se lo pierde».

No contaba con que el pequeño roncador, de repente, abriera los ojos.

—¡Hummm! ¡Qué rico, qué bien huele! —dijo Coco.

Vale, está bien, entonces tendré que ser mu-

cho más rápido. Metí la cabeza en el comedero y zampé todo lo rápido que me dejaba mi maltrecha dentadura. Miré un segundo a Coco. Éste abrió los ojos como platos, se levantó de un salto y al instante ya estaba zampando a mi lado.

—¡A que son monos! —exclamó Estefi—. ¡Lo comparten todo como buenos amigos!

No es que quiera presumir, pero debo decir que yo gané el concurso de comida rápida. Aunque como estuve tan entretenido no me di cuenta de que, entre tanto, mis cuidadores habían desaparecido. Para mí mejor. Por fin iba a volver la calma y yo podría dormir.

—¡Yo ya estoy lleno! —exclamó Coco—. ¡Y descansado! ¿Quieres que volvamos a buscar autores de delitos o cosas para colgar?

Eso, incluso para un perro tan paciente como yo, fue demasiado. Me acerqué a él y le mostré furioso mi dentadura..., o lo que quedaba de ella.

—¡Ya basta! No he podido dormir en el colegio y he tenido que hacer todo el camino de vuelta a casa andando. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué ahora quieres dormir?

—Lo has pillado, enano. ¡Y nada va a privarme de ello!

Con ésas le dejé allí plantado y me puse cómodo en el interior de mi caseta. Ahora ya no había nada que pudiera quitarme el sueño..., o eso pensé. Cerré los ojos, pero no podía dormir. En cuanto cerraba los ojos veía ante mí los ojos redondos de Coco. Aunque no quería admitirlo, en mi interior sentía remordimientos. Al fin y al cabo él era aún muy pequeño y yo debía tener más paciencia con él.

Suspirando me levanté y saqué la cabeza de mi caseta. Coco estaba sentado delante como un perro guardián, mirándome.

—¿Chachi? —preguntó con cuidado.

—Sí, sí. Sólo quería decirte que lo de antes no lo decía en serio, cuando dije...

De repente Coco abrió los ojos como platos y gritó:

—¡No nos hagáis nada! ¡Socorro!

Al mismo tiempo oí una voz que no esperaba oír allí:

—¡No sabía que tuvieras un hijo, Orejita!

Salí de mi caseta de un salto. ¡Rocky!

—¿Qué haces tú aquí...? ¡Éste no es mi hijo!

Rocky me enseñó el hueco de su dentadura.

—Y entonces, ¿quién es?

—Él es... Yo tengo... Tiene que... ¡Bueno, y a ti qué te importa! Y además, ¿qué hacéis vosotros aquí?

Rocky señaló con la cabeza a sus amigos de andanzas que entre tanto estaban recorriendo con curiosidad el huerto.

—Queríamos ver cómo te va... con los humanos.

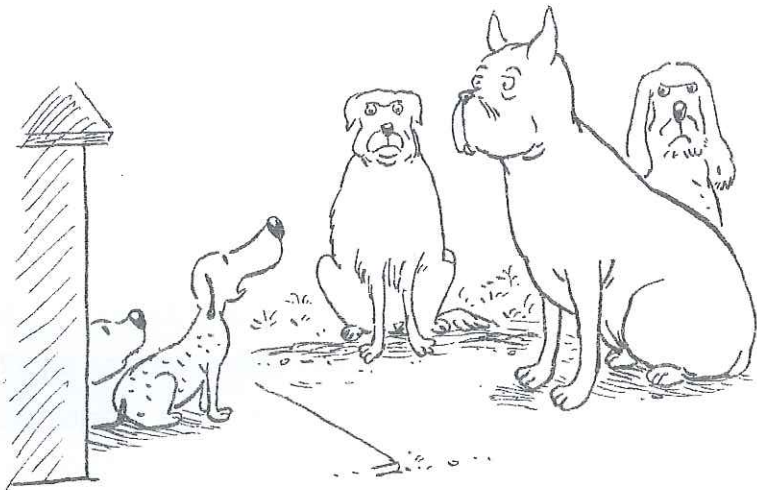
—¿Acaso ves por aquí algún humano?

—No, pero veo un comedero. Y eso, normalmente sólo lo tienen los recogepalitos, si no me equivoco.

—Ése... es para el pequeño —dije rápidamente.

Aunque era mentira y esperaba que Coco, que seguía temblando de miedo, no me delatara. No me apetecía escuchar los comentarios burlones de Rocky y sus amigos.

—Ya —dijo Rocky sin más y noté que no se lo



había tragado—. Y vosotros, ¿qué decís, chicos? —preguntó entonces a sus colegas.

—¡No está mal! —exclamó uno.

—¡Pero huele demasiado a humano! —dijo otro.

—¡Y apenas hay cosas comestibles! —dijo un tercero.

—O sea que no es precisamente un paraíso para un perro callejero —dijo Rocky—. ¿Estás seguro de que no quieres volver con nosotros, Orejita?

—Lo he estado pensando —contesté, porque en realidad era cierto.

—¿Y?

—Prefiero quedarme aquí. No me va tan mal... y he de ocuparme del enano.

Rocky ladeó la cabeza.

—Como quieras, Orejita. ¡Chicos, vámonos! ¡Aquí no hay nada que valga la pena para nosotros!

Ya en la puerta del huerto Rocky se giró una vez más.

—Si cambias de idea o necesitas mi ayuda, házmelo saber. Un perro callejero siempre es un perro callejero. Y tenemos que estar unidos.

—Lo recordaré. Gracias... Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

—Aunque ha pasado mucho tiempo, me sigo acordando muy bien de tu olor.

—¿Ésos también eran autores de delitos? —preguntó Coco al que aún le temblaba la voz cuando Rocky y su banda ya estaban fuera del radio de escucha.

—No, ésos eran viejos amigos míos... Y los autores de delitos sólo existen entre los humanos. ¡Y ahora déjame dormir de una vez, pesado! Por cierto, gracias por no chivarte.

6

Un negrero en el colegio

El pequeño Coco me habría dejado dormir sin lugar a dudas pues se había quedado visiblemente impresionado de que Rocky y sus colegas, con aquella pinta tan salvaje, fueran viejos amigos míos.

Pero de nuevo no conseguí mi bien merecido sueño, lo que esta vez debí agradecer a mis cuidadores y exactamente ¡a Charly!

—¿Qué haces tú otra vez aquí? —dije dirigiéndome a él.

Naturalmente sabía que él no podía entenderme, y aun así me asusté cuando se quedó mirándome como si se hubiera enterado perfectamente de mi desesperada exclamación.

Luego su mirada recayó en Coco.

—Si se le entrenara desde pequeño, seguro que podría convertirse en un buen perro detective.

—¡Chachil! —exclamó Coco y dio un salto—. ¡Seguro que seré un buen perro detective!

Poco a poco iba desapareciendo mi esperanza de conseguir librarle de la existencia como recogepalitos. Además, él y Charly hacían buena pareja. Pero, por suerte, Charly no era mi único cuidador.

—¡Eh, tío, eh! ¿Por qué hemos tenido que quedar otra vez tan pronto? ¡Casi no me ha dado tiempo ni de comer! —dijo Fede enfadado ya desde lejos.

Inmediatamente después aparecieron Rabanito y Estefi.

—¡Y no hablemos ya de hacer deberes! —exclamó Estefi.

Charly suspiró.

—Pero si ya os lo he explicado. Los autores del delito podrían haber dejado alguna huella. Cuanto antes las busquemos, menos posibilidades tendremos de que se hayan borrado.



—Está bien —suspiró Estefi—. Tienes suerte de que no tengamos nada mejor que hacer en este momento.

—Eso es muy típico de vosotros. ¡Por fin tenemos un caso interesante entre manos y a vosotros os da igual!

Pero había alguien que sí tenía muchas ganas de acompañar a Charly en busca de huellas: Coco. Saltaba alrededor de las piernas de Charly y exclamaba:

—¡Vamos a buscar al autor del delito! ¡Vamos a buscar al autor del delito!

Fede se agachó, me cogió en brazos y dijo:

—Parece que Coco vuelve a estar en forma. Sin embargo, Precioso parece muy cansado.

¡Por fin en los brazos de Fede! Que es donde mejor se puede dormir.

Mientras me acurrucaba y cerraba los ojos, escuché a Charly decir:

—Siempre pasa lo mismo con Precioso. O está comiendo o duerme. Podría tomar ejemplo de este pequeño.

—¡Eh, tío, eh!

Con estas palabras de mi cuidador preferido, me sumergí en el mundo de los sueños.

Unos fuertes ruidos me despertaron de manera brusca.

—¡Eh, tío, eh! Ahora se ha despertado Precioso.

—Ya era hora —oí decir a Charly.

Necesité unos instantes para comprender que volvíamos a estar frente a la fachada pintarrajeada del colegio, porque ésta había cambiado. Varios humanos estaban montando una extraña estructura por delante.

—¿Qué es lo que están haciendo? —preguntó Rabanito.

—Lo que ves, hermanito —contestó Estefi—. Montar un andamio. Probablemente para limpiar la fachada. De verdad que es una pena.

—¡Hemos llegado demasiado tarde! —exclamó Charly—. Lo más probable es que hayan destruido las huellas hace rato.

—Entonces ya podemos irnos —dijo Estefi.

—¡No, por favor! ¡Yo quiero buscar autores de delitos! —exclamó Coco.

—¿Irnos? De eso ni hablar. Ya que estamos aquí, buscaremos más pistas.

Lo dicho, Coco y Charly hacen buena pareja.

—¿Y qué clase de pistas pretendes encontrar? —preguntó Rabanito.

—Tal vez esos tipos hayan dejado una nota con sus nombres escritos en ella —contestó Estefi por Charly.

—¡Muy graciosa! Por mí podéis quedaros aquí, pero yo me voy más cerca del lugar de los hechos.

Y, como siempre, seguimos a Charly caminando detrás de él, menos Coco que incluso le había adelantado.

—¡Eh, niños! ¿Qué hacéis aquí? —exclamó uno de los hombres mientras venía hacia nosotros.

—Queremos ver el lugar de los hechos con más detenimiento —dijo Charly—. Tal vez encontremos huellas. Es que nosotros somos detectives, ¿sabe usted?

—¿Cómo? —preguntó el hombre sin más.

—¿Van a limpiar la fachada? —preguntó Estefi.
El hombre asintió.

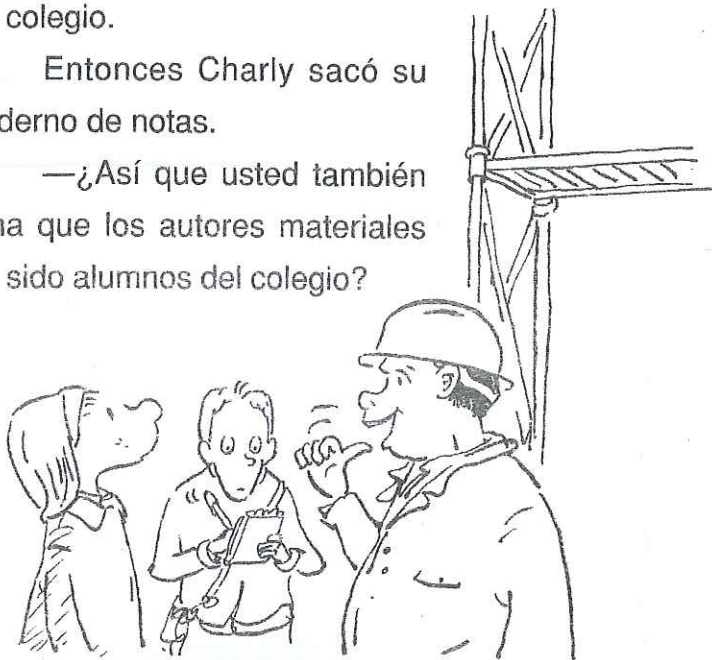
—Sí, somos de la empresa COMO NUEVO, S.L.
Estamos especializados en limpiar fachadas de edificios.

—Pues es una pena —volvió a decir Estefi—.
A nosotros nos gusta mucho más la fachada así.

—¡A mí también! —se rió el hombre—. Sobre
todo por las frases. A mí tampoco me gustaba mucho
ir al colegio.

Entonces Charly sacó su
cuaderno de notas.

—¿Así que usted también
opina que los autores materiales
han sido alumnos del colegio?



El hombre se encogió de hombros.

—¿Quién si no?

—¡Manni! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡No te pa-
gan por estar de cháchara! —exclamó otro hombre.

—¡Ups! Mi jefe —dijo el hombre que, por lo vis-
to, se llamaba Manni.

—¿La empresa es suya? —preguntó Rabanito.

—No, es del señor Nuevo. Keiler, quiero decir
el señor Keiler, es mi encargado..., y un negrero, por
cierto.

Lo último lo había dicho Manni en voz muy ba-
ja, porque «el negrero» ya estaba muy cerca de no-
sotros.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les preguntó a
mis cuidadores al igual que había hecho Manni, aun-
que de una forma menos cordial.

—Estamos buscando...

—A vosotros no se os ha perdido nada por
aquí —le interrumpió el señor Keiler a Charly—. Así
que largaos. Y tú, Manni, muévete. ¡Sólo se descansa
después de horas de trabajo!

—¿No os lo decía? —murmuró Manni y se fue

tranquilamente hacia la estructura que estaban montando ante la fachada del colegio.

—¿Usted también opina que...?

—Opino que os larguéis de aquí —volvió a interrumpir el señor Keiler a Charly—. Esto no es ningún parque infantil.

—Pero es que estamos...

—Estáis desde hace demasiado tiempo aquí.

Así que largaos de una vez.

Antes de que Charly pudiera preguntar nada más, el señor Keiler regresó para alcanzar a Manni y seguir regañándole a él.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Valiente idiota!

—¿Manni? —preguntó Rabanito.

—Nooo, él ha sido muy amable, pero ese Keiler es un verdadero...

—Negrero —completó Estefi.

—¿Ya no vamos a



buscar a ningún autor de delitos? —preguntó Coco—. ¿O es que un negrero también es un autor de delitos?

—Probablemente sea algo así —contesté, a pesar de que no tenía ni idea.

Porque me pareció que ese Keiler era una de esas personas que tampoco nos gustan a los perros.

—Vámonos de aquí antes de que tengamos problemas —dijo Rabanito mirando miedoso hacia el señor Keiler.

—Sí, sí —dijo Charly, mientras escribía en su cuaderno de notas—. Sólo tengo que anotar rápidamente un par de datos importantes.

—¿Un detective tiene que saber escribir? —preguntó Coco.

—¡Ya lo creo! —contesté, esperando que así desistiera de su idea de ser perro detective.

—¡Chachi! ¡Pues entonces aprenderé!

—¿Datos importantes? —preguntó Estefi—. ¿Se puede saber cuáles?

—¿Acaso no has escuchado lo que ha dicho Manni? Él cree que el culpable ha sido uno de los alumnos.

—¡Eh, tío, eh! ¿Y eso qué tiene de importante? Si tú también lo habías dicho ya.

—Cierto, pero Manni ahora se ha convertido en sospechoso.

—No hay quien te entienda —dijo Rabanito suspirando.

—Para ser exactos, conviérte en sospechosa a la empresa COMO NUEVO... lo que sea. Porque existe la posibilidad de que pintaran ellos la pared para que luego les encargaran la limpieza y ganar así dinero. Y tal vez Manni ha dicho que han sido alumnos para desviar las sospechas.

—¡Vaya! —suspiró Estefi.

—¿Te va a llevar otra vez tu cuidador en brazos? —preguntó Coco de camino al huerto.

—Fede me lleva siempre..., casi siempre. Una cualidad que aprecio mucho en él.

—Yo también —dijo Coco, e inmediatamente dejó caer las orejas, metió el rabo entre las patas y caminó desganado a mi lado y al de mis cuidadores.

—¡Eh! ¿A qué viene esto? —exclamé.

Fede me dio la respuesta:

—¡Mirad cómo camina Coco! Creo que vuelve a estar cansado.

Y también Estefi me clavó la puñalada.

—¡Pobre pequeñín! Fede, llévale mejor a él en brazos. Además es más justo porque antes has llevado a Precioso así que ahora le toca a Coco.

—¡Chachi! —exclamó Coco poco después y ya desde los brazos de Fede.

Para ser sincero, no le vi la gracia por ninguna parte.

—Tengo que irme —dijo Charly nada más llegar al huerto.

—¿Ya? —preguntó Rabanito—. ¡Si todavía es muy pronto!

Charly hizo una mueca.

—Ya lo sé, pero tengo que ayudar a mi padre. No he podido escaquearme. Me temo que mi hermana ha estado maquinando contra mí. Pero me las pagará, de eso puede estar segura.

Estefi sonrió con malicia.

—Estoy impaciente por verlo. ¡Que te diviertas cargando cajas!

Ahora fue Charly el que no le vio la gracia al asunto.

—Aunque vosotros también podríais hacer algo.

—¡Eh, tío, eh! ¿Quieres que nosotros también ayudemos a tu padre?

—Nooo, seguro que él no os dejaría. Cuando se trata de su trabajo, es muy reservado. Pero podríais ir pensando en cómo vamos a proceder a partir de ahora.

—¿Cómo vamos a proceder? —preguntó Rabanito, a pesar de que le noté que había entendido perfectamente a qué se refería Charly.

—¿A qué viene esta pregunta? —exclamó Charly también—. ¡Si lo sabéis perfectamente! Por ejemplo, tenemos que recopilar pruebas contra nuestros sospechosos.

—¿Qué son «pruebas»? —preguntó Coco.

—Con las pruebas se descubre quién es el autor del delito.

—¡Chachi! ¡Eso haremos!

Mis otros cuidadores se quedaron un buen rato en el huerto, pero no buscaron nuevas pruebas, sino que pasaron el rato jugando con nosotros. Es decir, jugaron casi exclusivamente con Coco. Aunque a mí me pareció bien. El pequeñajo se divertía y yo al menos descansaba un rato de sus pesadas preguntas.

Y además tenía otra ventaja: ¡se cansaba! Así que en cuanto Rabanito, Estefi y Fede desaparecieron, se durmió. ¡Y yo también pude, por fin, dormir!

Cuando desperté, el sol matutino me daba en la cara. Es decir, me habría dado en la cara si la cabeza de Coco no me lo hubiera tapado. Porque se encontraba muy cerca de mí y me miraba fijamente, como si yo fuera un humano y él tuviera que pedirme la comida.

—No me mires de forma tan fiel —dije con los ojos aún a medio abrir—. Eso sólo funciona con los humanos.

—¡Yo no miro fiel! Sólo espero a que te despiertes de una vez.

—¿Llevas mucho rato despierto?

—¡Muchísimo rato! Y por eso he tenido tiempo de pensar.

—Vaya, esto sí que es bueno. ¿Y? ¿Cuál ha sido el resultado de tus pensamientos?

—¡Ahora sé dónde podemos encontrar más pruebas!

Me estiré.

—Déjame que lo adivine. En el colegio.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tú también eres detective?

No contesté a Coco, sino que alcé mi mejor posesión al viento. Había olido algo: ¡desayuno!

Poco después apareció Fede. Por suerte venía solo. Me alegré de ello. Mi cuidador preferido se ocupaba de lo que verdaderamente era importante: mi alimentación.

Claro que Coco se quedó decepcionado.

—¿Dónde está tu cuidador Charly? ¿No vamos a ir hoy al colegio? ¿No vamos a poder buscar más pruebas?

Fede le dio las respuestas:

—Tenéis que daos prisa con el desayuno. Lle-

go tarde a clase y no tengo ganas de escuchar los sermones de «Gran Siggí».

Ese favor se lo hice encantado. Aunque sólo porque tenía hambre.

—¡Eh, tíos, eh! Es increíble lo rápido que podéis comer —exclamó Fede.

Coco se relamió el hocico y me miró con aire desafiante.

—Puedes comer todo lo rápido que quieras, yo soy por lo menos tan rápido como tú.

—Ya me he dado cuenta —dije sin más.

Fede se agachó.



Os voy a llevar a los dos en brazos, así tal vez lleguemos a tiempo.

Contra eso no tuvimos nada que objetar ni Coco ni yo.

Desgraciadamente, Charly no opinaba lo mismo.

—¡Fedel! —exclamó cuando llegamos a la plaza que hay delante del colegio—. ¡Los perros tienen patas y pueden andar!

—¡Eh, tío, eh! ¡Lo sé pero no quería llegar tarde! Estefi consultó su reloj.

—Y no lo has hecho. Aún tenemos diez minutos.

—¿En serio? Creía que era más tarde —Fede nos dejó a Coco y a mí en el suelo.

—¿Entonces vamos a ir a buscar pruebas? —preguntó Coco enseguida.

Charly se estiró.

—Hoy también me habría gustado tener a alguien que me trajera en brazos al colegio.

—¿Y eso por qué? —preguntó Rabanito.

—¡Eh, tío, eh! Probablemente se ha pasado media noche dándole vueltas a su nuevo caso.

—Ojalá —gimió Charly—. Tuve que ayudar a mi padre hasta las diez. Nunca me habría imaginado la cantidad de cosas que se acumulan en una estúpida oficina. Además, mi padre estaba nervioso. No sé por qué. No hacía más que protestar por todo, y sólo porque se muda.

—¡Pobre Charly! —exclamó Estefi, aunque no me pareció que lo decía en serio.

Charly miró a todos.

—¿Alguno de vosotros ha pensado en nuestro caso, para variar?

—¡Sí! ¡Yo! —exclamó Coco a voz en grito—. ¡Quiero ir a buscar pruebas!

Nuevamente me alegré de que los humanos no pudieran oírnos.

—Me lo imaginaba —suspiró Charly cuando Rabanito, Fede y Estefi sólo se miraron entre sí, encogiéndose de hombros—. Como siempre yo he de hacer todo el trabajo.

—¡No, yo te ayudo! —gritó Coco—. ¡Chachi!

—Venga, Charly, deja ya de hacerte de rogar —dijo Estefi—. Dinos de una vez qué has pensado.

Charly carraspeó.

—Como todos sabéis, Tim y Tom son nuestros principales sospechosos.

—Tus principales sospechosos —dijo Estefi interrumpiéndole.

—He averiguado dónde suelen estar por las tardes —continuó Charly sin entrar al trapo—. En la Casa de la Juventud que está cerca de aquí.

—¡La conozco! —exclamó Rabanito—. Esa casa la frecuentan unos tipos muy raros.

—¡Exacto! Como Tim y Tom, por ejemplo. Y por eso iremos a echarle un vistazo más de cerca.

—¿Y eso cómo lo has averiguado? —preguntó Estefi.

—Me lo ha contado Nicole.

—¿Voluntariamente? Conociéndola me cuesta creerlo.

Charly titubeó un poco antes de contestar:

—Bueno, no ha sido exactamente de forma voluntaria. Tuve que... convencerla.

—¿Y cómo?

—Con una bolsa de patatas fritas y dos table-

tas de chocolate de mi arsenal privado. Pero mereció la pena, al menos ahora sabemos dónde encontrar a nuestros principales sospechosos.

—¡Eh, tío, eh! ¿Acaso quieres vigilar a esos dos?

—¡Fede, has dado en el clavo!

—¿Qué es vigilar? —preguntó Coco.

—Es uno de los entretenimientos favoritos de Charly —le contesté—. Observamos a humanos e intentamos descubrir cosas sobre ellos.

—¿Si los humanos son autores de delitos?

—Por ejemplo.

—¡Chachi! ¡Eso haremos!

—No sé si eso es una buena idea —dijo Rabanito dubitativo—. Cuando pienso en los tipos que he visto alguna vez por allí..., no me gustaría encontrarme a ninguno de ellos por la noche.

Charly le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No tendrás que hacerlo. Vamos a ir esta tarde. Además, ¿qué puede pasarnos? A fin de cuentas, nosotros somos cuatro.

—¡Eh, tío, eh! ¡Somos seis! —exclamó Fede señalándonos a Coco y a mí.

Eso, por mí, se lo podría haber ahorrado.

7

En una cosa para colgar, acecha el peligro

Aquel día de colegio empezó igual de aburrido que el anterior. Pero como Coco esta vez me dejó tranquilo, pude echar una cabezadita.

También tuve suerte durante el primer recreo.

—¡Voy a buscar pruebas! —exclamó Coco, en cuanto llegamos al patio del colegio—. ¿Te vienes?

—No, yo me quedo aquí —le contesté esperando una fuerte oposición por su parte, pero me equivoqué.

—¡Chachi! ¡Entonces me voy solo! —y visto y no visto desapareció entre la multitud de piernas humanas.

—¡Eh, tíos, eh! ¿Qué está haciendo Coco? —exclamó Fede y quiso correr tras él.

Pero Estefi lo detuvo.

—Déjalo. Posiblemente necesite correr un poco. Además, no se va a escapar a ninguna parte.

—¡Eh, tío, eh! ¡Somos seis! —exclamó Fede señalándonos a Coco y a mí.

Eso, por mí, se lo podría haber ahorrado.

7

En una cosa para colgar, acecha el peligro

Aquel día de colegio empezó igual de aburrido que el anterior. Pero como Coco esta vez me dejó tranquilo, pude echar una cabezadita.

También tuve suerte durante el primer recreo.

—¡Voy a buscar pruebas! —exclamó Coco, en cuanto llegamos al patio del colegio—. ¿Te vienes?

—No, yo me quedo aquí —le contesté esperando una fuerte oposición por su parte, pero me equivoqué.

—¡Chachi! ¡Entonces me voy solo! —y visto y no visto desapareció entre la multitud de piernas humanas.

—¡Eh, tíos, eh! ¿Qué está haciendo Coco? —exclamó Fede y quiso correr tras él.

Pero Estefi lo detuvo.

—Déjalo. Posiblemente necesite correr un poco. Además, no se va a escapar a ninguna parte.

—Espero que tengas razón. Ya oíste lo que me dijo «Gran Soggi». Yo tengo la responsabilidad sobre él.

Así es mi cuidador Fedé. Siempre preocupándose por nosotros los perros. Ése es uno de los motivos por los que me cae tan bien.

Aproveché la ocasión y me tumbé al lado de Fedé. Charly contó con todo lujo de detalles cómo pretendía vigilar a sus sospechosos, pero yo no le escuché, sino que me quedé medio adormilado.

Debí de quedarme dormido porque me sobresalté al oír la voz de Fedé:

—¡Eh, tío, eh! ¡Precioso, despierta! ¡Que ya se ha terminado el recreo!

Cuando ya casi estábamos llegando al colegio, vino Coco corriendo.

—¡Chachi! ¡Ya tengo las pruebas! —me dijo.

—Me alegro por ti —contesté sin más.

—¿Es que no quieres saber lo que he encontrado?

—No necesariamente.

—Vale —me contestó el enano y se calló.

—Está bien, pues cuéntame lo que has encontrado.

—Sólo cuando me lo pidas por favor.

Aquello no me podía estar pasando a mí.

—¡Oye! ¿Qué te has creído? ¿Que estamos en una guardería canina?

—Vale, vale, está bien —contestó Coco enseguida—. He vuelto a encontrar la cosa esa para colgar. No fue nada fácil, porque los humanos la habían escondido muy bien.

—¿Escondido? —pregunté—. ¿Cómo lo sabes? A lo mejor simplemente la ha perdido un humano.

Coco movió negativamente la cabeza haciendo volar sus pequeñas orejas.

—Ahora está en otro sitio, pero muy cerca de la pared, debajo de un arbusto con pinchos.

—Entonces, la última vez no es que hubiera desaparecido, sino que te equivocaste de sitio.

—¡No es verdad! —exclamó Coco—. ¡Había desaparecido! ¡Y el autor del delito seguro que...!

—Vale, vale, es posible —le interrumpí—. De todos modos, seguramente no será tan importante.

—¿Pero es que no quieres verlo? Podría enseñártelo en el próximo recreo.

—Claro, y, si luego ha vuelto a desaparecer, o tú te equivocas otra vez de sitio, entonces...

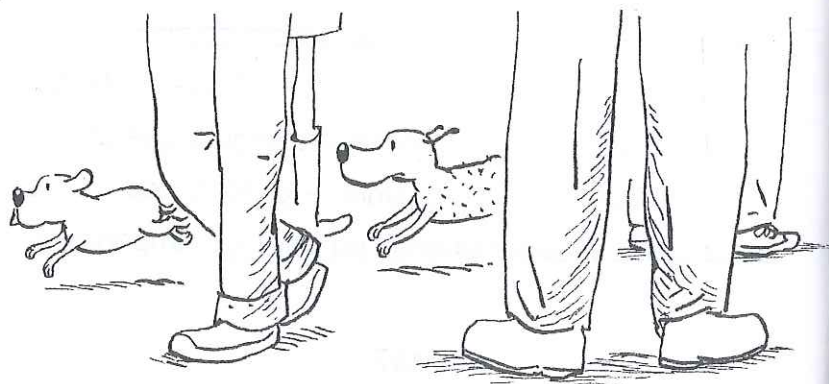
—¡Entonces la volveré a buscar! —exclamó Coco—. ¡Es divertido!

En el fondo esperaba que tardara un poco en encontrar su cosa colgante, porque así, al menos, él se mantenía ocupado y yo me mantenía tranquilo.

En el siguiente recreo, Coco saltaba nervioso a mi alrededor.

—¡Ven, corre! ¡Ahora te lo enseñaré! ¡Ya verás qué pruebas más chulas!

—Sí, sí, ya voy —contesté cansado—. Si no, no me vas a dejar en paz.



—¡Mirad! ¡Esta vez Precioso se va con Cocol —dijo Rabanito.

—A lo mejor ha comprendido que no se puede uno pasar media vida durmiendo —añadió Charly.

—¡Eh, tío, eh! Deja en paz a Precioso.

Coco me condujo entre las piernas humanas hasta una esquina solitaria en la que había frondosos y espesos arbustos.

—¡Es aquí! —dijo y se metió bajo el arbusto—. ¡Pero ten cuidado! ¡Pincha!

—Lo que me faltaba —suspiré en voz baja y le seguí.

No tardé en arrepentirme, porque el arbusto estaba lleno de espinos.

—¡Si hubiera sabido adónde me traías, habrías venido tú solito! —dije enfadado.

—Pero entonces no habrías visto esto —dijo Coco y señaló con su hocico lo que él llamaba «cosa para colgar».

—Eso es un bolso. Muchos humanos lo llevan consigo. No es nada especial.



—Pero si todavía no has visto lo que hay dentro.

Tiré del cierre del bolso con los dientes para abrirlo y entonces contemplé el contenido.

—Nada especial —volví a decir—. Se trata de una tela. Se la ponen los humanos por encima, porque ellos no tienen pelo sobre la piel.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Coco—. ¡Pero esta cosa de aquí no es tela!

Coco casi se metió entero en el interior del bolso y sacó algo a tirones que me resultó conocido, pero que en un principio no supe lo que era.

Coco me miró.

—¿Sabes lo que es esto?

Entonces me acordé de dónde había visto ya esa cosa y me di un susto de muerte.

—¿Y? ¿Conoces esta cosa? —preguntó Coco otra vez.

—No —dije enseguida—. No tengo ni idea de qué se trata. Posiblemente sea uno de esos chismes que no sirven para nada. Uno de esos que tienen a montones los humanos. Vuelve a dejarlo en el bolso.

—¿No son pruebas?

—Seguro que no.

—Está bien —suspiró Coco y volvió a empujar esa cosa con el hocico al interior del bolso.

—¡Ten cuidado! —se me escapó.

Coco se detuvo y me miró.

—¿Por qué?

—Por si acaso. Uno nunca sabe lo que puede pasar con estos chismes humanos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Coco después de que nos volviéramos a abrir paso entre los espinos para regresar al patio del colegio.

—Puedes seguir buscando pruebas. A lo mejor encuentras alguna interesante.

—¡Chachi! ¿Vienes conmigo?

—No.

—¿Y por qué no?

—Tengo que pensar.

—¿En qué?

—No preguntes tanto. Vete a buscar más pruebas que el recreo está a punto de terminar.

—¡Está bien! —dijo Coco y se fue saltando.

Mientras regresaba con mis cuidadores, me preguntaba si había hecho bien en no contarle a Coco qué era ese chisme. Pero llegué a la conclusión de que era mejor no asustar al pequeño.

En realidad no sabía muy bien para qué servía esa cosa. La había visto una vez en la televisión, uno de esos aparatos ante los cuales los humanos pueden pasarse horas y horas sin moverse. Entonces, por casualidad, descubrí que los humanos llamaban a esa cosa «pistola» y que con ella se podían hacer cosas malas, muy malas. En aquella ocasión me pregunté cómo se les podía ocurrir a los humanos fabricar objetos así. Seguramente por eso se me quedó grabado en la memoria.

Pero ¿qué hacía una de esas pistolas en el recreo del colegio? Y... ¿Por qué la había escondido alguien allí? ¿Tenía algo que ver con el grafiti de la fachada del colegio? No veía qué relación podía tener, pero entendí que a partir de ahora debía estar alerta. Porque si la pistola tenía algo que ver con el «caso» de Charly, entonces mis cuidadores podían estar en

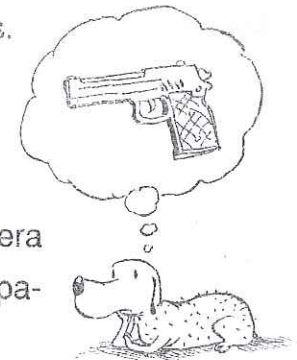
peligro. Sobre todo si seguían indagando, como solía decir Charly.

En cuanto empezó la clase, Coco se quedó dormido. A veces los perros jóvenes también se cansan. Para mí también habría sido una buena ocasión para seguir con mi actividad preferida, pero no pude. Cada vez que cerraba los ojos, veía esa horrible pistola ante mí. Tenía que alejar a mis cuidadores de ella. Seguramente ellos sabían lo peligroso que podía ser algo así, pero a pesar de ello era mejor no dejarles entrar en contacto con la pistola. Aunque todos eran más grandes que yo, seguían siendo unos niños.

Enseguida tomé una decisión: sacar la pistola del bolso y esconderla tan bien que mis cuidadores no la encontraran jamás.

Pero ¿dónde podía esconderla?

¡Entonces se me ocurrió!
Enterrarla, en el lugar más profundo posible. Eso, al fin y al cabo, era uno de los ejercicios más fáciles para un perro.



Me mantuve despierto y atento al timbre. Cada músculo de mi cuerpo estaba en tensión, porque tenía que ser rápido, más rápido que los demás.

¡Entonces, por fin, llegó el momento! Aún estaba sonando el timbre cuando yo ya había salido por la puerta.

Ni siquiera el «¡Eh, tío, eh! ¡Precioso, espéranos!» de Fede pudo detenerme.

Tan veloz como mis cortas patas me permitían corrí hacia el arbusto de espinos y me metí debajo. Pero en cuanto lo conseguí se me escapó un silbido por el hueco de mi dentadura. ¡El bolso había desaparecido!

No podía creérmelo. Histérico miré a mi alrededor. ¿Me había equivocado de arbusto? No, mi mejor posesión percibía claramente el olor del bolso, pero ya no estaba allí.

De golpe tuve claro que había una cosa segura: ese bolso no había estado bajo el arbusto por casualidad. Un humano lo había escondido allí y, mientras Coco, los niños y yo estábamos en clase, lo había sacado del escondite. Levanté la cabeza y me con-

centré. Tal vez mi mejor posesión podría percibir un olor humano que más tarde pudiera reconocer.

Pero fue inútil. Allí había demasiados olores distintos y obviamente el humano no había dejado huellas olfativas.

Aquello no me gustó. No me gustó en absoluto. ¿Dónde estaba el bolso? Y, sobre todo, ¿dónde estaba la pistola? Entonces tuve claro que ahora tendría que cuidar mejor a mis cuidadores.

—¡Precioso! ¿Dónde estás? ¿Estás buscando pruebas? —escuché de repente la voz de Coco.

Apreté los dientes que me quedaban y salté a través de las ramas espinosas. Coco no debía saber, bajo ningún concepto, dónde había estado.

Tuve suerte. La riada de niños que salía del colegio me cubrió evitando así que Coco me viera. Me alegré de que la mejor posesión de Coco aún no estuviera desarrollada del todo, porque de lo contrario me habría olfateado hacía rato.

Incluso Fede sólo me descubrió cuando ya estaba a su lado.

—¡Eh, tío, eh! ¿Por qué has salido corriendo con tanta prisa?

—Posiblemente tenía una urgencia —contestó Rabanito por mí.

Mis cuidadores se dieron por satisfechos con esa respuesta.

E incluso Coco me preguntó:

—¿Es verdad?

—Claro. No quería regar los muebles. Eso no les gusta nada a los humanos.

—¡Es verdad! Mi mamá..., eh, mi cuidadora siempre me regaña cuando lo hago.

—¡Eh, tíos, eh! —dijo el mejor cuidador de todos—. ¿No os parece que Precioso tiene pinta de estar muy cansado?

Estefi soltó una carcajada.

—¡Anda, coge a tu Precioso en brazos que, si no, no te vas a quedar tranquilo!

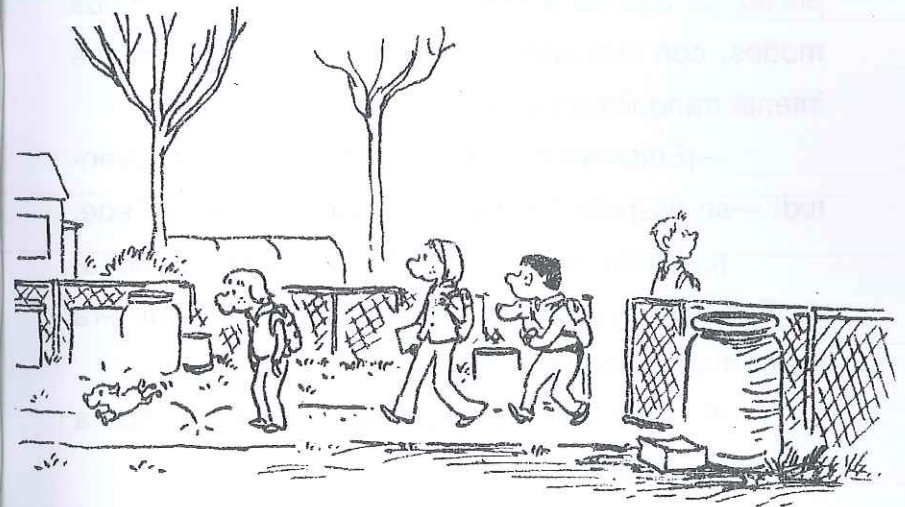
Coco caminaba con el rabo levantado al lado de Fede.

—¡Chachi! —exclamó hacia mí—. Una vez te

toca a ti, y la siguiente vez a mí. ¡Eso es lo justo!

De buena gana le habría dicho que los brazos de Fede eran un sitio exclusivamente mío y que le llevara en brazos su cuidadora con voz de pito. Pero me callé. Por una parte, porque sabía que sólo iba a compartir a Fede hasta que la señora Rotkehl regresara. Y por otra, porque había algo que me preocupaba todavía más: ¡la pistola! ¿Quién la había escondido y quién la había vuelto a coger del escondite? ¿Y por qué?

Mientras no lo supiera, cuidaría de mis cuidadores y de Coco y, aunque me pesara, además tendría que apoyar a Charly en su caso.



Cuando el huerto apareció ante nosotros, me asusté. Mis preocupaciones por mis cuidadores me habían hecho perder la noción del tiempo y, sobre todo, me habían hecho olvidar mi cansancio.

Fede me soltó ante mi caseta.

—Que descanséis. Volveré enseguida para traeros vuestra comida.

Ésa era una buena noticia, pero a la vez una mala. Mis cuidadores iban a volver a casa..., ¡sin mí! Y eso significaba que yo no podía protegerlos. Pero tampoco podía hacer nada. Al fin y al cabo yo no podía estar día y noche pendiente de ellos y, en especial, porque vivían en casas diferentes. De todos modos, con sus padres estarían a salvo. Al menos intenté tranquilizarme pensando en eso.

—¡Entonces nos vemos en la Casa de la Juventud! —se despidió Charly de Rabanito, Estefi y Fede.

¡La Casa de la Juventud! ¿No había mencionado Rabanito que allí había humanos de los que era mejor mantenerse alejado?

¡Fuera como fuera, yo iba a acompañarlos a ese sitio y estaría muy alerta!

Coco se quedó mirando a mis cuidadores mientras se iban.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Dormir! Para estar descansados cuando luego los acompañemos a esa Casa de la Juventud!

—¿Vamos a buscar allí a autores de delitos?

—Algo así —le contesté, me enrosqué sobre mí y poco después me dormí.

8

A las buenas personas, les gusta comer

Desde mi más tierna infancia, vengo adiestrando mi mejor posesión para que me alerte inmediatamente del olor de algo comestible, esté o no esté durmiendo.

De modo que, antes de que Fede hubiera empezado siquiera a llenar mi cuenco de comida, yo ya estaba despierto.

En ese aspecto la mejor posesión de Coco también parecía estar bien entrenada, porque se encontraba ya a su lado moviendo el rabo y mirándole con mirada fiel.

—¡Lo haces muy bien! —le dije al pequeñajo—. Pero no es necesario. ¡Él nos va a dar comida de todos modos!

—Siento haber tardado tanto —escuché decir

a Fede entre los ruidos de placer que emitíamos Coco y yo al comer—. ¡Los deberes hoy han vuelto a ser un infierno!

—¿Cé zon los deberes? —preguntó Coco con la boca llena.

—Una de las actividades favoritas de mis cuidadores —contesté yo—. Los hacen casi todos los días.

—Bueno, pues que os aproveche —dijo Fede—. A lo mejor paso otra vez por aquí a última hora de la tarde.

—¿Quieres irte? ¿Sin nosotros? —dije, atragantándome con mi último bocado, por lo que me entró tos.

Fede se agachó hacia mí.

—¿Te has atragantado, pequeño?

—¡Desde luego que sí! ¿Por qué no nos quieres llevar contigo? —le pregunté.

—Desgraciadamente no puedo llevaros conmigo. Charly dice que es demasiado peligroso. Además, teme que nos delatéis mientras vigilamos la Casa de la Juventud. Ya sabéis cómo es.

—¡Y que lo digas! —exclamé yo.

A veces parece como si Fede pudiera entenderme.

—¿De verdad es peligroso? —preguntó Coco—. Entonces prefiero quedarme aquí.

—¿No decías que querías buscar a autores de delitos y pruebas? ¿O es que tienes miedo?

—¡Para nada! ¡Pero como de todos modos no nos dejan ir!

—Eso aún no está decidido —le contesté—. Aunque lo más probable es que no resulte fácil. Vamos a tener que emplear el programa canino completo.

—¿Y eso qué significa?

—Eso significa suplicar, mirar con una mirada fiel, respirar deprisa con la lengua fuera y mover el rabo.

—¿Todo a la vez?

—Así es.

—No sé si podré hacerlo.

—Pues tendrás que esforzarte. ¡Así que vamos!

Entre tanto Fede ya había abandonado el huerto. Corrimos tras él, lo adelantamos, nos sentamos sobre las patas traseras, levantamos las delanteras y empezamos a respirar deprisa con la lengua fuera, moviendo el rabo y mirándolo con ojos de carnero degollado, que habrían ablandado hasta un corazón de piedra.

—¡Ay, pobrecitos! —dijo Fede enseguida—. Queréis veniros, ¿verdad?

—¡Hombre, de lo contrario no estaríamos montando este circo! —contesté.



Fede se rascó la cabeza.

—No sé. Charly seguro que se enfadará conmigo.

—¡Mueve el rabo más rápido! —le dije a Coco—. ¡Y los ojos, ábrelos aún más!

—¿He de seguir durante mucho más tiempo? —se lamentó Coco—. ¡Es que empiezo a tener calambres en las patas!

—¡Aguanta, pequeño! ¡Ya casi estamos!

—Está bien —suspiró Fede—. Si me miráis así no soy capaz de dejaros aquí. ¡Que Charly proteste todo lo que le dé la gana!

—¡Chachi! —gritó Coco—. ¡Este truco es genial!

—Ya te lo dije, pequeño. ¡De mí puedes aprender un montón de cosas!

—¡No puedo creérmelo! —gritó Charly nada más vernos—. ¿No te había dicho que los perros no podían venir? Es demasiado peligroso y además...

—¡Ya, ya! —le interrumpió Fede—. No nos de-



latarán, ya lo verás. ¡Antes nos delataras tú con tus gritos!

Charly movió la cabeza negativamente.

—Tenía que haberme imaginado que sin Precioso estás perdido.

—Lo intentó, ¡pero nosotros fuimos mejores!

—dije defendiendo a Fede.

—¡Programa canino al completo! —añadió Coco.

—A lo mejor hasta pueden ayudarnos —dijo Estefi metiendo baza.

—Sería la primera vez —refunfuñó Charly.

—¡Eh, tío, eh! ¡Eso no es verdad! Precioso nos ha ayudado ya muchas...

—Ya, ya —dijo Charly interrumpiéndole a Fede—. Pues venga, nos los llevamos, antes de que sigamos aquí discutiendo una hora más.

—Buena idea —dijo Rabanito.

A mí la Casa de la Juventud no me pareció muy diferente de otras casas humanas. Aunque mis cuidadores no opinaban lo mismo.

—¿De verdad creéis que debemos acercarnos más? —susurró Rabanito.

Hablaba tan bajito que los humanos lo habrían denominado susurrar.

—¡Eh, tíos, eh! Ese antro parece realmente terrible.

—Increíble que siga viniendo gente aquí —dijo también Estefi.

Charly sacó su cuaderno de notas.

—No seáis tan delicados, después de todo no vamos a mudarnos aquí, sino que sólo queremos ave-

riguar algo sobre Tim y Tom y el grafiti de la fachada. Nicole dijo que el punto de encuentro de los más jóvenes era en el sótano.

—¡Lo que faltaba! —gimió Rabanito.

—¿Por qué? Si es mejor así —dijo Charly—.

Nos acercamos a hurtadillas y, si una de las ventanas del sótano está abierta, seguro que podemos oír bien todo lo que se cuece allí abajo.

Estefi, Rabanito y Fede todavía dudaban, cuando Charly ya se dirigía agachado hacia el edificio en cuyo sótano estaba la Casa de la Juventud, fuera lo que fuera eso.

—¡Chachi! Ahora es cuando se pone emocionante —susurró Coco.

—Eso aún está por ver —le contesté.

Como si la gente de la Casa de la Juventud hubieran sabido que íbamos a venir, una de las ventanas del suelo estaba efectivamente abierta.

—Y ahora con sumo sigilo y con mucho cuidado —murmuró Charly hacia nosotros y reptó hacia la ventana abierta.

Rabanito y Fede hicieron lo mismo, mientras

Estefi, Coco y yo caminamos erguidos. ¡Lo que faltaba, ni que fuéramos caracoles!

Sin embargo, cuando Estefi llegó ante la ventana, también se puso de cuclillas, mientras Coco y yo nos acomodamos a su lado en la hierba.

—Casi no se entiende nada —susurró Charly tras un rato—. Hablan demasiado bajo.

—No es cierto —contesté yo—. Lo que pasa es que no tenéis un buen oído.

—¡Exacto! —exclamó Coco—. Yo también oigo todo perfectamente.

—Posiblemente están hablando del delito —susurró Charly—. Por eso lo hacen tan bajito.

—¿Es eso cierto? —me preguntó Coco—. Yo pensaba que estaban hablando de comida.

—Como que así es —dije dándole la razón—. Un tema muy interesante, por cierto.

De repente Charly empezó a moverse muy inquieto y anotó algo en su cuaderno de notas.

—¿Has oído algo? —le preguntó Rabanito.

—Claro. ¿Tú no? Alguien ha hablado claramente del grafiti.

Coco movió la cabeza negativamente.

—Ahí sólo ha dicho uno que su abuela hace la mejor mermelada que existe.

Nuevamente Charly escribió algo en su cuaderno de notas: «¡mierda de colegio!».

Tuve que echarme a reír.

—¡De eso nada! Leche merengada con canela.

—Por suerte, no delatados —murmuró Charly para sí mismo.

—Mejor que los congelados —le corregí.

—De noche es mejor.

—Con nueces están mejor.

—Subir ahí arriba.

—Suflé sin harina.

—Lo ha entendido todo al revés —dijo Coco.

—Y todo muy rico —añadí yo.

Yo ya me había convencido de que los humanos del sótano no tenían nada que ver con la pistola. Parecía gustarles mucho comer. Y un humano al que le gusta comer, no puede ser un mal humano. Mi cuidador Fede es el mejor ejemplo de ello.

—Y ahora qué hacemos —susurró Rabanito.

Charly se guardó su cuaderno de notas.

—Necesitamos pruebas.

Coco se levantó de un salto.

—¡Por fin! ¡Ahora es cuando se pone emocionante!

—¿Pruebas? ¿Qué quieres decir? —preguntó Estefi.

—Por ejemplo un espray de pintura.

Rabanito se encogió del susto.

—¿No pretenderás entrar ahí dentro?

—¿Acaso crees que soy tonto?

—A esta pregunta mejor no contestamos —susurró Estefi.

—¡Ja, ja! Muy graciosa. Sería mejor que pensaras cómo vamos a sacar del sótano las pruebas.

—¡Eh, tío, eh! ¡Precioso es pequeño y no llama la atención!

Hay días en los que hasta mi cuidador preferido me decepciona.

—Pequeño, sí —dijo Estefi.

—¡Sólo me faltaba eso! —murmuró Charly a

Estefi—. Además, de todos modos no nos entendería lo que queremos de él.

—¡Eh, tío, eh! ¡Eso no es verdad! Precioso es el perro más listo y...

—Además sería demasiado peligroso —le interrumpió Rabanito a Fede.

Coco me miró.

—Eso me ha parecido una canallada.

—¿El qué?

—Que Charly diga que eres demasiado tonto para encontrar pruebas en esta casa.

—Eso no es una canallada —le contradije—. Eso es exactamente mi truco.

—¿Truco?

—Pero si eso ya te lo expliqué, enano. Si te haces el tonto, los humanos te dejan en paz, y aun así recibes tu comida. Si siempre hiciera caso a lo que me dice Charly, no tendría nunca un día tranquilo.

—¡Pero yo no quiero tener ningún día tranquilo! —exclamó Coco de repente—. ¡Ni tampoco quiero ser tonto! ¡Quiero ser detective!

Antes de que pudiera decir algo a eso o que

podiera evitarlo, Coco se metió por la rendija de la ventana abierta y desapareció en el interior del sótano donde conversaban los humanos sobre comida.

—¡Eh, tío, eh! ¡Coco! ¡Ven aquí!

Charly se puso un dedo delante de la boca.

—¡Fede, tío! No grites.

—¿Y si le ocurre algo? —preguntó Fede—. Al fin y al cabo, yo soy responsable de él, lo dijo «Gran Siggí».

—Va, Coco sabe cuidar de sí mismo. Además, tal vez sea más listo que Precioso y nos traiga las pruebas.

—Yo diría, más tonto —añadí—. Pero él también acabará aprendiendo qué es lo que más le conviene.

Dirigí mi mejor posesión hacia los olores que salían del sótano y agudicé mi oreja y media. Aunque no creía que a Coco le pudiera pasar nada malo allí abajo, no quise dejar nada al azar.

Tal como esperaba, Coco apareció poco después en perfectas condiciones. Se coló por la rendija de la ventana y se quedó mirando a Charly muy expectante.

—¿Qué es lo que lleva en la boca? —preguntó Estefi.

—¡Eh, tío, eh! Pero si es un zapato.

Coco dejó caer su botín en el suelo, delante de Charly.

—¿Es esto una prueba? —preguntó después.

—Lo dudo —contesté—. O por lo menos no es la que Charly esperaba.

—¿Alguien ha visto mi zapato? —oí preguntar en el sótano.

—¡No, pero date prisa en encontrarlo y en ponértelo! ¡Porque tus calcetines apestan una barbaridad! —le contestó otro.

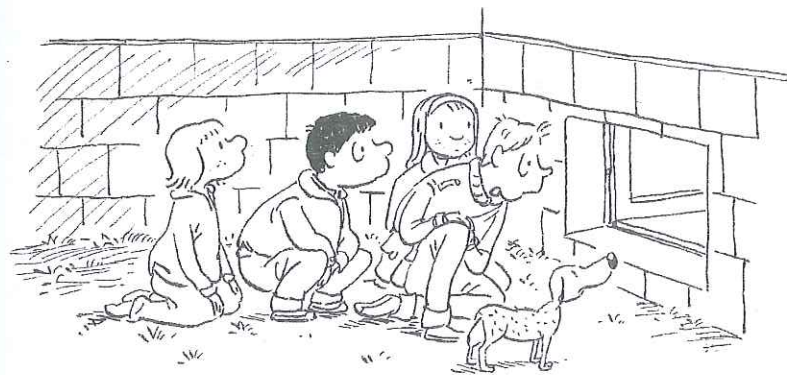
—Un espray —le susurraba Charly a Coco—. Tienes que buscar un espray.

—¿Qué es un espray? —me preguntó Coco.

—No tengo ni idea. Ni tampoco me importa. Y si fueras listo, dejarías que Charly fuera solo a ese sótano a buscar ese chisme.

—¡Pero no quiero!

De un salto, Coco volvió a desaparecer tras la ventana. Poco a poco empezaba a preocuparme. Si el



enano seguía así, no tardarían mucho en descubrirle los del sótano. Y tal vez no fueran tan amables como inicialmente había pensado. O quizá Coco les molestaba mientras comían. Y entonces seguro que se pondrían muy furiosos con él. Al menos eso me ocurriría a mí. Me propuse impedirle que volviera a trepar por la ventana, una vez regresara.

Por suerte no nos hizo esperar demasiado y volvió a traer algo consigo enseguida.

Charly se inclinó tanto hacia delante que sus narices casi se tocaron y luego dijo:

—Coco, esto es un vaso de plástico. Lo que tienes que traer es un bote. Un espray, con pintura dentro. ¿Lo entiendes? ¡E-s-p-r-a-y!

—¿Espray? ¿Qué clase de espray? —preguntó una voz detrás de mí.

—¡Tim y Tom! —gritó Rabanito, y mis otros cuidadores se encogieron asustados.

Al parecer había estado demasiado concentrado en Coco y esos dos humanos habían podido acercarse sigilosamente sin que mi mejor posesión los captara.

—¿Entonces qué? ¿Qué pasa con el espray? —preguntó uno de los humanos—. ¿Y qué estáis haciendo vosotros aquí?

Este humano era bastante grande y bastante redondo también. Debía de ser «el Gordo». Me preguntaba por qué al otro lo llamaban «el Flaco», si no era tan delgado.

—A lo mejor están jugando al escondite, o algo así —dijo éste.

Entonces lo entendí, no es que estuviera flaco, es que era tan tonto como «el Flaco» de las pelis.

El Gordo movió su gorda cabeza.

—¡Cierra el pico! ¿Al escondite con un espray? Oye, ¿tú no eres el hermano de Nicole? ¿Ése al que le



gusta tanto jugar a los detectives? —le preguntó a Charly.

Mi cuidador tragó saliva.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Acaso estás husmeando por aquí?

—Sí... Eh, quiero decir, claro que no.

—Los perros husmean, ¿verdad? —dijo el Flaco y se rió.

—¡Cierra el pico! Bueno, ¿qué?

Charly movió la cabeza negativamente.

—Es que no sé a qué te refieres.

El Gordo dio un paso hacia Charly.

—¡Ya estáis desapareciendo por donde habéis venido y más vale que no os vuelva a ver por aquí!

No hizo falta que el Gordo nos lo repitiera dos veces, porque realmente era muy grande y muy gordo. Me preguntaba si tal vez estaba emparentado con «Gran Siggj».

—¿Ésos eran un autor de delitos? —preguntó Coco, mientras nosotros corríamos tras nuestros cuidadores.

Pocas veces los había visto correr tan deprisa.

—Ni idea, pero con la pinta que tenían, seguramente, se habrían convertido en un autor de delitos si llegan a pillarte a ti en el sótano.

Coco suspiró.

—La próxima vez tendré más cuidado... ¡Pero aun así ha sido emocionante!

Ahora me preguntaba si tal vez Coco y Charly estaban emparentados.

—La idea de ir a esa Casa de la Juventud ha sido una verdadera equivocación —dijo Estefi de repente.

—¡Desde luego! —exclamó Rabanito—. El Gordo podría habernos dejado morir de hambre bajo su brazo, sin remordimientos.

—¡Eh, tíos, eh! ¡No quiero ni pensar en lo que habría pasado si llega a pillar a Coco!

Furioso, Charly se quedó mirando a Fede.

—¡Ya, ya! ¡Quejaos, eso sí que se os da bien! ¿Para qué habéis venido conmigo?

Rabanito se detuvo.

—Yo voto porque nos olvidemos de todo este asunto.

—¿Olvidarnos? No contéis conmigo. Lo único que tenemos que hacer es cambiar un poco nuestro método de investigación.

—¡Método de investigación! —gimió Estefi.

—¡Exacto! Si no conseguimos avanzar con indagaciones encubiertas, tendremos que ir por la vía oficial.

—¡Eh, tío, eh! ¿Podrías expresarte con más claridad?

—Claro. ¡Preguntaremos a la policía!

—¡Olvídalo! —exclamó Estefi enseguida.

Iba a darle la razón en secreto a Estefi cuando me di cuenta de que la policía podría ser exactamente la solución a mi problema.

9 La casa en la que viven los policías

—¿Qué es la policía? —preguntó Coco.

—Ésos también buscan a los autores de delitos.

—¿Como los detectives?

—Sí, pero mejor.

—¡Entonces quiero ir allí! ¡Con Charly!

Ése era exactamente mi plan. Aunque esto no significaba que yo hubiera cambiado mi opinión en lo referente a Charly y su agencia de detectives. Pero de repente me acordé de que seguramente los policías entendían mucho de pistolas. Algunos incluso llevan una encima. Eso lo había visto en mi época de perro callejero, cuando me ahuyentaban de mis lugares de comida favoritos.

Me acordé de que mis cuidadores conocían a uno de esos policías. Se llamaba el comisario de policía Stecker y vivía con muchos otros policías en una

casa en la que había estado ya varias veces con mis cuidadores.

A los perros callejeros no nos gustan mucho los policías, pero eso ahora no importaba. Porque si era capaz de hacerle entender a ese comisario Stecker que mis cuidadores estaban en peligro por culpa de una pistola, él seguro que conseguiría alejarlos del caso y, sobre todo, de la pistola.

— Pero al principio parecía que mi bonito plan no iba a funcionar.

Rabanito se golpeó la frente con su dedo índice.

—¿Qué vas a decirle a la policía? ¿Que detengan al Gordo y al Flaco sólo porque una vez hicieron un grafiti y porque pasan su tiempo libre en un antro maloliente situado en un sótano?

—¡Eh, tío, eh! ¡Se reirán de nosotros!

—O llamarán a nuestros padres para quejarse

—añadió Estefi.

Charly se estremeció.



—¡Padres! ¡Mierda! ¡Mi padre!

—¿Qué pasa con tu padre? —preguntó Rabanito—. ¿Ya se ha quejado la policía a él?

—¡No! Pero le prometí que le ayudaría a llevar las últimas cajas a su nueva oficina. Y se me había olvidado por completo.

—¡Qué marrón! —dijo entonces Estefi.

—¡Tengo que irme a casa! —gimió Charly—. ¡Esa estúpida mudanza está acabando conmigo! Y, además, cuando la cosa se pone emocionante, no me dejan estar, claro.

—¿Emocionante? ¿Qué tiene la mudanza de un banco de emocionante? —preguntó Rabanito.

Charly miró hacia todos los lados. Posiblemente temía que le pudieran estar vigilando o escuchando.

—El transporte del dinero —susurró—. Mañana transportarán el dinero a la nueva filial.

—¡Eh, tío, eh! ¿Qué tiene eso de emocionante? Si un banco sin dinero no es ningún banco, ¿no?

Charly volvió a mirar a su alrededor.

—Deja de gritar así, Fede. Que alguien nos podría oír. Además, sí que es emocionante participar en

uno de esos traslados de dinero. Posiblemente hasta pasen por delante del colegio..., o casi. El banco nuevo está muy cerca de allí.

—Bueno, siempre puedes preguntarle a tu padre cuando llegues a casa —dijo Estefi—. Si ayudas afanosamente a cargar cajas, tal vez te deje ir.

—No conoces tú a mi padre —gruñó Charly—. Lo que hará será echarme la bronca por llegar tarde a casa.

No podía creerme lo que estaba oyendo. ¿A casa? ¿No iba a ir a la policía? Para una vez que Charly y yo estábamos de acuerdo en algo y ¿se iba a echar atrás? ¡De eso ni hablar!

—¡Qué pena! —dijo Coco—. Me habría gustado tanto ir a la policía.

—Y vamos a ir.

—Pero si Charly ha dicho...

—Me da igual lo que diga Charly. Los perros callejeros no nos damos por vencidos tan rápido.

—¡Pero yo no quiero volver a suplicar y a respirar rápido con la lengua fuera y mover el rabo y mirar fiel! —se quejó Coco.

—Y no tienes que hacerlo, sólo has de andar. Mejor dicho correr.

—¿Y adónde?

—Adivina.

—¡A la policía!

—Chico listo. Únicamente debemos tener cuidado de que no nos pillen antes de llegar a la policía. Pero tampoco debemos correr demasiado rápido, para que no nos pierdan de vista. ¿Entendido?

—Creo que sí.

—Eso espero. Estate siempre a mi lado. Yo conozco el camino a la policía. Fede me ha llevado muchas veces hasta allí en brazos.

Por suerte mis cuidadores lo entendieron en seguida.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Se escapan!

—Qué va —escuché decir a Charly tras de mí—. Seguro que vuelven al huerto.

—¿Y si no es así? Ya sabes lo que ha dicho «Gran Soggi». ¡Yo soy el responsable de Coco! ¡Imagínaros que no lo encontramos y mañana viene la señora Rotkehl a recogerlo!

—¡Sí, sí! ¡Ya voy!

—¿Y qué pasa con tu padre? —preguntó Rabanito.

—Me va a regañar de todos modos... Así que qué más dan un par de minutos más o menos.

De modo que la cuidadora de Coco iba a ir recogerle al día siguiente. Ésa era una buena noticia. Seguro que necesitaría una semana para recuperarme. Pero ahora lo importante era conseguir que la policía protegiera a mis cuidadores.

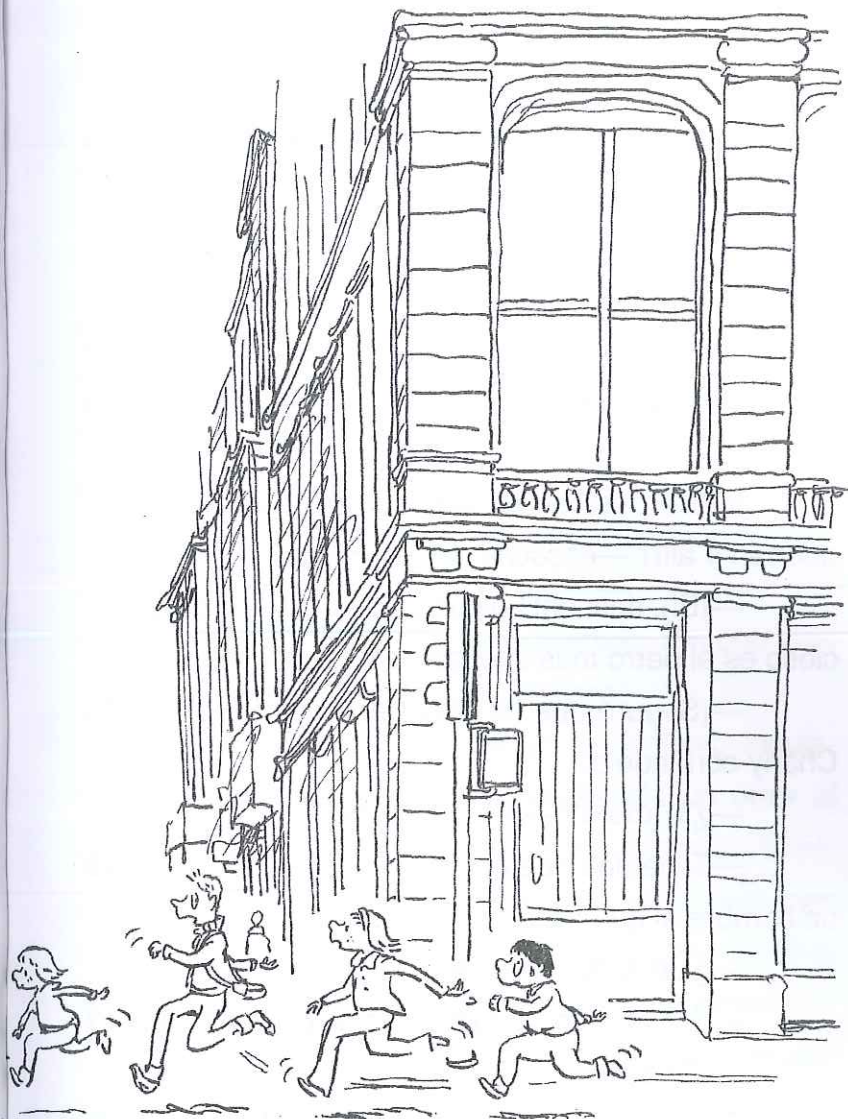
Avanzamos más lentamente de lo que yo pensaba. Una vez más fui consciente de que nosotros, los perros, somos mucho más rápidos y tenemos mejor condición física para correr que los humanos. De modo que cada dos por tres tuvimos que esperar a mis cuidadores. Poco antes de que nos pillaran, volvíamos a salir corriendo.

—¡Chachi! —exclamaba Coco.

A él parecía gustarle el juego. A mis cuidadores, menos.

—¡Eh, tíos, eh!

—jadeaba Fede.



—¡Creo que esos dos quieren hacernos enfadar! —dijo Charly sin aliento.

—Vaya, no me digas —dijo Estefi intentando respirar.

—Pero ¿adónde van? —se lamentó Rabanito.

—¡A la policía! ¡Chachi! —exclamó Coco.

Pero eso no lo pillaron mis cuidadores hasta que la casa en la que viven los policías quedó a la vista.

—¡Pero si es la comisaría de policía! ¿No querrán ir allí? —escuché decir a Rabanito.

—¡Eh, tíos, eh! Lo que yo os digo siempre, Precioso es el perro más inteligente y...

—¡Seguro que ha sido casualidad! —exclamó Charly cortándole.

—¿Y ahora? —preguntó Coco.

—Tenemos que entrar en la casa. En ella vive un hombre al que conocen mis cuidadores.

—¿Un autor de delitos?

—¡No! ¡Un policía! ¿No te lo he explicado antes?

—¡Chachi!

Por suerte la puerta de entrada de la casa de

los policías estaba lo suficientemente abierta para que Coco y yo pudiéramos colarnos dentro.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esos dos están yendo a la policía! —escuché la voz de Estefi detrás de nosotros.

Para un perro callejero es muy importante memorizar bien los caminos. Al fin y al cabo uno nunca sabe cuándo va a tener que ponerse rápidamente a salvo. Así que encontré sin problemas la habitación en la que vive el comisario Stecker.

—Lo conseguimos —le dije a Coco—. Lo hemos hecho muy bien.

—¡Ser detective es muy divertido! ¡Mucho más divertido que jugar con mi... cuidadora!

De repente me invadió un sentimiento inquietante. Posiblemente estaba cometiendo un error al acostumbrar al pequeño a mi vida con mis cuidadores.

—¡Eh, tíos, eh! Esos dos están realmente sentados delante del despacho del comisario Stecker —dijo Fede, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Todavía sigues creyendo en una casualidad? —preguntó Estefi a Charly.

—No lo sé, pero sí que es cierto que a veces Precioso me sorprende.

Fede se acercó a mí, me cogió en brazos y quiso irse.

—Pero ¿adónde vas? —preguntó Charly.

—¡Eh, tío, eh! ¡Dónde voy a ir! Primero al huerto y luego a casa.

—¿Quieres ir a ver al comisario Stecker? —preguntó Rabanito a Charly.

—Ya lo creo. Ya que estamos aquí, deberíamos aprovechar la ocasión y preguntarle acerca de nuestro caso.

—¡Déjalo! ¡Seguro que tiene cosas mejores que hacer que ocuparse de una pared de colegio pintada con un grafiti!

—¡Pero es que así no avanzamos!

—¡Y qué!

En ese instante se abrió bruscamente la puerta del comisario Stecker.

—¿Pero qué escándalo es éste?... Vaya, otra vez vosotros.

Antes de que ninguno de ellos pudiera decir

nada, salté de los brazos de Fede y entré corriendo por la puerta abierta. Corrí hacia la silla en la que normalmente se sienta el policía y salté encima. Nunca entenderé por qué los humanos se construyen estos artilugios, en vez de sentarse en el suelo.

—¿A qué viene esto? Bajad ahora mismo a vuestro perro de mi sillón antes de que se haga pis en él —dijo el comisario Stecker.

—¡Eh, tío, eh! ¡Precioso no hace esas cosas!

—Yo tampoco entiendo lo que le pasa —dijo



Charly—. En realidad no teníamos intención de venir aquí, pero él y el perro pequeño nos han conducido hasta aquí. Y ya que estamos, quería preguntarle...

—¿Que el perro os ha conducido hasta aquí? Vosotros habéis venido ya muchas veces y me habéis... Quiero decir, me habéis visitado, pero, la verdad, ésta es la excusa más tonta que se os ha ocurrido nunca.

—¡Pero es la verdad! —exclamó Charly, y también mis otros cuidadores asintieron con sus cabezas.

Mientras ellos discutían con el comisario, yo eché rápidamente un vistazo. ¿Cómo podría hacerle entender al policía que mis cuidadores se encontraban en peligro por culpa de una pistola?

—¿Ese otro también es un policía? —preguntó Coco de repente.

Estaba al lado de Fede y miraba medio asustado y medio curioso a un humano.

¡El humano iba vestido exactamente igual que el policía que me había ahuyentado en el pasado! Me fijé un poco más. ¡Efectivamente! Él también llevaba una pistola.

Salté del sillón y corrí hacia el policía de la pistola.

—¿Ves esa cosa que cuelga del humano? —le pregunté a Coco—. ¡Pues sobre eso tenemos que llamar la atención de todos!

—¿Por qué?

—¡No preguntes! ¡Hazlo y punto!



—¿Y cómo?

—¡Salta entre sus piernas y ladra!

—¿LadRAR? ¡Pero si eso me produce dolor en la garganta!

—¡No seas quisquilloso!

Desgraciadamente aquel policía tenía unas piernas muy largas. Por eso yo no conseguía llegar saltando hasta la pistola, sino únicamente alcanzaba sus rodillas..., y Coco, sólo sus gemelos. Pero a cambio ladramos un montón.

—¿A qué viene esto? —exclamó el policía e intentó deshacerse de nosotros—. ¿Qué quieren estos chuchos de mí?

—¡Eh, tío, eh! ¡Que no son chuchos!

—¡Quizá es que no les gustan los policías uniformados! —dijo Charly en mitad de nuestros ladridos—. ¡Con los carteros también pasa a veces!

—¡Ya es suficiente! —gritó el comisario Stecker—. ¡Coged a vuestros perros y largaos de aquí!

—¡Pero nuestro caso! —lo intentó Charly una vez más.

—¿Qué caso? ¡No hay ningún caso! A no ser

que dentro de diez segundos aún no hayáis desaparecido. ¡Entonces sí habrá un caso y estará relacionado con vosotros!

Estefi me apartó del policía y Fede apartó a Coco. Por desgracia los humanos, aunque sean niños, son más fuertes que los perros, al menos si los perros son tan pequeños como Coco y como yo. Así que podíamos patalear todo lo que quisiéramos que no servía de nada. Estefi y Fede nos sujetaban con fuerza.

Coco seguía ladrando incluso de camino de vuelta a casa y cuando hacía rato que los policías se habían escondido en la habitación del comisario Stecker.

—Ya puedes parar, enano. No ha servido de nada.

A Coco le entró un ataque de tos.

—¿Pero lo he hecho todo bien? —me preguntó.

—Sí, eso sí, pero no ha servido de nada.

—¿Y para qué tenía que servir?

Por un momento pensé en contarle lo de la pis-

tola, pero al final desistí. Quién sabe de lo que sería capaz por miedo.

—Tenía que ayudarnos a buscar a los autores del delito —dije a cambio.

—¿Y le necesitamos a él para eso? ¡Si tenemos a Charly!

—Sí. A ése desde luego que lo tenemos.

Y ése enseguida hizo lo que más le gustaba hacer: despotricar sobre mí.

—Me gustaría saber si conseguiremos algún día que Precioso se comporte como un verdadero perro detective.

—¡Eh, tío, eh! ¿Y cómo se comporta un verdadero perro detective?

—¡Pues desde luego no como Precioso!

No presté más atención a la discusión de mis cuidadores, porque también yo estaba furioso. Aunque no con mis cuidadores. Me daba rabia que no hubiéramos conseguido hacerles comprender a los policías lo que queríamos de ellos. ¿Por qué los humanos no comprenden a los perros?

Cuanto más nos acercábamos al huerto más

se convertía mi rabia en una decisión: si los humanos no eran capaces de entender en qué peligro se encontraban mis cuidadores, entonces iba a tener que hacerme cargo yo mismo. ¡E incluso ya sabía lo que iba a hacer!

10

Un perro se vale por sí mismo

—**¿No** quieres comer nada? —preguntó Coco mascando ruidosamente y con la cabeza metida en el comedero.

A pesar de su discusión, mis cuidadores no se habían olvidado de llenarlo. En ese sentido puedo fiarme plenamente de ellos. Y ése es un sentimiento muy tranquilizador.

—No, no tengo hambre —le contesté a Coco.

Aún no había terminado de decirlo cuando me sorprendí incluso a mí mismo. La verdad es que no me ocurría a menudo que algo me preocupase tanto como para quitarme el apetito, llegando incluso a renunciar a mi comida.

Coco se acercó a mí y se tumbó a mi lado.

—Yo estoy lleno. Pero todavía queda suficiente comida para ti. Te lo puedes comer cuando vuelvas a tener hambre.

—Sí, sí.

El pequeño se me quedó mirando.

—¿Pasa algo?

—No. O en realidad sí. Estaba pensando en... el caso.

—¡Chachi! Entonces, ¿vamos a ir otra vez a buscar más pruebas?

Titubeé un momento, antes de contestarle:

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

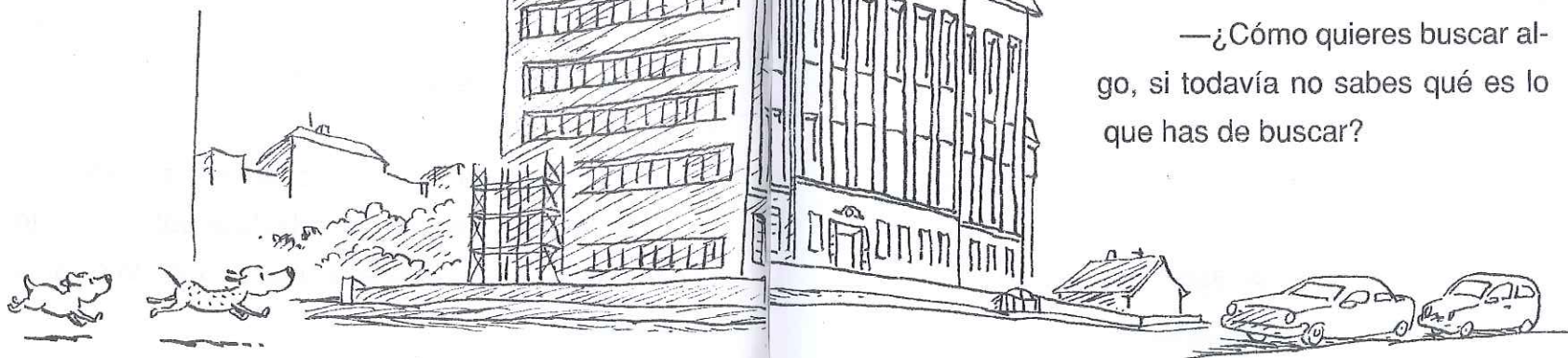
—Sin los humanos.

—Así es. ¡Un perro se vale por sí mismo!

—¿Eso es posible?

—Mejor de lo que tú crees.

Al menos eso esperaba.



A pesar de que caminaba muy rápido, Coco no tuvo ningún problema en seguirme. Seguro que si seguía así, con el tiempo llegaría a ser más grande y más fuerte que yo. Bueno, tampoco es que eso fuera muy difícil.

—¿Y adónde vamos? —me preguntó, cuando ya casi habíamos llegado a la meta.

—Al colegio.

—Entonces, ¿al final vamos a ir a buscar pruebas con Charly y los demás?

—Ya es casi de noche. A estas horas nunca están por allí.

—Qué pena. ¿Qué clase de pruebas estamos buscando?

—Aún no lo sé.

—¿Cómo quieres buscar algo, si todavía no sabes qué es lo que has de buscar?

Posiblemente no sólo se convertiría en un perro grande y fuerte, sino también en uno muy listo. Tal vez incluso ya era lo suficientemente listo como para compartir conmigo mi secreto.

Me detuve.

—Coco, tengo que contarte algo. Pero tiene que quedar entre nosotros.

—¿Un secreto?

—Exacto.

—¡Chachi!

—De chachi nada. Porque es un secreto muy peligroso.

Coco abrió los ojos como platos.

—¡Oh! Un secreto peligroso —susurró.

—¿Aun así quieres saberlo?

—¡Chachi! ¡Ya te digo!

En ese instante estaba casi seguro de estar cometiendo un error, pero de todas maneras le conté que me había encontrado una pistola y también su desaparición posterior.

—Y un chisme de esos, una pi..., pi...

—Pistola.

—Eso. Así que ¿las pistolas son peligrosas?

—Sobre todo si están en posesión de un autor de delitos y las usa.

—Entonces tenemos que encontrar la pistola y quitársela al autor de delitos antes de que la use.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer, enano.

—¿Y cómo?

—Ya se me ocurrirá algo, cuando dé con él.

A pesar de que mi plan de implicar a la policía, como lo llamaba siempre Charly, había fallado, había conseguido otra cosa: mi mejor posesión conocía ahora el olor de una pistola.

No era un olor muy agradable, pero tampoco lo había memorizado porque lo fuera. Mi mejor posesión debía ayudarme a encontrar esa horrible cosa, antes de que un humano malo pudiera ocasionar alguna desgracia con ella.

La plaza del colegio estaba completamente desierta. De modo que yo tenía razón. A esas horas ni los profesores ni los niños querían ir al colegio.

Yo ya había pensado que lo más inteligente era buscar la pistola en el último lugar en el que la había visto: tras el arbusto de espinos.

—¿Tenemos que buscar precisamente aquí? —se quejó Coco—. ¡Porque seguro que hay otros sitios que no pinchan!

—Pero aquí es donde encontré la pistola..., antes de que desapareciera. ¡Así que deja de quejarte! Levanté mi mejor posesión al viento.

—¿Qué haces? —me preguntó el pequeño cristanervios enseguida.

—Intento olfatear la pistola. Y ahora cállate de una vez que no me dejas concentrar.

Coco se puso a mi lado y me imitó.

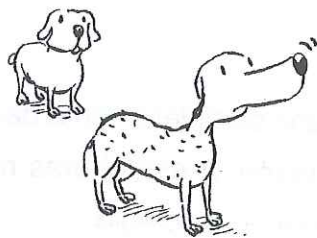
—¿Y ahora qué haces? —pregunté.

—¡Yo también olfateo!

Cambié de opinión en lo que se refería al futuro de Coco como perro listo.

—¿Y tú acaso sabes cómo huele una pistola?

—Seguro que huele a algo malo. ¿Cómo huele?



—¿Recuerdas el humano policía al que molestamos saltando entre sus piernas y al que estuvimos ladrando?

—¡Chachi! ¡Eso fue divertido! ¡Aunque luego me doliera la garganta!

—Pues ése tenía consigo una pistola.

—¿Entonces él también era un humano peligroso y malo? —preguntó Coco con los ojos muy abiertos.

—No.

—Pero si tenía una pistola... Tú dijiste que los humanos que tienen una pistola...

—Éste sólo la tiene para poder proteger a otros humanos de humanos malos con pistola.

—Ah.

—Entonces, ¿recuerdas cómo olía la pistola de ese humano policía?

—No. ¿Cómo olía?

Cerré los ojos. Tenía que mantener la calma, aunque me costara mucho esfuerzo.

—¿Sabes cómo huele un coche por la parte de atrás?

Coco hizo una mueca con el hocico.

—¡Aggs! ¡Asqueroso!

—Pues las pistolas tienen un olor parecido.

—¡Entonces lo sé!

—¡Ya era hora! Así que cállate un ratito para que yo pueda captar el olor de ese chisme.

Nuevamente cerré los ojos, pero esta vez para concentrarme. Aún recordaba perfectamente el olor de la pistola, pero por mucho que mi mejor posesión se esforzara, no daba con su olor. Así que no me quedó más remedio que inspeccionar también los alrededores.

Despacio, con mi mejor posesión en máxima alerta, caminé a lo largo del pequeño muro que rodeaba el colegio. Sabía que mi mejor posesión era capaz de captar hasta los más finos olores, si conseguía concentrarme lo suficiente.

Pero en eso precisamente me molestaba Cocco. Y aunque no decía nada, tampoco se apartaba de mi lado.

—¿No puedes buscar en otro sitio? —le pregunté finalmente.

—¿En dónde?

—Da igual. Donde sea pero que yo no esté.

—¿Y por qué?

—Porque..., porque así daremos antes con la pistola. ¿Lo entiendes? El que encuentre primero el rastro de la pistola avisa al otro. ¿De acuerdo?

—¡Chachil! ¡Eso haremos! ¡Yo buscaré junto a la pared pintada!

—Donde tú quieras —dije en voz baja—, menos aquí.

Tenía un plan. Y eso estaba bien. Aunque esto también lo decía siempre Charly. Pero bueno, tampoco todo lo que dice Charly está siempre mal.

Mi plan era sencillo, pero esperaba que funcionara. Si el humano, quien quiera que fuera y lo hiciera por lo que lo hiciera, había escondido la primera vez la pistola en las cercanías del muro, posiblemente, volvería a hacerlo la segunda vez. Porque era un buen escondite, ya que los humanos habían plantado arbustos muy pegados al muro. Desgraciadamente todos tenían espinas, por lo que mi pelo y especialmente mi piel estaban sufriendo más de lo que me hubiera gustado.

Seguramente a estas alturas ya parecía un erizo, cuando escuché la voz de pito de Coco:

—¡La he encontrado! ¡La he encontrado!

—A saber de qué se trata esta vez —dije en voz baja y no le di más importancia.

La pistola está aquí, en alguna parte. Lo sentía hasta en la extremidad de mi rabo.

—¡Holaaa! ¡Precioso! ¿Dónde estás? —me llamaba Coco.

—¡Si utilizaras tu mejor posesión sabrías dónde estoy! —contesté, porque de todas formas no iba a parar de dar la lata—. ¡Estoy buscando la pistola!

—¡Pero si no la tienes que seguir buscando, la he encontrado yo!

—¡No te creo!

—¡Pero es verdad! ¡Está dentro de esa cosa para colgar que encontramos el otro día!

Esta vez sí me detuve. ¡Eso no podía ser una casualidad! ¿Y si el enano había encontrado realmente el bolso? ¡Entonces era muy posible que la pistola estuviera dentro!

Dirigí mi mejor posesión en la dirección de la que había oído llegar la voz y salté a través de los pinchos cayendo justo a los pies de Coco.

—Eso seguro que pincha, ¿verdad? —preguntó Coco y me miró con mirada de *tekel*.

Por cierto que esos perros son los que mejor dominan la mirada fiel. Me he encontrado con perros que incluso afirman que fueron los *tekel* los que la inventaron.

—¡Sí! —le gruñí a ese enano—. Y ahora ahórrate tus inútiles preguntas.

—¿Estás enfadado porque no has encontrado tú la pistola sino yo?

—¡Tonterías! —mentí.

Porque realmente sí que me molestaba un poco que ese enano hubiera tenido más éxito que yo. Aunque la verdad era que no me lo podía creer.

—¿Dónde has encontrado la pistola?

—En la casa.

—¿En el colegio?

—No en la casa pequeña, la que han montado los humanos.

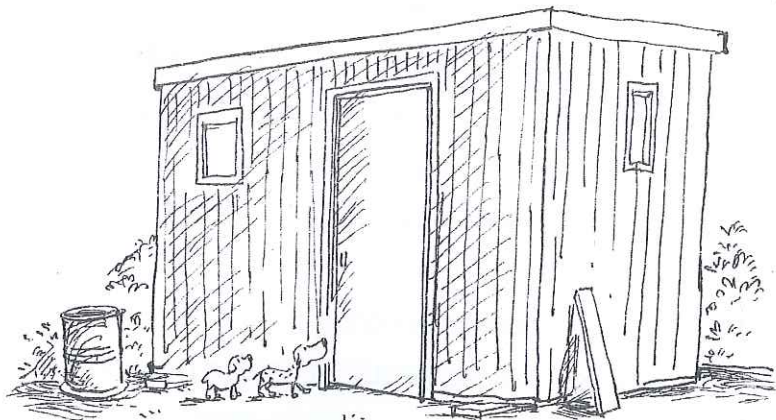
—¿Te refieres a la que montaron Manni y el señor Keiler, el negrero?

—Sí, a esa casa me refiero. ¡Ven conmigo que te lo enseñaré!

—¡Pero si la puerta está abierta! —exclamé, cuando la pequeña casa de Manni y Keiler quedó a la vista—. ¿No me digas que están dentro?

—Si fuera así no habría entrado ahí dentro en la vida. ¡A ver si te crees que soy tonto! Me apoyé en la puerta y entonces se abrió de repente. Fue muy fácil.

—Pero ¿por qué has hecho eso? ¿De verdad has olfateado la pistola?



—¡No, la pistola, no! Pero sí que olí la comida que estaba ahí dentro.

—¿Comida? ¡Es una buena noticia! Porque ahora sí que vuelvo a tener hambre —contesté.

—He dicho «estaba» ahí dentro. Ahora ya no está. Es que había muy poquita... ¡pero estaba tan rica!

—Me alegro por ti —dije sin más—. Y ahora enséñame la pistola.

En la pequeña casa se entremezclaban varios olores. Aquí ni siquiera mi bien entrenada mejor posesión habría sido capaz de reconocer un solo olor. A no ser, claro, que se tratara de algo comestible. De modo que había sido una casualidad, ya que era lo único que había buscado. Eso me tranquilizó un poco, pero por otro lado no debía pensar en comida. Aunque mi estómago me estaba diciendo claramente que había sido un error renunciar a la cena.

Aparté de mi cabeza los recuerdos de aquellas deliciosas cosas que podía haber comido.

—Bueno, ¿y dónde está la pistola?

Coco se metió bajo la caja con patas que los humanos utilizan para guardar dentro sus cosas.

El hueco de ahí abajo era muy estrecho. Así que resultó una ventaja que no fuéramos muy grandes. Y también resultó que Coco tenía razón.

El bolso medio abierto estaba justo delante de mí y por un lateral asomaba ese chisme que al verlo me produjo un escalofrío por todo el lomo:

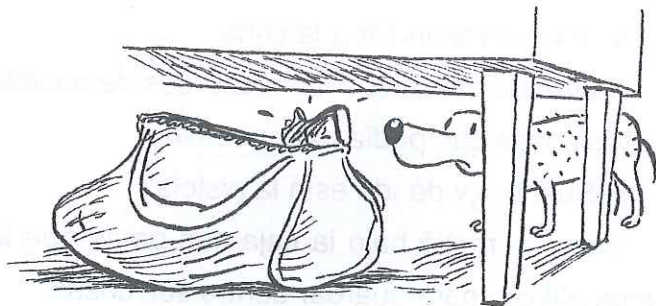
—¡La pistola!

—Soy un buen detective, ¿a que sí?

Dudé unos instantes antes de contestar:

—Sí que lo eres, enano. ¡Lo has hecho realmente bien!

¿Por qué iba a estropearle la fiesta? Al fin y al cabo había sido él quien había encontrado la pistola. ¡Y además eso era lo que quería! Ahora ya no podrían ocasionar ninguna desgracia con ella. ¡De eso ya me encargaría yo!



—Entonces, ¿Manni y el negrero son los humanos malos y los autores del delito?

—Eso parece. ¿Por qué iba a estar si no la pistola precisamente en su casa?

—No lo sé.

—Bueno, de todos modos, ahora lo importante es que la escondamos muy bien.

—¿Para que los humanos malos no la encuentren?

—Tú lo has dicho, enano. ¡La enterraremos!

—¡Ésa es una idea genial! ¿Y dónde? ¿Bajo el arbusto con pinchos?

—Sí, pero en un sitio diferente de donde la encontraste la primera vez. ¿Me ayudas?

Coco picó el anzuelo.

—¡Claro!

—¿Aunque te pinches?

—¡Da igual! ¡Los perros tienen que apoyarse! ¡Tú mismo lo dijiste antes!

—¡Y así es!

Acababa de coger la pistola con mi hocico con mucho cuidado, cuando me invadió una extraña sen-

sación. Mejor dicho, a mi mejor posesión le llegó un extraño olor: ¡a humanos! A juzgar por la intensidad del olor, o estaban muy cerca, o hacía mucho que no se lavaban. Pero esta segunda posibilidad no se cumplió, porque podía oír sus voces.

Coco gritó.

—¡Humanos! ¡El negrero! ¡Humanos malos!

Desgraciadamente tenía razón. Era el olor de Keiler y también su voz. Pero a Manni no lo pudo identificar ni mi mejor posesión ni mi oreja y media.

—¿Salimos corriendo? —preguntó Coco con voz temblorosa.

—Es demasiado tarde para huir. Tendremos que quedarnos aquí debajo de la caja y mantenernos muy callados. Si no nos ven, no nos descubrirán, porque ellos no tienen muy desarrollado el olfato.

—¿Y si han venido a buscar la pistola? ¡Entonces nos descubrirán!

A eso no dije nada, porque no quería asustar más de lo que ya estaba a Coco.

11

La pasta está más rica que el dinero

La puerta se abrió de forma ruidosa.

—Vaya, pero si no estaba cerrada con llave —escuché decir a Keiler—. ¡Seguro que ha sido Manni otra vez! ¡Como siga así lo despido!

—¿Lo vas a echar? —preguntó la otra voz riéndose—. ¿Qué pasa? ¿Que ahora eres el jefe o qué?

Ni el olor ni la voz de ese hombre pertenecían a Manni. Cautelosamente me acerqué a uno de los extremos de la caja.

—¡Quédate aquí! Que te van a ver —me suplicó Coco.

—Tendré cuidado —contesté bajito aunque no habría sido necesario.

Cerca de mí y de Coco había dos hombres de pie. Por suerte estaban de espaldas. A Keiler lo reconocí por su olor y por su voz. Y también me di cuenta

enseguida de que el otro hombre no podía ser Manni, porque no tenía pelo en la cabeza. Ésta estaba tan lisa y tan despoblada como las ricas peras amarillas del huerto. Con cuidado regresé con Coco.

—¿Y? —me preguntó asustado.

—Son Keiler y otro hombre sin pelo en la cabeza, pero están mirando en otra dirección. Creo que aquí estamos a salvo.

—Ojalá.

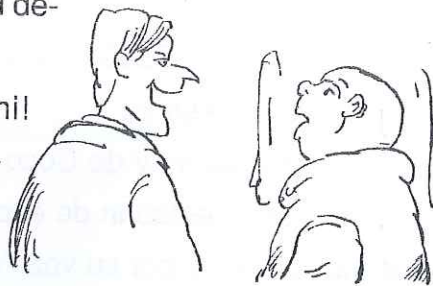
—¡Todavía no soy el jefe! —dijo Keiler y también se rió—. Pero si todo me va bien, ¡compraré este chiringuito!

—¿Estás loco? —dijo la otra voz—. ¿Para qué quieres esto? Además, antes tenemos que arreglar otro asunto.

—¡No hay problema! —dijo Keiler.

—Para ti es fácil decirlo, Keiler.

—¡Venga, Berni! Daremos el golpe, pasaremos por ello y luego se acabó.



De modo que el otro hombre se llamaba Berni. Y quería dar un golpe con el señor Keiler y pasar luego por algo. Me preguntaba qué significaba todo aquello. ¿Qué querían golpear esos dos? ¿Y por dónde querían pasar?

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Berni.

—Te estás poniendo muy pesado, ¿lo sabías? ¡No vayas a hacértelo en los pantalones! Al fin y al cabo soy yo el que hace el trabajo sucio. Tú lo único que tienes que hacer es estarte quieto y decir lo que hemos acordado. Eso no es tan difícil, ¿no?

—Es que es la primera vez que hago algo así —dijo Berni en voz baja.

—Yo también. Pero nuestro plan es perfecto. No puede fallar. ¡Te pongo el chisme ese delante de las narices y a continuación nadamos en dinero, colega!

Así que se trataba de dinero y tenían un plan. Charly también dice siempre que sus planes son perfectos. Y luego casi nunca salen bien. Tal vez el de Keiler y Berni también fallaba. Pero para eso antes tenía que saber qué plan era ése.

Miré a Coco. Seguía temblando de miedo, pero al menos se estaba quieto a mi lado. Si no se ponía a ladrar o a gimotear de pánico y se quedaba ahí escondido, estaríamos a salvo, al menos por ahora.

Berni me sacó de mis pensamientos.

—¿Y dónde está la pistola?

—La pistola —lloriqueó Coco a mi lado—. ¡Es de ellos, es de ellos!

—La he traído aquí —contestó Keiler—. Me pareció más seguro. La escondí debajo del armario.

A mi lado, Coco se estremeció y también mi estómago se puso en pie de guerra, y esta vez no era debido al hambre.

Cuando después apareció una rodilla delante de la caja, se me cortó la respiración, como dirían los humanos.

—¡Se está arrodillando! Como ahora se agache, nos verá —susurró Coco, con voz tan temblorosa que casi no lo entendí.

—¿Y si alguien la encuentra? —preguntó Berni—. ¡Esto es demasiado arriesgado para mí!

—¿Quién la va a encontrar? Si aquí sólo entra-

mos Manni y yo. El jefe nunca aparece por aquí y a Manni no le interesa lo que hay debajo del armario. El escondite anterior era mucho más arriesgado. En cualquier momento un alumno o un profesor podría haber tropezado con ella —contestó Keiler.

—O un perro —añadí yo en voz baja.

—¿Y eso va a servir de algo? —preguntó Berni—. Tengo buenos contactos. Yo podría conseguir una de verdad...

—¡Olvídalo! —exclamó Keiler—. ¡Cuántas veces he de decirte que no quiero que alguien salga herido! Ni siquiera por accidente. ¿Lo entiendes de una vez?

—Sí, está bien. No te alteres —bufó Berni.

La rodilla se levantó de nuevo. El pobre Coco temblaba como si estuviera en pleno invierno tumbado en un río congelado. Pero también mi corazón estaba acelerado. Nos había ido por los pelos. En una casa tan pequeña no habríamos tenido ninguna posibilidad de escapar de los dos humanos. Si nos pillaban quedaríamos a su merced.

—Entonces estamos de acuerdo. Mañana pa-

samos a la acción —dijo Keiler—. Y, sobre todo, sigue el horario planificado. Así no fallará nada. Tú paras, yo agarro las bolsas con la pasta, abro la tapa y me piro.

—¡Si eso ya lo hemos hablado cien veces! —gimió Berni—. El dinero estará en dos bolsas negras. Yo te las entrego. Por cierto, que son bastante grandes. Sobre todo ten cuidado de que no se rompan cuando te metas por el agujero. ¡Tienes que abrir la tapa del todo!

—¿Te crees que soy idiota o qué? —se enfadó Keiler.

—Perdón. Sólo lo decía para asegurarme...

—No te preocupes por mí y preocúpate por hacer bien tu trabajo.

Vale, o sea que se trataba de dinero..., y de pasta. Ambas cosas las conocía. La pasta es un invento humano muy rico. La hacen de muchas maneras, alargada, pequeña, con forma de lacitos. Y cuando la cuecen, se pone muy blandita y luego la mezclan con otros comestibles y está todo riquísimo. A pesar de ello, los humanos prefieren el dinero a la pasta y eso que el dinero no se puede comer. Pero así son ellos...

—Eso espero —suspiró Berni.

—No te preocupes. Las trataré como si estuvieran llenas de huevos crudos —contestó Keiler—. Y ahora vámonos. Mañana nos espera un día muy duro y tendremos que estar descansados.

—¡Se van! ¡Por fin se van! —exclamó Coco.

Yo temía que del alivio que Coco estaba sintiendo iba a salir corriendo de debajo de la caja y que a última hora iban a terminar por descubrirnos.

Pero por suerte no lo hizo. A cambio ocurrió algo diferente, que casi fue peor.

—¿Qué ruido ha sido ése? —preguntó Coco.

—Han cerrado la puerta. ¡Por fuera!

—¿Cerrar? ¿Eso qué significa?

—Es uno de esos inventos humanos que nunca llegaré a entender. Ellos pueden cerrar las puertas de sus casas de tal manera que nadie puede entrar en ellas.

—¿Ni tampoco salir? —preguntó Coco.

A eso no le contesté, sino que salí con cuidado de debajo de la caja, a la que los humanos habían llamado armario. Coco me siguió titubeante.

Sigilosamente fui hacia la puerta y rasqué con mi pata contra ella.

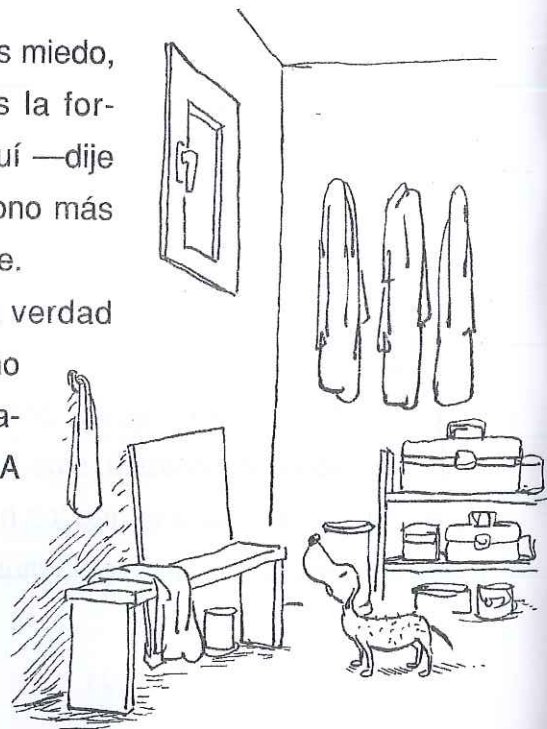
—Nada. Está cerrada.

—¿Entonces estamos atrapados aquí? —preguntó Coco.

Deduje por el tono de su voz que de buena gana se habría echado a llorar a moco tendido. ¡Lo que me faltaba! Por si no fuera ya bastante el hecho de estar encerrado en esta horrible y pequeña casa, ahora también tenía que consolar a un pequeño perro llorón.

—No tengas miedo, ya encontraremos la forma de salir de aquí —dije en cambio en el tono más sosegado que pude.

Aunque, la verdad es que ni yo mismo me creía lo que acababa de decirle. A pesar de que en esa casa había



ventanas, éstas también estaban tan cerradas como la puerta. Además, estaban tan altas que difícilmente habríamos podido llegar hasta ellas.

Aun así fui de ventana en ventana para comprobarlo..., y también para tranquilizar a Coco. Pero éste era lo suficientemente listo para darse cuenta de que no teníamos ninguna vía de escape.

—Estamos atrapados, ¿verdad? —volvió a preguntar.

Aunque para mi tranquilidad su voz ya no sonaba tan llorona.

—Bueno, digamos que de momento no vamos a salir de aquí —le contesté.

—¿Y eso significa?

—Eso significa que necesitamos un nuevo plan.

—¿Y qué plan es ése?

—¡Deja ya de preguntar tanto! ¡Que necesito pensar!

Coco se encogió y las comisuras de su boca empezaron a temblar. Entonces volví a arrepentirme de haberle hablado así. Pero mis nervios también estaban a flor de piel. Nuestra situación, aunque no

era desesperada, era lo suficientemente grave como para asustar incluso a un perro callejero tan curtido como yo.

Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que tendríamos que pasar la noche allí, nos gustara o no. Entre tanto se había hecho de noche. La posibilidad de que alguien viniera a esta casa antes del día siguiente era prácticamente nula.

A mí no me importaba demasiado, pues otras veces había tenido que dormir en lugares mucho peores. Lo que sí me preocupaba era mi estómago. Cuando pensaba en la cena que aquella noche había desaprovechado, idiota de mí, me entraban ganas de llorar. Pero incluso eso acabaría por superarlo de alguna forma. Lo que me preguntaba era si Coco soportaría estar una noche entera encerrado. Tenía que explicárselo de forma suave.

—Escucha, enano. Tenemos un pequeño problema, aunque conseguiremos volver a salir de aquí —dije con voz tranquila pero firme—. Sólo tenemos que mantener la calma y no tener miedo. ¿Podrás hacerlo?

Coco tragó saliva. Luego asintió con la cabeza. Viéndolo ahí delante de mí, con el rabo entre las patas, y mirándome con esos ojos abiertos y llenos de espanto, no parecía que hubiera dejado de tener miedo, pero al menos ahora había dejado de temblar.

—Esta noche tendremos que quedarnos aquí.

Un silencioso pitido escapó de la garganta de Coco, pero yo continué, tan tranquilo como me fue posible, diciendo:

—Nos acostaremos debajo del armario. Así no nos descubrirán si mañana por la mañana entra alguien y estamos durmiendo. Aunque deberíamos intentar estar despiertos cuando se abra la puerta.

—Para que podamos salir corriendo enseguida.

—Lo has pillado muy rápido. ¿A que no es tan malo? Entre quien entre mañana por la mañana no sabrá que nosotros estamos dentro. Así que se quedará tan sorprendido que, antes de que se dé cuenta de lo que pasa, nosotros ya habremos salido.

Coco inspiró profundamente.

—Eso seguro que funciona.

—¡Ése es mi chico! ¡Es lo que quería oír de ti!

—A lo mejor esos hombres no son tan malos
—dijo Coco de repente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el hombre, el negrero ese, dijo que él no quería que alguien fuera herido, ni siquiera por accidente.

—Yo también he pensando en ello. Pero, entonces, ¿para qué necesitan una pistola?

—Porque quieren dar un golpe. Pero ¿eso qué significa?

—Eso es lo que tenemos que averiguar mañana..., cuando consigamos salir de aquí.

—Ojala nos dé tiempo, porque quieren llevarlo a cabo mañana.

—Tendremos que intentarlo.

A eso Coco ya no dijo nada más, sino que se enroscó en el frío suelo y cerró los ojos.

—¿Precioso? —dijo después, sin abrir los ojos.

—¿Sí?

—Tengo un poco de miedo.

—Pues no tienes por qué tenerlo. No nos va a pasar nada.

Me hubiera gustado creérmelo. De todos modos a Coco pareció que le habían tranquilizado mis palabras, porque al poco rato escuché a mi lado su tranquila y regular respiración. Se había acurrucado a mi lado. Pero a mí no me importó. Al contrario. Era una sensación muy agradable no sentirse solo, y más estando atrapado en esa casa tan pequeña, maloliente y profundamente oscura.

Pero no quería correr ningún riesgo y me mantuve despierto. Me resultó relativamente fácil, a pesar de que últimamente había dormido muy poco, para lo que yo normalmente estaba acostumbrado, claro.

Mientras estuve despierto intenté desesperadamente encontrar una explicación a todo aquello. Keiler y ese despeluchado Berni tenían una pistola, pero no querían herir a nadie con ella. Mañana iban a dar un golpe. ¿Pero a qué querían dar un golpe? ¿Y por dónde querían pasar? Posiblemente tenía algo que ver con la pasta o con el dinero, o con las dos cosas a la vez. Tal vez lo del golpe tenía que ver con las dos bolsas negras que Berni quería darle a Keiler. ¡Y éste además tenía que pasarlas por un agujero! ¡Eso

también lo había dicho! ¡Exacto! Pero ¿a qué agujero se refería? Tenía que estar cerrado con una tapa, porque Keiler debía abrirla del todo, o eso había dicho Berni. Sí, eso es. Así tenía que ser. Lo que no entendía es, ¿por qué quería Berni darle las bolsas a Keiler? ¿Por qué no las pasaba él mismo por el agujero?

Quizá eso también terminaba por descubrirlo. En cuanto lográramos salir de la caseta, me pondría a buscar un agujero con tapa, por el que cupieran un humano y dos bolsas.

Al ver que me había acercado un buen trecho a la solución, o al menos eso creía, el poco tiempo que había dormido en los últimos días terminó por pasarme factura y al mismo tiempo rugieron mis tripas como si fueran un pastor alemán enfurecido. Así que al final me venció el cansancio.

De haber sido un recogepalitos seguro que habría dormido hasta el día siguiente. Pero de nuevo me resultó útil haber sido un perro callejero y haber tenido que estar siempre alerta, incluso mientras dormía. De modo que, con el primer y más mínimo cru-

jido en la puerta cerrada, yo ya estaba completamente despierto.

Llamé a Coco, que roncaban silenciosamente:

—¡Despierta! ¡Hay alguien delante de la puerta! Coco abrió los ojos de golpe.

—¡Autores de delitos! ¡Socorro! ¿Dónde está mi mamá?

—¿Pero qué estás diciendo?

Desorientado Coco miró a su alrededor.

—¿Cómo? Ah, sí. ¡Si ya es de día! Perdón. He tenido un mal sueño. ¿Qué pasa?

—¡La puerta! ¡Hay alguien en la puerta! Cuando la abran, tenemos que ser rápidos como el viento. ¿Está claro?

Ahora es cuando pareció estar completamente despierto y saber dónde se encontraba.

—Sí. Todo claro. Rápido como el viento.

Ante la puerta se oían ahora claramente ruidos propios de los humanos. Mi mejor posesión me decía que no eran ni Keiler ni Berni, porque de sus olores me acordaba muy bien. Así que sólo podía ser Manni. Al menos eso esperaba.

Salimos de debajo del armario y nos posicionamos de tal forma delante de la puerta que, en cuanto se abriera un poco, podríamos escapar corriendo. Coco estaba detrás de mí. No me giré hacia él. De haberlo hecho, seguramente me habría quedado paralizado del susto y se me habría olvidado huir.

Me concentré. Cuando la puerta se abrió, vi dos pies humanos, metidos en unos zapatos. Calculé con buen ojo de perro callejero que entre esos dos zapatos había suficiente espacio para que yo pudiera pasar y por lo tanto también Coco.

—¡Ahora! —grité a todo pulmón y eché a correr.

Como oía claramente a Coco correr detrás de mí, no me giré a mirar, sino que me abalancé por entre las piernas humanas hacia la libertad.

Habíamos desaparecido ya hacía rato entre los muchos niños que había en la plaza de delante del colegio cuando entonces escuché la voz de Manni:

—¡Que me aspen! ¿Esto qué es? ¿Cómo han llegado los perros a la caseta?

—¡Lo conseguimos! —le grité a Coco, que seguía corriendo detrás de mí—. ¡Lo hemos hecho estu-

pendamente! Ahora tenemos que encontrar a mis cuidadores. ¡Seguro que Fede ya habrá ido al huerto a llevarnos el desayuno y al no vernos allí estará preocupado!

Como Coco no contestaba, me detuve y me giré hacia él. En ese mismo instante grité del susto.

—Granfa —dijo Coco.

Probablemente quería decir otra cosa, pero no pudo, porque seguía teniendo la pistola en su hocico.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué te has llevado ese chisme?

Coco dejó caer la pistola en el suelo.

—¡Cuidado! ¡Ese chisme es peligroso!

—Perdón. Pensaba que íbamos a esconderla. Por eso me la he llevado. Eso es lo que hace un buen perro detective, ¿no?

—¡No! Quiero decir, sí, eso queríamos. ¡Pero no ahora que los humanos pueden verla y nos la pueden quitar!

Coco miró a su alrededor.

—Pero si no lo hacen.



—¡Eh, tíos, eh! ¡Precioso! ¡Coco! ¡Si estáis aquí!
—tronó la voz de Fede por encima de las cabezas de los demás alumnos.

—¡Rápido, siéntate encima! —le susurré a Coco—. A lo mejor así no descubren la pistola.

Lo hizo de inmediato, pero no sirvió de nada. Su pequeño trasero abultaba tan poco que la mitad de la pistola quedaba al descubierto.

Ya no podía hacer nada, porque Fede se había abierto paso entre los alumnos. Me cogió en sus brazos y me achuchó contra su cuerpo. ¡Qué bien sentaba eso!

—¡Eh, tío, eh! ¡Precioso! ¿Por qué no nos habéis esperado? Estaba muy preocupado por vosotros. ¡Además, hoy va a venir la señora Rotkehl a recoger a Coco!

—¡Pero yo no quiero! —exclamó Coco.

—¿Cómo dices? —grité, no pudiendo evitar que se me escapara un silbido a través del hueco de mi dentadura.

—¡Escuchad! ¡Silba! —dijo Fede dirigiéndose a Charly, Rabanito y Estefi—. ¿Será que él también se alegra de verme tanto como yo?



—¿Ves como sólo se habían adelantado? Igual que ayer cuando salieron corriendo hacia la policía —añadió Estefi, en vez de contestar a Fede.

—Posiblemente sea una especie de juego para ellos —opinó Rabanito.

—¡Eh, tíos, eh! ¿Y el desayuno? Si el comedero aún estaba medio lleno... Precioso normalmente no suele renunciar voluntariamente a su comida.

—Eso es cierto, desde luego —gimió Charly.

Esperaba que dejaran de hablar de una vez de comida. Porque a esas alturas mi estómago ya se había encogido tanto como el tamaño de la nariz de Coco. Por otra parte tal vez eso les distraía de la pistola sobre

la que Coco seguía sentado. Pero de un plumazo empeoraron las posibilidades de que eso funcionara.

—¡Coquito! ¡Mi pequeño rufián! ¡Mi tesoro! ¡Aquí está!

—¡Eh, tíos, eh! ¡La señora Rotkehl! ¡Nos ha ido por los pelos! —gimió Fede.

Salté de los brazos de mi cuidador y me coloqué delante de Coco.

—Cuando te dirijas hacia tu cuidadora, yo me sentaré encima de la pistola. Pero todo tiene que ser muy rápido.

—Pero yo no quiero.

—¿Cómo dices? ¿Qué es lo que no quieres?

—Yo no quiero volver con mi mamá..., eh, mi cuidadora. Quiero quedarme contigo y con Charly y quiero ser un perro detective. ¡Chachi!

Me giré. La señora Rotkehl venía con los brazos abiertos hacia nosotros. No tenía tiempo de darle grandes explicaciones a Coco de por qué no podía quedarse conmigo, porque tenía que evitar que la señora Rotkehl le cogiera en brazos. Seguro que era lo primero que iba a hacer y entonces vería la pistola.

12

El golpe y el agujero con tapa

Me puse en posición de combate, mostré furioso mi dentadura y gruñí, lo más que mi oxidada garganta me permitió. Fue suficiente..., al menos para la señora Rotkehl. Se detuvo en seco y se me quedó mirando fijamente.

—Pero ¿qué le pasa?

—¡Eh, tía, eh! ¡No lo sé! ¡Normalmente nunca gruñe así!

Eso era cierto. Por lo que tenía que dejar de hacerlo enseguida, porque de lo contrario me habría entrado un ataque de tos.

—Estos dos se han llevado muy bien. Tal vez Precioso no quiere separarse de Coco.

—Más bien es al revés —dije yo.

—¡Chachi!

—No se preocupe, puede coger sin miedo a su Coco. Precioso nunca le ha hecho nada a nadie —dijo Estefi a la señora Rotkehl.

—Bueno, en realidad nunca hace nada —creyó Charly que debía añadir.

La señora Rotkehl alzó las manos.

—¡No, no! Esto es demasiado peligroso para mí. Mejor me lleváis a mi pequeño tesoro durante el primer recreo a la sala de profesores... ¡Pero sin vuestro perro!

—¡Eh, tía, eh!... Quiero decir, ¡sí, señora Rotkehl! —dijo Fede a la cuidadora de Coco, que ya se había puesto en marcha de camino al colegio.

Fede se agachó y me dijo:

—¿Es cierto lo que ha dicho Rabanito? Que no quieres separarte de tu nuevo... —en mitad de la frase se detuvo—. ¡Eh, tíos, eh! Pero ¿qué es esto? ¡Mirad sobre lo que está sentado Coco!

—¡Pe... pero si es una pistola! —gritó Rabanito.

De un brinco, Charly se acercó a nosotros.

—¿En serio? ¡A ver!

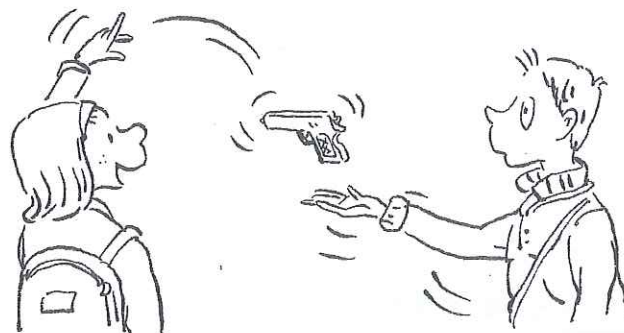
Estefi únicamente lo miró un segundo por encima del hombro.

—¡No os emocionéis, que sólo se trata de un juguete para niños!

—¿Estás segura? —preguntó Charly.

Estefi se agachó y sacó la pistola de debajo de Coco.

—¡Cuidado! —se me escapó.



Estefi se la tiró a Charly.

—¡Es de plástico!

Él la cogió al vuelo.

—Pues es verdad. Pero se parece un montón a las de verdad... Al menos si uno no se fija demasiado —Charly se la devolvió a Coco dejándola delante de él en el suelo—. Con esto podéis seguir jugando.

—A lo mejor Precioso estaba gruñendo por eso. Porque creía que la señora Rotkehl le iba a quitar su juguete —opinó Rabanito.

Charly ladeó un poco su cabeza.

—O estaba ensayando porque quiere ser un perro detective de verdad.

—¡Olvídalo! —le contesté.

—¡Pero yo ya soy un verdadero perro detective! —exclamó Coco—. ¡Me quedo con vosotros! ¡Chachi!

—De eso ya hablaremos más tarde —me limité a decir, porque había algo que me tenía desconcertado: ¿la pistola es un juguete para niños? ¡No me lo podía creer!

—¿De verdad que la pistola es de juguete? —preguntó entonces también Coco—. ¿Eso significa que no es peligrosa?

—Probablemente. De lo contrario mis cuidadores no nos la habrían devuelto.

—¿Porque es ligera? Entonces, ¿las pistolas peligrosas son más pesadas?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Hasta ahora sólo he visto esos chismes, nunca he llevado uno a cuestas.

En ese momento sonó el timbre.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Vosotros dos, venid conmigo!

Durante las dos primeras horas aún podéis estar en la clase. Porque a Coco no se lo tengo que entregar a la señora Rotkehl hasta pasado el primer recreo.

—¿Vamos? —me preguntó Coco.

—No —le contesté yo y eché a correr.

—¡Quedaos aquí! Pero ¿adónde vais? —gritó Fede tras nosotros.

—Déjalos, seguramente querrán jugar un rato más con la pistola —oí decir a Estefi—. No te preocupes que no se irán a ninguna parte.

No me detuve hasta que estuve seguro de que mi cuidador no nos había seguido, y había entrado en el colegio igual que los demás humanos. Coco en cambio sí me había seguido, tal y como yo me había imaginado.

—¿De verdad quieres jugar con eso?

—¿Acaso tengo pinta de querer jugar con pistolas?

—Eh, no, la verdad es que no. Pero ¿entonces qué vamos a hacer con ella?

—Esconderla.

De nuevo Coco me miró con sus ojos redondos.

—No lo entiendo. Si tus cuidadores han dicho que no...

—¡Deja de pensar como un humano! Puede que la pistola esté hecha para niños. Pero los humanos Keiler y Berni pretenden hacer algo con ella.

—¡Dar un golpe!

—Así es.

—¡Chachi! ¿Y eso qué significa?

—Yo tampoco lo sé todavía. Pero estoy seguro de que todo esto no es un juego. Por eso ahora enterraremos la pistola y, luego, iremos a buscar un agujero con tapa.

—¡Chachi!... ¿Agujero con tapa?

—Deja ya de preguntar y haz simplemente lo que yo te diga. Cuando haya encontrado el agujero, te lo explicaré.

—Para entonces ya no hará falta que me expliques nada —contestó Coco poniéndose de morros, aunque igualmente me acompañó con desgana hasta el muro de los arbustos espinosos.

Poco antes de llegar hasta allí, me detuve.

—¿No la vamos a enterrar? —preguntó Coco.

—Sí, pero no aquí. Está demasiado cerca del viejo escondite. Vámonos un poco más adelante.

—¡Chachi! ¡Allí donde no pinche!

En eso tuve que decepcionar al enano. Me parecía que el lugar perfecto era la parte del muro que estaba especialmente poblada de arbustos espinosos, y que estaba muy lejos de la pared pintada. Los humanos seguro que no se atreverían a meterse entre unos zarzales muy tupidos.

Coco pareció adivinar mis pensamientos.

—¡Pero si aquí pincha mucho más!

—¡Deja de quejarte! Precisamente por eso quiero enterrar la pistola aquí. Además, nosotros somos pequeños, así que podemos encontrar un camino que no sea tan espinoso.

—¿Y cómo?

Se lo mostré: me puse en posición de caza y visualicé el terreno por el que teníamos que pasar. No tardé en descubrir un agujero entre las ramas que tenían menos espinos. Enseguida me puse en camino.

Pero después de dar tan sólo unos pocos pasos, me invadió la sensación de que aquel lugar tal

vez no era el más adecuado para la pistola. Oía muy fuerte a humano. Y ese olor incluso aumentaba cuanto más me adentraba en el arbusto. Y luego mi mejor posesión tropezó con algo que no debía estar allí: un pie. ¡Un pie humano!

Miré hacia arriba y comprobé que el pie no estaba solo. Sino que llevaba colgado a un humano: ¡Keiler! Y él pareció asustarse aún más que yo.

—Pero bueno... —entonces su mirada recayó en la pistola que yo llevaba en mi hocico—. ¡Maldición! ¡La tenéis vosotros! ¡Ya podía estar buscándola! ¡Venga! ¡Devuélvemela!

Quise retroceder pero Coco estaba detrás de mí. Keiler se agachó y me arrancó la pistola de la boca. Me nos mal que la abrí a tiempo, de lo contrario ahora tendría que lamentar la pérdida de un par de dientes más.

—¡Negrero malo! —gritó Coco detrás de mí—. ¡Devuélvenos ahora mismo la pistola!

Keiler dio un paso más hacia nosotros y estiró su mano hacia nosotros.

—¡Corre, vámonos de aquí! —le grité a Coco justo a tiempo.

Gracias a un salto Coco pudo evitar que Keiler lo atrapase.

—¡Vamos a la entrada del colegio! Allí seguro que no nos sigue —le dije a Coco.

—¡Venid aquí, malditos chuchos! ¿De dónde la habéis cogido? —berreó Keiler tras nosotros.

Por suerte la puerta de entrada aún estaba abierta y por suerte Keiler no nos siguió.

Coco se apretó en un rincón detrás de la puerta y miró por una rendija hacia fuera.

—¿Miedo? —le pregunté.

—No.

—¿Entonces por qué estás temblando?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me respondió Coco con otra pregunta—. ¿Crees que debemos llamar a tus cuidadores para que nos ayuden? ¿O a los profesores?

—¿Para que nos ayuden? Pero si hemos conseguido escapar de él.

—¡Pero quiere hacer algo malo! ¡Es un humano malo! —exclamó Coco.

Desde luego que de eso yo también estaba con-

vencido. Pensé en mis cuidadores. ¿Estarían en peligro? ¿Se habrían equivocado y la pistola no era de juguete? ¿Por qué si no Keiler había querido recuperarla a toda costa? Al fin y al cabo él ya no era ningún niño. ¡De modo que seguro que no la quería sólo para jugar!

—Los humanos no nos van a ayudar —le dije finalmente a Coco—. Al menos no hasta que sepamos qué hay del golpe por el que tienen que pasar Keiler y Berni.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —me preguntó Coco otra vez, a pesar de que le notaba que intuía adónde quería ir yo a parar.

—Vamos a vigilar a Keiler, hasta que lo hayamos averiguado.

—¿Solos?

—No nos queda otro remedio. Los humanos no nos van a ayudar. Ya lo hemos intentado varias veces, y tú mismo has visto cuál ha sido el resultado.

—Está bien —suspiró Coco.

—Si tenemos cuidado, no nos pasará nada, no te preocupes. Por suerte somos pequeños y no llamamos la atención.

Con mi mejor posesión en alerta máxima y con las orejas en altô fui a hurtadillas con Coco hacia el lugar donde Keiler nos había quitado la pistola.

Tal como yo había esperado, él ya no estaba por allí. Pero aún percibía su olor. Bajé mi mejor posesión hasta el suelo.

—Vamos a seguir su rastro —le susurré a Coco. Y él me imitó.

Dudo que su mejor posesión estuviera lo suficientemente entrenada como para seguir el rastro de Keiler. Pero no quise aguarle la fiesta.

Mientras seguía las huellas de Keiler, cada vez más débiles, tuve que pensar en Charly. Si me viera en este momento, me haría seguir cualquier posible e imposible huella y no me dejaría ni un minuto de tranquilidad.

De repente Coco se detuvo.

—Yo no paso de aquí.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué no?

—Ahí detrás está la casa en la que hemos estado encerrados toda la noche. ¡Y yo no quiero volver!

—No te pongas así. No vamos a entrar. Te lo prometo. Así tampoco podremos quedarnos encerrados dentro.

—¿Seguro?

—Seguro. En cuanto veamos que estamos en peligro, nos largamos. Te lo prometo.

—Está bien —contestó Coco y me siguió dubitativo.

Pero tras sólo dar unos pasos el que se detuvo fui yo.

—¡Túmbate! —le dije a Coco—. Está justo allí detrás.

Coco se tumbó de inmediato.

—Pero si ése no es Keiler. Ese humano no tiene cara —dijo.

En eso tenía razón, y no. Ese hombre que estaba junto al andamio que Manni había montado delante de la pared pintada era Keiler y... ¡no tenía cara! Por lo menos a primera vista.

—Se ha puesto algo en la cabeza —le expliqué a Coco—. Por eso ya no se le ve la cara.

—¿Y por qué hace eso?

—Ni idea, pero... —me quedé sin habla—. ¡Tiene la pistola en la mano!

Ahora ya estaba seguro de que el golpe que él y Berni iban a dar estaba a punto de suceder. Pero seguía sin encontrar el agujero con la tapa. Y tampoco podía ver ni oler a Berni.

—¿Vamos ahora a por ayuda? —me preguntó Coco con voz temblorosa.

—Me gustaría. ¡Si supiera cómo!

Éste era uno de los pocos momentos en los que desearía que los humanos pudieran entender a los perros, para que pudiera decirles que tenían que evitar que Keiler hiciera lo que fuera que estaba a punto de hacer. Esa cosa que se había puesto en la cabeza y la pistola en la mano seguro que tenían algo que ver con el golpe que quería dar. Y eso, por otra parte, tenía algo que ver con el colegio. ¿Por qué si no estaba junto a la pared del colegio y debajo del andamio? Pero ¿qué podíamos hacer nosotros?

¡Entonces, de repente, se me ocurrió! ¡Perros! Coco y yo solos no teníamos ninguna posibilidad, pero

si iba a buscar refuerzos, tal vez sí. ¡Y ya sabía yo dónde los iba a buscar!

—Voy a buscar ayuda —le dije a Coco.

—¿A tus cuidadores?

—No, a mis viejos amigos. Rocky y su banda. Coco abrió los ojos como platos.

—¿De verdad crees que nos van a ayudar? Tienen una pinta tan peligrosa.

—Y pueden serlo, pero no con nosotros. No tengas miedo.

Coco levantó su pequeño rabo al aire.

—Y no lo tengo.

—Eso está bien. He de darme prisa. Tengo la sensación de que el golpe que quiere dar Keiler está a punto de suceder. Pero uno de nosotros tiene que quedarse aquí, por si intenta largarse.

—¿Yo? —preguntó Coco.

—No hay nadie más aquí. Tú no...

—¡Yo no tengo miedo!

—No es eso lo que quería decirte. Tienes que tener cuidado. Si se larga, lo sigues y vas dejando marcas tras él. ¿Sabes cómo se hace eso?

—¡Claro! ¡Siempre que cambie de dirección, riego un poco!

—Muy bien. Pero tienes que administrarte bien. Es posible que tengas que seguirle durante mucho rato. ¿Está claro?

—¡Chachi!

Le eché una última mirada a Keiler, que seguía de pie debajo del andamio, y luego comencé a correr.

Esperaba encontrar a Rocky en el lugar donde lo había visto la primera vez: donde iba a buscar comida antiguamente, tras las casas en las que los humanos suelen comer.

Mi viejo colega de andanzas callejeras me descubrió antes que yo a él.

—¡Orejita! ¡Qué sorpresa! ¿Quieres volver con nosotros?

—Dijiste que me ayudarías si alguna vez te necesitaba —le contesté.

—¡Claro! ¿Qué ocurre?

—¡A no ser que quieras venir a comer aquí! —exclamó uno de sus nuevos amigos.

—No se trata de la comida, sino de un humano. ¡Un humano peligroso! ¡Al menos eso creo!

Rocky mostró su dentadura.

—¿Una aventura? ¡Eso sí que es una novedad! ¡De todas formas nos estábamos aburriendo! Así que, Orejita, suéltalo ya. ¿De qué se trata?

—¡No tengo tiempo de daros largas explicaciones! ¡Simplemente venid conmigo! ¡De camino os diré lo que tenéis que hacer!

Cuando por fin nos quedó a la vista el colegio, ya le había contado todo a Rocky, al menos todo lo necesario para que supiera de qué iba.

De reojo vi que un coche grande se nos iba acercando. Era negro y, excepto en la parte delantera, no tenía ventanas. Eso no habría sido nada especial si no hubiera sido porque, de repente, reconocí al hombre que lo conducía.

—¡Es Berni! —exclamé—. El hombre con cabeza de pera.

En aquel instante ocurrió algo que ni siquiera los perros callejeros tan curtidos como yo habían visto

nunca. Y además todo pasó casi a la vez: una parte del andamio que estaba junto a la pared del colegio empezó a tambalearse y cayó con un ruido ensordecedor sobre la carretera. El coche logró frenar justo a tiempo delante de los restos y Keiler, que seguía teniendo esa extraña cosa puesta en la cabeza, corrió, pistola en mano, hacia el coche. En la otra mano llevaba una barra larga con un gancho. Y entonces vi a Coco salir corriendo de su escondite.

—¡Quédate donde estás! ¡Que es peligroso! —grité tan alto como pude.

Pero fue demasiado tarde. El enano ya se había lanzado a la pierna de Keiler.

—¡Maldito chucho! ¿Qué quieres de mí? —le gritaba Keiler intentando quitárselo de encima.

Pero al ver que no lo conseguía, levantó bruscamente la barra.

—¡Rocky! ¡Tenemos que ayudarle! —grité y salí corriendo.

Mostrando furiosamente los dientes nos abalanzamos los dos a la vez sobre Keiler y conseguimos tumbarlo.

La puerta del coche se abrió y Berni salió de su interior de un salto.

—Keiler, ¿qué es todo esto? ¿Qué están haciendo estos perros?

Por un instante nos distrajimos y Keiler se levantó. Seguía teniendo la barra en la mano. Pero esta vez no quería golpear a Coco, sino que trasteaba en el suelo de la carretera.

Y entonces lo vi: ¡el agujero con tapa!

Ese agujero conducía a los ríos subterráneos, que yo conocía de mi época de perro callejero. Ese



tipo de agujeros los había por todas partes. En ellos uno podía esconderse muy bien, y también era fácil perderse en ellos. Pero, sobre todo, tenían un olor muy interesante.

—¡Quiere escaparse por los ríos subterráneos!

—grité hacia Rocky y sus amigos.

—¡Maldición! ¡Allí lo perderemos de vista! —dijo Rocky, abalanzándose de nuevo sobre Keiler.

Entre tanto los alumnos y los profesores salían a riadas del colegio. No vi a mis cuidadores, pero estaba seguro de que también estarían por allí. Y luego,



mucho antes de que los humanos pudieran percibirlo, escuché la sirena de la policía.

Al primer policía que reconocí fue al comisario Stecker. Pero había muchos más hombres con él. Todos llevaban las ropas de policía, y gorras..., y pistolas.

—¡Ya es suficiente! —les dije a Rocky y a sus amigos—. ¡El resto del trabajo se lo dejaremos a los humanos!

—¡Vale! —contestó Rocky—. ¡Chicos, vámonos! ¡El asunto está resuelto!

—¡Gracias por vuestra ayuda! —grité tras ellos.

—¡Ha sido muy divertido! —respondió Rocky—. ¡Si nos necesitas otra vez, sólo tienes que decírnoslo!

Entre tanto, los policías ya habían metido a Keiler y a Berni en el interior de uno de los coches de policía. Alrededor de Coco y de mí ya sólo veía piernas humanas.

—No lo entiendo —escuché decir a la voz agradable del señor Kurzweiler que estaba a mi lado.

—Del conductor de transporte Berni Heinze

sospechábamos ya hacía tiempo que andaba intentando simular un robo —dijo el comisario Stecker—. Pero desconocíamos a su cómplice. Y tampoco sabíamos su plan exacto. Por eso, lo hemos estado siguiendo..., sobre todo cuando estaba de ruta con el dinero dentro del furgón.

—¿Y su cómplice es la persona que iba a limpiar la fachada del colegio? —preguntó el señor Kurzweiler.

El comisario Stecker se echó a reír.

—Sí. ¡Ésa fue una buena idea!

—¿Y cuál era el plan? —preguntó el señor Kurzweiler.



—Pues muy sencillo en realidad. Cuando el conductor supo la ruta que iba a tomar, eligieron un edificio que estuviera en su paso y a escondidas lo pintaron. Parece que estaban muy seguros de que se les encargaría a ellos la limpieza de la pintura. El andamio lo habían medio desinstalado antes, de modo que fue fácil hacerlo volcar para obligar al coche a detenerse. El supuestamente amenazado conductor debía entregar el dinero, con el que después su cómplice tenía que desaparecer en el sumidero. Pero, por suerte, el plan no funcionó como ellos habían imaginado.

—¡Por los perros! ¡Muy sorprendente! —exclamó Charly, que de repente estaba a mi lado y ya estaba apuntando otra vez en su cuaderno de notas—. Aun así ha sido esencial que usted llegara tan rápido al lugar de los hechos, comisario Stecker. ¿Podría usted decirnos por qué estaba vigilando al conductor del furgón del dinero? ¿Se había comportado de manera sospechosa?

—¡O no! ¡Tú otra vez no! —gimió el comisario Stecker.

Dos manos me atraparon y me levantaron.

—¡Eh, tío, eh! ¡Precioso! ¡No te ha pasado nada! ¡Gracias a Dios!

—¿Habéis visto a los perros? —preguntó Estefi—. Daba la impresión de que sabían lo que estaba pasando.

—Y Precioso y Coco en medio de todo —añadió Rabanito.

—¡Eh, tíos, eh! Lo que yo digo siempre: ¡Precioso es un buen perro detective!

Charly levantó la vista de su cuaderno de notas.

—La verdad es que a mí también me ha sorprendido. Fede, tal vez tengas razón. Pensaré en unos cuantos ejercicios para Precioso.

—¡Olvídalo! —exclamé y supe que me iba a costar mucho esfuerzo volver a convencer a Charly de que nunca sería un buen perro detective.

—¡Coquito! ¿Dónde está mi tesoro? —chilló de repente la voz de la cuidadora de Coco desde alguna parte.

—¡Mamá, estoy aquí! ¡Ya voy! —exclamó Coco.



—¿Significa eso que no quieres quedarte conmigo y convertirte en un perro detective? —le pregunté.

—Mejor no. Es demasiado peligroso.

Mientras veía a Coco correr entre la multitud de piernas hacia su «mamá», supe de repente lo que tan sólo hacía unos días no hubiera creído posible: ¡que le echaría de menos!

—¡Enano, ven a visitarme alguna vez! —exclamé.

Coco se giró otra vez hacia mí.

—¡Chachi!

Colección Cuatro amigos y medio

1. El caso de la profesora desaparecida
2. El caso de Papá Noel
3. El caso de los enanos al acecho
4. El caso del cocodrilo en Internet
5. El caso de la misteriosa «epidemia del profesor»
6. El caso del grito en la sala de profesores
7. El caso del misterio de los pepinos
8. El caso del director del colegio desenmascarado
9. El caso del robo de los diamantes
10. El caso de la fiesta de fin de curso
11. El caso de las flexiones con consecuencias
12. El caso del calcetín apestoso
13. El caso del bañador del profesor de Mates
14. El caso del grafiti en la fachada del colegio